

LI PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

J. A. MAÑAS

LA
ULTIMA
JUERGA



algaida



51.º PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

J. A. MAÑAS



LA
ÚLTIMA
JUERGA



algaida

El jurado del los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de Honor), Miguel Cruz Giráldez, Miguel Ángel Matellanes, Rafael Muñoz Zayas, Isabel Ojeda Cruz, Gervasio Posadas, Francisco Prior Balibrea, Nerea Riesco, Francisco Robles y Ángel Molini Estrada (secretario). La novela *La última juerga*, de José Ángel Mañas, resultó ganadora del 51º Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

Índice

PRÓLOGO INEVITABLE (COMPRADO POR @ROBRIAP)

PRIMERA PARTE. Un reencuentro tóxico

CAPÍTULO PRIMERO. Sobre hospitales y cánceres

CAPÍTULO SEGUNDO. Luxury Films for ever

CAPÍTULO TERCERO. Dos viejos amigos

CAPÍTULO CUARTO. El polígono Marconi

CAPÍTULO QUINTO. Voyage, voyage

SEGUNDA PARTE. Viaje a ninguna parte

CAPÍTULO SEXTO. Un martes cualquiera

CAPÍTULO SÉPTIMO. Ruinas de Medellín

CAPÍTULO OCTAVO. Un mono puñetero

CAPÍTULO NOVENO. Breve chirigotada

CAPÍTULO DÉCIMO. Punta Umbría

CAPÍTULO UNDÉCIMO. Resacón en Huelva

CAPÍTULO DUODÉCIMO. Quien tiene miedo da miedo

TERCERA PARTE. Un nuevo fan de Óscar Pistorius

CAPÍTULO DECIMOTERCERO. Hola, chaval

CAPÍTULO DECIMOCUARTO. Hermanos

CAPÍTULO DECIMOQUINTO. Humor negro

EPÍLOGO. Somos todos una gran camada de cachorros felices

CRÉDITOS

Para Chloé y Óscar Mañas

When you cast your eyes upon the skylines
Of this once proud nation
Can you sense the fear and the hatred
Growing in the hearts of its population
And youth, oh youth, are being seduced
By the greedy hands of politics and half truths

The beaten generation
The beaten generation
Reared on a diet of prejudice and misinformation

[...]

THE THE,
The beaten generation

PRÓLOGO INEVITABLE

Eres Carlos Aguilar, y hace veinticinco años que no nos vemos. Nos acabamos de cruzar en esta fiesta a la que me ha invitado Globomedia, la productora de televisión de Mediapro. No me has reconocido pero no importa. Yo a ti sí te conozco. Te conozco mejor de lo que piensas.

Según te pides una copa al fondo, sé que estás rumiando lo que te acaban de anunciar en el hospital Clínico. Sé que tu hermana es médico. Sé que esta tarde la has pasado con ella y tu cuñado en la piscina de su urbanización en el norte de Madrid. Sé que te sentaste bajo una sombrilla, en bañador, sin quitarte una camisa de manga larga con la que cubrías tus brazos, la misma eslim fit de Hugo Boss que llevas ahora. Sé que luego tosiste y escupiste sangre. Y sé lo que te han anunciado los médicos.

Pero hay más: sé lo que te va a suceder a lo largo de estas trescientas y pico páginas. Sé tantas cosas sobre ti que, si fueras consciente de todo lo que sé, te angustiarías. Por eso, lógicamente, no irrumpo en tus pensamientos. Como no me reconoces, me limito a dejarte una tarjeta con mi nombre, que has guardado distraídamente en el bolsillo de tu americana: ni siquiera la has mirado.

Es posible que sea mejor así. No es hora de reencontrarnos. Ya llegará el momento.

Con todo, me cuesta no observarte por el rabillo del ojo mientras me alejo y me tomo un segundo burbon con mi mujer en este club privado en pleno centro de Madrid donde te señalo discretamente. Le indico que eres el personaje más exitoso de todos los que pueblan mis novelas. Ella me dice que lo entiende, porque eres atractivo. Insiste en que tienes carisma sexual. Le gusta tu manera de coger la copa, de moverte entre la gente. Le atrae tu pelo ensortijado, reluciente de gomina. Le intriga la media sonrisa maliciosa que esbozas en cualquier situación.

Dice que le encantaría saber qué ha sido de ti durante estos años.

Y es que hay mucha gente deseándolo. Gente que te perdió la pista hace veinticinco años y que tiene ganas de que vuelvas a colarte en las librerías. Cuando le explico que llevo un tiempo rumiando el contar a todos tu historia, sonrío y dice que es buena idea. Tú igual no lo sospechas, pero muchos me lo reclaman. Desde hace ya un tiempo te has convertido en un icono noventero y hasta, para algunos, en ejemplo de masculinidad tóxica.

Así se referían a ti recientemente en un artículo de *El País*. Probablemente ni lo has leído y, si lo has hecho, te habrás reído un rato. A ti la opinión de los periodistas nunca te importó ni poco ni mucho. Pero yo me he visto obligado en mis últimas intervenciones a explicar la esencia negativa de tu personalidad. Eres como el Mister Jaid que todos llevamos dentro y que casi nunca sacamos a relucir. Como mi parte oscura, mi némesis. Cuesta creer que un día fuimos amigos.

Lo cierto es que durante todos estos años nos hemos alejado tanto, que yo soy el primer sorprendido esta noche. Siempre pensé que si nos cruzábamos de nuevo no te reconocería... y ya ves que no ha sido así.

Le doy otro trago a mi copa y echo un vistazo a mi alrededor.

Veo gente del mundo audiovisual reunida para mirarse unos a otros y ensalzar su glamur castizo. Acaba de llegar Alba Flores, la hija de Lolita, la sobrina de Antonio Flores: es una de las

estrellas emergentes del panorama televisivo. No está lejos de mí y la felicito por sus éxitos.

Al rato se me acerca Javier Méndez, el director de contenidos de Mediapro, a hablarme sobre nuestro próximo proyecto.

—Tengo muchas esperanzas puestas en ella, José Ángel... Estoy esperando el piloto.

Le contesto que estoy trabajando duro en ello, por supuesto. Y a todo esto no te quito el ojo de encima, porque tú podrías ser el protagonista de esa futura serie. Tu personaje me tiene obsesionado. Después de tanto tiempo dándole vueltas a cómo recuperarte, ardo en ganas de volver a oír tu voz.

Vayamos, si te parece, con ello. Retrotraigámonos un par de horas. A la visita que acabas de hacer al hospital clínico San Carlos, en la plaza de Cristo Rey, porque eso es el principio de todo.

¡Que empiece la función!

PRIMERA PARTE
UN REENCUENTRO TÓXICO

CAPÍTULO PRIMERO

SOBRE HOSPITALES Y CÁNCERES

«¿Te crees tu que están enfermos?... Venga gemir... eructar... temblar... supurar ... ¿Quieres vaciar la sala de espera? ¿Al instante? ¿Incluso de quienes se ahogan de tanto carraspear y echar lapos?... ¡Propón un vinito! ... ¡Una copa gratis ahí enfrente!... vas a ver cuántos te quedan... Vienen a darte el coñazo sobre todo porque se aburren. Las vísperas de fiesta no ves ni a uno... A esos desgraciados, créeme, lo que les falta es ocupación, no salud... Lo que quieren es que los distraigas, animes, intrigues, con sus eructos... gases... achaques... que les encuentre explicaciones... fiebres... ¡novedades!... ¡Ah! Divertirse con su muerte, mientras la fabricas, ¡así es el hombre, Ferdinand!».

Louis Ferdinand CÉLINE,
Muerte a crédito

SÁBADO 23 DE JUNIO. 21.04 HORAS

—¿Se puede saber por qué me traen aquí?

—Su hermana me ha pedido que lo vea, ya lo imagina. Explíqueme lo que le ha pasado.

—Tengo un problema respiratorio, nada más.

—Lo que me dice su hermana es que ha tenido una crisis asmática bastante seria. ¿Puede contarme cuándo empezó?

—Esta tarde. Estando en casa de Nuria. En la piscina.

—¿Le importaría ser un poco más preciso?

—Al levantarnos de la mesa, me he instalado un rato bajo la sombrilla, en una tumbona. Al cabo, he empezado a toser. Al principio una tos suave, y poco a poco se ha hecho más puñetera... Me costaba respirar, incluso me dolía el pecho... He terminado escupiendo sangre.

—¿Eso a qué hora?

—Después de comer. A las cinco, más o menos.

—¿No estaba viendo el fútbol?

—A los niños les apetecía salir a la piscina. Y a mí no me interesa el fútbol. Estaba pasando la tarde con mi hermana, mi cuñado y mis dos sobrinos... En su casa de San Sebastián de los Reyes, si quiere saberlo.

El médico me observa con desagrado: no le gusta mi tono. Pero a mí tampoco me gusta que me tenga metido en este despachito claustrofóbico. Esta noche tengo que asistir a una fiesta que dan unos clientes míos en la plaza de Santa Ana y la verdad es que preferiría estar en el bar tomándome unas cervezas con cualquiera de ellos.

—Bien. Entenderá que si lo hemos tenido aquí todo este rato y le hemos hecho tantas pruebas, es por algo.

—Entiendo que durante este tiempo no se han estado tocando los cojones. Me imagino que han estado haciendo su trabajo. Como todo el mundo.

—He hablado además con la radióloga de Urgencias, que resulta ser amiga de su hermana Nuria.

—Eso ya lo sé. Por eso vine a este hospital y no al de enfrente.

—Pues a lo mejor ha hecho mal...

Lo que tengo delante es un hombrecillo pálido, con gafas bifocales sucias y rayadas. Resulta evidente que no se las limpia nunca. Debe de frisar los cincuenta. Su cabello ralo deja ver la piel del cráneo lisa y brillante de tan tersa a la luz de la lámpara. Tiene una mancha de vino en la frente que me hace pensar en Gorbachof. Por mucho que lo evite, es imposible no fijarse.

—No entiendo por qué me dice eso.

El tipo tuerce el labio. Unos labios finos y mezquinos, igual que los ojillos que clava en mí detrás del polvo de sus gafas. Es la mirada legañosa de alguien que nunca tuvo confianza en sí

mismo. Uno de esos especímenes de los que la humanidad podría, perfectamente, prescindir.

La barriga adiposa asoma por debajo de la bata blanca... o casi blanca. Estando cerca de mi edad, es alguien que parece diez años mayor. Por eso, entre otras cosas, me odia. Está claro que no le gusta mi aspecto ni mi pelo teñido. Ni mi cuerpo depilado, fibroso. A pesar de mis excesos, parezco mucho más joven. Y él, de alguna manera, lo resiente. Pero le ha llegado el momento. Por fin tiene la ocasión de vengarse.

—Lo digo —su voz tiembla ligeramente— porque en la Fundación Jiménez Díaz, el edificio de al lado, están especializados en la investigación del cáncer. Solo por eso.

Es un golpe bajo y a punto ha estado de dejarme kao. Él mismo se da cuenta y suelta una tosecilla incómoda. Vuelve a mirar los papeluchos amontonados sin demasiado orden, entre él y yo, sobre la mesa.

—Perdone que le hable con tanta claridad —añade, recuperando el tono moderado y paciente que tuvo según me acompañaba hasta este habitáculo sin ventanas e iluminado por la luz eléctrica más deprimente que he visto en mucho tiempo.

Son las nueve y podrían ser las mil. Podría ser cualquier hora del día o de la noche en este zulo de mala muerte. Lo único que lo hace habitable, con el calorazo que hace fuera aun a esta hora, es el aire acondicionado...

A él, desde luego, no parece agobiarle.

Está claro que es un ratón de biblioteca, en este caso un ratón de hospital. Mejor dicho: una rata de hospital. Seguro que se pasó empollando horas y horas cada día durante años para sacarse esta mierda de carrera. Y encima pensará que el suyo es un oficio ético.

—No me pida perdón. Prefiero que me cuente de una vez por todas qué demonios dicen esas pruebas. ¿Cuánto tengo que preocuparme? ¿Es bueno o malo?

La pregunta suena tonta, pero no puedo evitarlo. De todas formas él ya ha soltado su bilis y está contento de regresar a su corrección hipócrita habitual, a su concha.

—Me temo que los resultados no son buenos en absoluto.

—¿Cómo de malos son?

—Digamos que tiene usted un cáncer de pulmón avanzado. Con metástasis ósea.

Una nueva tos me raspa la garganta. La puta laringe. Me quemán los bronquios. El matasanos me mira con compasión. Odio ese tipo de miradas. Las odio con toda mi alma.

—¿Es un diagnóstico seguro?

—Vistos los hallazgos que se aprecian en las radiografías, más que seguro. Lo he consultado además con su hermana y con los radiólogos torácicos de este hospital.

—¿Mi hermana está al corriente?

—Por supuesto.

—Viva el secreto médico.

—Su hermana es facultativa de este hospital. Le recuerdo que es ella quien ha pedido que le hagamos las pruebas.

Eso no lo voy a negar. No me gustó la expresión reconcentrada de Nuria mientras me acompañaba a hacerme las radiografías. Tampoco la manera en la que se dedicó después a cuchichear con su compañera en un rincón de la sala llena de pantallas donde esperábamos los resultados. Y ahora me gustan aún menos las miradas de este hombrecillo resentido.

Digo resentido porque hay cierta alegría infame en sus ojos. Está contento de ver que alguien que le supera en todo y que ha conseguido vivir a un nivel que él nunca podrá permitirse, y encima sin encadenarse a una mesa de despacho, esté hoy aquí delante, pendiente de su veredicto. Se alegra profundamente. Se lo noto en el careto, pese a que procure esconderlo. Me juego el cuello a que ha estado deseando anunciármelo desde que entré en esta habitación.

A los tipos así los tengo calados. Son de los que disfrutan cuando el Madrid pierde. O cuando cae un poderoso. Yo aprendí hace mucho a estar con los ganadores. Me obligo, si hay que tomar partido, a estar siempre con los mejores. El resto es hipocresía.

—Lo que me extraña es que no haya sentido más dolores...

Ahora soy yo el que carraspeo. Me molesta el aire acondicionado. Me llevo la mano al pecho y dudo unos momentos antes de decirlo. La piel enrojecida por el sol que me ha dado esta tarde asoma por el cuello abierto de mi camisa.

—Es posible que últimamente haya estado fumando algo más de lo que debiera.

—¿Cuántos cigarrillos al día?

—Ja, ja. No me refiero al tabaco. Supongo que sabe lo que es un chino. Y supongo que también ha entendido por qué, haciendo el calor que hace, llevo una camisa de manga larga.

Al barbiri se le ilumina una bombillita en el cerebro.

—¿Es usted consumidor habitual de heroína?

—Soy lo que llaman coloquialmente un adicto. Un yonqui. Y ahora corra a decírselo a mi hermana.

Esta vez mi tono no le ha molestado. Debe de pensar que es normal en alguien a quien acaban de comunicar una noticia así y prefiere mostrarse magnánimo.

—No es necesario que ella lo sepa. Pero desde luego eso puede explicar que usted no haya tenido dolor antes. Mire esta imagen. —Señala la radiografía que se ve en la pantalla delante de él.

Su mano es pequeñita. En el anular lleva una alianza dorada. Los dedos son como morcillas. Está casado, este miserable. Me imagino que con una ratoncita como él. Como si la viese: zampabollos, feúcha, bajita, humilde, regordeta. Alguien que le tiene la cena lista cada noche. Alguien que cuando follan, siempre en la cama, y en la misma postura, apaga la luz para no tener que verse las caras. O a lo mejor no. A lo mejor es una verdulera de Carabanchel que le espera con la escoba en la puerta cada vez que, por su trabajo, llega tarde a casa.

—Si se fija, la mancha blanca que se ve aquí en el pulmón derecho tiene el tamaño de una manzana. Además, se aprecian lesiones en varias costillas.

—Una manzana es un objeto tridimensional.

—Lo mismo da. Lo que importa es que ya existe una afectación ósea a distancia.

—¿Y eso qué cojones significa?

—Que el proceso está avanzado y que tiene muy mal pronóstico.

El hombrecillo me mira otra vez, casi con curiosidad. Espera mi reacción.

—¿Cuánto tiempo me puede quedar?

—Es difícil de precisar...

—Haga un esfuerzo.

—Meses. A lo mejor un año. Incluso más, si con una radioterapia agresiva conseguimos reducir el volumen del tumor. Pero siempre que se trate de inmediato y cambie radicalmente de vida... Aun así, está tan avanzado el proceso... ¿Cómo es que no ha pasado usted antes por un hospital? Porque ha tenido que sentir molestias. No creo que sea la primera vez que escupe usted sangre —dice, procurando mostrarse empático.

—No lo es. Pero no tenía tiempo. Y en el fondo, ¿qué importa ya?

—La heroína ha debido de atenuar bastante los dolores. ¿Me permite una pregunta?

—La va a hacer de todas maneras.

—¿Cuánto consume y con qué frecuencia?

—Diaria. En torno a cuatro o cinco gramos por semana. Procuro no rebasar el gramo por día.

Él escribe algo en la ficha que tiene delante. Pregunta desde hace cuánto. Contesto que hace un par de años que estoy estabilizado en esa cantidad. No es del todo cierto, pero no me disgusta la imprecisión.

—¿Otras sustancias?

—Alcohol, casi a diario. De vez en cuando, en fiestas o con amigos, emedeemea o cocaína. Ah, y la marihuana o el jachís me hacen pasar el rato. Si puedo, me gusta tener algo encima. Aunque es más contundente la heroína. Al final es lo único que me tranquiliza y me permite funcionar con normalidad. Sin emociones, trabajo mejor. ¿Ha terminado el interrogatorio?

—Sí.

Alguien llama a la puerta. El médico, ajustándose las gafas, se levanta.

—¿Nos puedes dejar un momento solos, Juan Antonio? —pregunta mi hermana, entrando y dejando la puerta abierta.

—Por supuesto.

El calvorotas se sale y cierra detrás de sí. Nuria y yo quedamos encarados. Ella trae el sobre con la radiografía y lo manosea con nerviosismo.

—Pues ya te lo ha dicho, me imagino.

—Sí... Con muy poca mano izquierda, por cierto.

—Juan Antonio es buen médico. A lo mejor no el más diplomático, pero es buen profesional. Y su mujer también trabaja en el hospital.

—¿Fregando suelos?

—No, Carlos, ¡qué burro eres! Es técnico de rayos. Muy competente, por cierto. Ahora trabaja conmigo. Tienen un hijo que también tiene un síndrome...

—No quiero ni saberlo, Nuria. Te puedo decir que en estos momentos el trabajo de la mujer de tu colega y las miserias de su familia es lo que menos me preocupa.

—Tienes razón. La verdad es que no sé por qué estamos hablando de esto —dice ella, ajustándose las gafas.

A Nuria se la siente triste. Me mira con una compasión horrorosa. No hay nada que odie más en el mundo que eso, creo que ya lo he dicho.

—Haz el favor de no mirarme así.

—¿Cómo quieres que te mire?

—No me mires de ninguna manera, eso es todo.

—Mira, Carlos, lo mejor que ha podido ocurrir es que te vinieras a mi casa esta tarde...

—Era el cumpleaños de tu hijo.

—Que es tu sobrino, aunque no pases nunca a verlo. Santi y yo te perdonamos hasta que te olvides el regalo. Habrá que celebrarlo con los amigos otro día porque se ha quedado superdecepcionado al ver que me tenía que ir contigo. Santi ha llamado a los padres y lo ha cancelado todo. Y ya que hablamos de estas cosas, también puedes traer alguna vez a esa actriz con la que estás saliendo. Que no le vamos a morder ni mis niños ni yo. En fin, lo que está claro es que, si no llega a ser por eso, no te traigo...

—Ya sabía que me ibais a encontrar algo —murmuro de mal humor—. Para eso ha servido la visita. Muchas gracias.

—Ha servido para saber lo que hay. Hay que encarar los problemas, mirarlos de frente.

—Ahórrame la filosofía barata.

—Bueno, pues...

—Bueno, pues nada.

—¡Qué complicado eres! Llevamos tanto tiempo sin vernos, que casi se me había olvidado lo imbécil que puedes llegar a ser.

—Mira para qué ha valido volver a vernos. Me has dado la alegría de mi vida.

—¡Joder, Carlos! ¡Que no es culpa mía que tengas un cáncer!

A Nuria casi se le quiebra la voz y sus ojos me fulminan. Siempre me ha gustado sacarla de sus casillas. Necesito sentir que controlo la situación.

—Ya que estamos con todo, estaría bien que pasases por casa a ver a papá y mamá. Que hace un año que no los ves. A lo mejor no quedan tantos momentos por compartir... y tienen que saber lo que te pasa.

—No nos pongamos lacrimógenos.

—Lo siento. Eres mi hermano y yo soy así, ya lo sabes.

Esto empieza a ser lamentable. Soy yo quien tiene el puto cáncer y es ella la que se echa a llorar. ¿Qué espera? ¿Que la abrace? ¿Que me ponga también a sollozar? ¿Que llame aquí mismo a mi señor padre y a mi señora madre y nos pongamos todos en familia a soltar el moco? Vamos, por favor, que somos gente civilizada. Que vivimos en Europa.

—Nuria, no quiero que digas nada de esto a nadie todavía —digo, tras una larga inspiración—. Y a los viejos menos que a nadie.

—Aún no les he llamado. Quería hablar contigo antes.

—Pues no lo hagas. No les digas nada. Y al Enano tampoco.

Así es como llamamos a nuestro hermano pequeño. A veces también le llamamos el Accidente. Nuria y yo nos llevamos un año. El otro tardó casi una década en aparecer. Cuando nadie lo esperaba.

—Al Enano tampoco —repite ella. Se quita las gafas rosas, de pasta delicada, con una mariposa en cada patilla y se limpia las lágrimas con la manga de la bata—. Lo siento. Es verdad que en el hospital veo muchas cosas cada día. Pero cuando pasa en la familia, es diferente... Supongo que se lo vas a decir a Ángela.

—En su debido tiempo.

—Pues nada, lo que tú digas, Carlos. Como siempre.

Nuria posa la vista en la pantalla, donde sigue viéndose mi radiografía de tórax, y murmura:

—Yo me di cuenta enseguida. Pero no me atrevía a darte la noticia. De todas formas, tampoco me correspondía. Y toma, te traigo tu historial y la radiografía impresa. Para que lo tengas. En fin, ¿qué vas a hacer ahora?

—Ir a una fiesta. Y después volver a casa.

—Es que no puedes, Carlos. No debes, vamos.

—¿Por qué?

—Porque tienes que pasar la noche aquí. Hay que hacerte más pruebas y análisis. Para tener clara la extensión de la enfermedad. Para poder organizar cuanto antes el tratamiento con los oncólogos. Seguramente te tocará quimioterapia. Hazte a la idea de que vas a tener que pasar mucho tiempo en el hospital, de aquí en adelante. Por eso, a tu novia, por lo menos, tienes que contárselo de inmediato.

Me detengo en mitad de la habitación.

—De acuerdo.

Mi hermana sonrío. Yo también le sonrío.

—En el fondo no eres tan malo, Carlos...

Yo supporto malamente su abrazo. Me sorprende la fuerza de Nuria. Es casi tan alta como yo.

Ella también se acerca a la cincuentena, pero siempre ha sido deportista. Siendo universitaria le encantaba el rugby, y en los últimos años juega al jockey sobre patines. Se escapa los domingos de su casa y se desahoga dando palos. De vez en cuando le rompe la crisma a un compañero. Nuria tiene una vida complicada, entre su trabajo y sus dos hijos, que le dan mucha guerra. Pero como se cuida y nunca ha tomado drogas, está envejeciendo bien. Se la ve en forma.

—Si te esperas aquí un momento, bajo a hablar con los de admisión. Para que te den una habitación y te quedas ingresado. ¿Seguro que no quieres llamar a nadie?

—Solo a Ángela. A los demás, mañana.

—Como quieras.

La puerta se cierra.

Yo cojo la chaqueta que cuelga del respaldo de la silla. Compruebo que en el bolsillo tengo mi billetera y luego, con la americana puesta y sin soltar la radiografía, me acerco a la puerta...

Abro con cuidado y cuando veo por la ranura que Nuria se aleja por el pasillo y dobla la esquina, salgo al pasillo. Hay gente yendo de aquí para allá. Acelero en dirección contraria a mi hermana y acabo en el rellano de los ascensores.

El puto hospital. Incluso a estas horas parece un hormiguero. No hago más que cruzarme con personal sanitario de bata blanca. Alguno, vestido de verde, empuja una camilla. En el pasillo, un enfermo camina trabajosamente y arrastra su botellita de suero. El pijama se le abre por el culo. En cuanto dejas que te ingresen y empiezas a pasearte con las nalgas al aire, pierdes cualquier atisbo de dignidad.

Vuestro héroe no se siente del todo bien. Necesita salir cuanto antes y se mete en un ascensor con dos mujeres mal vestidas que hablan de algún familiar.

—Pues mengano está fenomenal hoy.

—Ya, pero...

Contengo mi respiración y evito el olor a viejo de estas dos brujas desgüeñadas. Por Dios, ¿de qué barrio proletario habrán salido? Por lo menos podrían teñirse las canas. Me encaro a la pared y cierro los ojos, abstraído. No me creo lo que está pasando. Eso murmura una voz en mi cabeza: no es verdad, no puede ser verdad.

En la planta baja, soy el primero en salir y tomo un pasillo lateral. A un lado hay varias camillas aparcadas con enfermos macilentos, cadáveres andantes que esperan pacientemente a que los atienda la Seguridad Social. Muchos tienen el gotero colgado de su percha a la cabecera y, aunque procuro no mirar, me irritan. Al pasar junto a la última camilla, doy un codazo disimulado a la bolsita con el suero, que cae al suelo. El alboroto a mis espaldas me suscita una indudable satisfacción.

Jodeos todos, pienso, sin mirar atrás.

En la librería del jol veo en el escaparate el último éxito de Carmen Posadas: estoy a punto de vender sus derechos. Eso normalmente me daría gusto, pero hoy me deja frío.

Una vez en la calle, respiro hondo. Me hallo en plena plaza de Cristo Rey. La noche es cálida. Un termómetro callejero marca treintaitrés grados. Multitud de coches se mueven de un lado a otro con las luces encendidas. El ajetreo hace que todo lo sucedido en el interior del hospital parezca un mal sueño.

Viendo una fila de taxis, me dirijo hacia ellos.

El conductor del primer vehículo tira su pitillo al suelo: ni siquiera se preocupa, el muy cerdo, en aplastarlo con la punta del zapato. Luego me abre la portezuela casi con desgana. Mientras me acomodo atrás, sin soltar mi sobre con el historial y la radiografía, se instala en el asiento del conductor. Pregunta adónde voy, pero sin bajar el volumen de la radio, que sigue encendida.

«Toni Kross acaba de meter el segundo gol de Alemania. ¡De falta y en el minuto noventaicinco! ¡Cómo se abrazan los alemanes, formando una piña! ¡Dos a uno! La continuación de Alemania en el mundial después del varapalo que supuso perder contra Méjico parece que se confirma...».

—¿No le importa cambiar? —digo—. Con la edad, cada vez me interesa menos el fútbol.

El hombre cambia de sintonía. En la SER hablan de Urdanga, el marido de la infanta, recientemente condenado por corrupción. Lo han internado en una cárcel para mujeres de Ávila. Tiene hasta habitación de vis a vis para él solito. Solo le falta piscina y sauna. El peseto murmura algo y me fijo con desagradao en que hay una Virgen de Atocha y fotos de dos niños pequeños con aspecto de primates a medio socializar en el salpicadero. Junto el escudo del Rayo Vallecano. Es como entrar en el salón de su casa. De pronto lamento no haber cogido un Cabifay. Pero esa vaga repugnancia antropológica se confunde con un pequeño mareo que, en la rotonda, me hace cerrar los ojos.

—¿Le pasa algo?

Dos ojos de australopithecus me observan, inquisitivos, por el retrovisor.

—Nada que a usted le importe. Lléveme a la plaza de Santa Ana.

Y nos fundimos en el tráfico.

Pronto somos una más entre centenares de orugas que se alinean mansamente sobre el asfalto. Pienso que estoy muriendo. Pero la idea no hace mella en mi conciencia. Ya me lo puedo repetir, que sencillamente no me lo creo. De repente me miro las manos: se mueven. Las surcan venas repletas de sangre, de vida...

Mi taxista claxona al Citroen verde de delante. Está avanzando muy despacio. Un septuagenario, que lleva un momento bloqueando nuestro carril, conduce con las fosas nasales pegadas al volante. Como mínimo, alzhéimer.

Con algo de sequedad, digo:

—Haga el favor de avanzar. No tenemos todo el día.

Por encima de nuestras cabezas, la noche se va cerrando sobre Madrid. En cuanto salga de este peseto, me voy a fumar un porro, pienso, palpando la bolsita de maría que llevo en el bolsillo.

A mi padre, cuando era joven, mi abuelo le decía que era muy esquinado. Está claro de dónde he sacado mi carácter.

CAPÍTULO SEGUNDO

LUXURY FILMS FOR EVER

«¿Es que un escritor es un hombre aficionado a escribir? No, ¡qué absurdo! Un escritor es un hombre que debe tener un empleo, que debe ir a un café a hablar mal de este o del otro, a decir que escribir es una tontería y que a él no le gusta escribir...».

Pío BAROJA

DOMINGO 24 DE JUNIO. 00.12 HORAS

No hay nada tan patético como ver a dos escritores discutir cuando están picados. Son como gallitos de pelea. Se dan golpes bajos, altos, se desprecian, se insultan, se mentan a la madre y al padre —metafóricamente—, y a todo esto no hay manera de separarlos.

El que tengo delante se llama José Ángel Mañas. Es una antigua gloria que se hizo famoso hace un par de décadas escribiendo no sé muy bien qué. Jamás me he molestado en leer sus libros porque tengo una máxima muy clara: cuando alguien me cae mal, no leo lo que escribe. Y a mí solo me caen bien los autores que trabajan conmigo.

El caso es que se ha enzarzado en una discusión con un guionista y no deja de pontificar sobre lo que él llama el fin de la dictadura del cultoretado. Citando a Fernández Mallo —otro autor ilegible— dice que los creadores son como osos polares a los que se les empieza a derretir el hielo bajo el culo.

Debe de estar ganando poca pasta porque se queja mucho de la situación de los escritores en un siglo que, como dice, es el de la información. Cuenta que si apilásemos cedés con toda la que hemos ido acumulando en Internet, daría para llegar hasta la luna. Y sin embargo en este siglo, insiste, los escritores han perdido el control de su obra y están sufriendo más que nunca. Bla bla.

El guionista responde recordándole que hace casi un siglo que los escritores han entrado en las instituciones. Pero Mañas replica que aquello fue solo un paréntesis. Que históricamente el arte fue siempre el privilegio de las clases adineradas y que los artistas eran poco más que sirvientes y hoy siguen siendo una suerte de bufones, cosa en la que estoy bastante de acuerdo. Por desgracia, eso da pie para que se exalte y vuelva a monopolizar la palabra.

—Nos guste más o menos, Quevedo debió de ser una curiosidad en la corte de Felipe Tercero. Y Mozart, un capricho en la de Viena: entonces no se estilaba morder la mano que da de comer. En realidad, los bufones solo dejaron de ser chistosos cuando apareció el bohemio romántico enfrentado a la sociedad burguesa, que es la imagen que aún subsiste en el imaginario colectivo. Desinterés material y amor por el arte, inconformismo, libertad sexual, genialidad, locura. Esos son los rasgos que todavía atribuimos a los artistas, no solo a los poetas malditos. Y eso dura hasta el siglo pasado, entre guerra y guerra mundial, cuando los escritores se comprometen, se echan a la calle, se hacen de izquierdas, y miran hacia Moscú: Alberti, Neruda, Camus, Sartre, Moravia. Ahí empezaron los problemas históricos de la derecha con la cultura...

—Pero también es cuando la intelectualidad entra en las instituciones —insiste el guionista—. Cuando un Azaña llega a gobernar. O cuando un Semprún se hace ministro. Y cuando la cultura deja de ser un dispendio lujoso y pasa a formar parte de un Estado del Bienestar que pone el arte al alcance de todos y encima asume el reto de defender los derechos intelectuales contra los internautas más beligerantes y la doctrina del procomún, que es uno de los debate más apasionantes de los últimos años.

—Efectivamente. Y como se subvenciona a los creadores, estos pierden su independencia frente al poder, y sin independencia no hay arte verdadero porque el arte tiene que ser transgresor o no lo es, cojones...

A mí me parece curioso que por primera vez en la historia reciente los escritores, que están acostumbrados a ser vanguardia cultural, se encuentren en una situación descaradamente retrógrada cara a Internet. Pero no digo nada porque hay muchos bostezos a mi alrededor y las primeras deserciones. El guionista que ha sacado el tema prefiere abandonar el terreno, aunque dando a entender con su expresión que no está convencido. Yo mismo estoy deseando escaparme, cuando de repente Mañas se me acerca para tenderme una tarjeta: por si alguna vez te interesa representarme, dice. Yo le sonrío con cortesía y me encamino a la barra.

—Coño, Carlos, no sabía que estuvieras por aquí. Cuánto tiempo. ¿Cómo van los negocios, qué tal tus autores? Oye, he tenido que retrasar la firma de los derechos de Carmen Posadas el otro día, no sabes cuánto lo siento. Volvía de Los Ángeles y se retrasó el vuelo. Pero no te preocupes. Firmamos la semana que viene sin falta.

Quien se me acerca es Mario Esnáider, una de las cabezas decisorias de Luxury Films, con quien tengo varios proyectos en marcha. Es un tiarrón imponente de casi dos metros, con el cráneo afeitado como un marine norteamericano impresiona tanto por el físico como por la expresión imperturbable que suele mantener. Te mira siempre como si se acabara de morir su madre: es raro verle arrugas en la cara. Mi teoría es que tiene que ver con el hecho de que nunca se ha sentido cómodo en su oficio.

Detrás de esa fachada de duro, sin embargo, es uno de los productores más inseguros que conozco. Le he visto destrozar más de una película de alto presupuesto con colaboración internacional, actores extranjeros, guionistas británicos, todo supuestamente de garantías. Pero aquí sigue. Ángela, que ha trabajado con él, dice que es una prueba fehaciente de que en cualquier empresa uno asciende hasta su nivel de incompetencia. El hombre se está divorciando. Casi todos los productores que conozco se están divorciando.

—No te preocupes —digo—. Lo hacemos esta semana. Sin problemas.

El asunto me la pela bastante ahora mismo. Pero él no parece coscarse. A lo mejor esa falta de perceptividad tiene que ver con su incompetencia, no lo sé. El caso es que acaba de coger una copa y mira a su alrededor con cierta expresión que se asemeja a un perro de presa. Mi copa está vacía y llevo unos momentos en la barra sin hacer demasiado caso a lo que me rodea, ensimismado en mis asuntos.

—¿Qué te parece la fiesta, Carlos? El sitio es bonito, ¿no?

¡Cómo no va a ser bonito! Esta fiesta la han organizado a medias entre Globomedia y Luxury para celebrar el estreno de su última coproducción. Estamos en el quinto piso del club Argo, un club privado madrileño, en una sala llena de fotos de coches Bentley, que es la marca que ha pagado la remodelación del edificio.

Se ve desde la ventana del fondo la plaza de Santa Ana iluminada por las farolas. Abajo sigue habiendo gente en las terrazas. Está iluminado el teatro Español. Y más allá se vislumbran los tejados de Madrid, tan feos como los de cualquier ciudad, a lo mejor un poquito más.

Yo pierdo la vista por la plaza y Esnáider se pone de puntillas.

—Hay ambientillo... —insiste. Y como no le doy coba, incide en el tema universal que mantiene los vínculos más primarios de la masculinidad—. ¿Viste el partido de Alemania? Ese Kross ha nacido con una margarita en el culo. El último minuto y mira cómo tira la falta. La ha sacado en corto lo justo para que el compañero se la pise, a un metrillo a la derecha de la barrera, abriendo ángulo. Le ha metido la rosca. Ha entrado por toda la escuadra.

Esnáider parece no darse cuenta de que no estoy para cháchara. Se olvida de que soy el único

agente de derechos cinematográficos en todo el país al que no le interesa el fútbol.

—En este mundial España, después del despido del entrenador, no tiene ninguna chance. Igual por eso se ponen todos las pilas. Saben que si ganan será heroico.

Eso se lleva comentando toda la semana. Está en boca de todos. Lo mal que lo ha hecho el presidente del Real Madrid al anunciar el fichaje por su club del entrenador de la selección, el vasco Lopetegui, justo antes del mundial. Para cubrir la reciente espantada de su propio técnico.

Todas estas cosas las sabe uno aunque no quiera. Da igual que te importen más o menos.

—¿Viste la cara de los dos, durante la presentación en el Bernabéu, cuando anunciaron el fichaje? —insiste Esnáider, que, como la mayoría de los progres madrileños, es del Barsa—. Menudo par de carcas y pintamonas. Bueno, dime algo. No estás nada hablador. ¿Te pasa algo?

—Me estoy muriendo. Tengo cáncer.

—¿Me estás tomando el pelo?

—En absoluto. Vengo del hospital. He dejado la radiografía en el guardarropa. Si quieres, te la enseño. Cáncer de pulmón con metástasis.

Solo de mentarlo, me entran unas ganas incontrolables de toser.

A Esnáider se le congela la sonrisa.

—¡Joder!

Da un trago a su copa y se aleja meneando la cabeza. Unos momentos después le veo a unos metros, cruzando unas palabras con Lola Dueñas. No es la única actriz. También están Alba Flores y Mónica Cruz. Veo igualmente al productor ejecutivo del último éxito de Javier Gutiérrez. A Fesser, director de una payasada biempensante sobre deportistas minusválidos: todos sabemos que se va a pasar a Luxury. Es un secreto a voces. Y a la Coixet, que conversa con León de Aranoa, ambos directores estrella de Mediapro.

En otros tiempos, habría aprovechado para hacer contactos. Hoy se me hace insoportable el ambiente. Pronto se me acerca Rubén, un guionista al que tengo contratado para describir las sinopsis de novelas, los argumentos que luego vende mi agencia.

—Coño, Carlos, ¿qué le has contado a Esnáider para quitártelo de en medio? Explícame la fórmula.

—Que me estoy trajinando a su novia.

—¿Es eso cierto?

A Rubén se le han encendido los faros.

—Digamos que la última vez que coincidimos fue como miembros de jurado del festival de cine de Málaga. Esnáider se tomó tantos chupitos de tequila por la noche y estuvo tan pasado que su amante del momento, un pedazo de mulata dominicana con tacones de doce centímetros, acabó llamando a la puerta de mi habitación del hotel a las dos de la mañana. No es que yo lo buscase. Es que se me metió literalmente en la cama. Eso era antes de salir con Ángela, claro. Esnáider todavía no lo sabe.

—¡Qué grande eres, tío! —exclama Rubén. Y me pregunta si no tengo encima un gramito de farlopa—. Es que Maira no está. Tengo que aprovechar.

—Acompáñame al baño.

Los dos cruzamos la sala con cierto aire de conspiradores y nos metemos juntos en el tigre. Está claro que todos se han dado cuenta de la maniobra. Pero eso es lo que menos me preocupa en estos momentos.

—Cierra la puerta —digo.

Abro la papela y vuelco el contenido sobre la pantalla de mi Aifoun.

Mientras aplasto el polvo blanco con el deneí, Rubén no deja de lamentarse de que las cosas no van bien con Maira. Le hace falta aire. Se queja de que se toma demasiado en serio su negocio y curra demasiado.

Da la casualidad de que yo conozco esa casa de masajes tántricos que gestiona en el centro de Madrid. También sé que tiene otros dos locales abiertos en Barcelona. Y sobre todo sé que de eso es de lo que viven los dos. Ella luego lo adorna con un discurso feminista. Cita mucho a Camila Paglia y a las adalides de una sexualidad liberada. Pero en el fondo no es sino un burdel como los de toda la vida.

—Te refieres a tu casa de putas.

—No, coño, Carlos. No es una casa de putas... —A Rubén le molesta llamar a las cosas por su nombre—. Joder, es un centro de masajes. Van hasta discapacitados. Las chicas son masajistas tituladas. Y ya ha dicho Maira que cuando quieras podéis pasar tú y Ángela. Hay sesiones especiales para parejas. Suelen salir muy contentas.

—Ya se lo he comentado a Ángela alguna vez, pero no quiere —digo.

Cojo un trozo de una tarjeta que me ha dejado Mañas y hago un turulo con ella.

—Ten cuidado, que has arrancado justo el teléfono. Te quedas sin las coordenadas.

—No te preocupes que a ese no le pienso llamar. Es un gilipollas. Le he estado escuchando un rato.

—Pues le han adaptado tres de sus obras con éxito. Los guionistas hablan bien de sus novelas... ¿Seguro que está rica? Lo digo porque hace tiempo que no me pongo y espero calidad.

—Lo mejor del mercado ahora mismo... Mira qué roquita más maja, cómo se deshace... Vamos a ponernos un par de tirazos...

—Eso es casi un cuarto de gramo cada uno.

—Eso son dos tiros como Dios manda, Rubén. Nada más. ¡Aúpa!

Al salir del tigre noto que empieza a bajar el sabor amargo por la garganta. El cosquilleo en los dientes es inconfundible. Tengo cuerda para un buen rato. Como la coca hay que mojarla, lo primero es ir a la barra en un lateral de la sala, a por otro lingotazo.

Mientras aguardo a que me sirvan, me quedo mirando la foto en blanco y negro que hay en la pared. De un Bentley. El trasfondo es una calle de una ciudad inglesa, posiblemente Londres. Una mierda de foto. Más allá se ven las escaleras que suben a la azotea, también abierta. La productora ha alquilado todo el edificio para la fiesta. Son pisos tan estrechos que con cualquier fiesta se llenan fácilmente un par de plantas, amén de la azotea.

Rubén me sigue por doquier. Está como una moto, además de como una cabra. La mandíbula le hace más rotaciones que a Yim Cari. No para de decirme que el negocio nos va de puta madre, tío, y que lo tántrico es una cosa respetable.

—La que mejor funciona es una venezolana con cara de niña que da morbo a los tíos. Igual piensan que están haciéndoselo con una cría. Esa cuando empieza a masajearles los genitales, los vuelve locos... Y hay una portorriqueña que te da unos masajes con las tetas en la espalda que alucinas.

—¿Tú las has probado?

—Hombre, yo con Maira... No debiera... Pero hay que controlar el asunto para poder recomendarlo a los amigos... Calla, que esta conoce a Maira.

Quien se nos acerca ahora es Lola Dueñas. Ella es muy amiga de Ángela. Hemos cenado varias veces en plan parejitas, con ella y su chico. Lola lleva bastantes años en el negocio. Se ha ganado el respeto de las productoras y de casi todos los profesionales del sector. Lo único que se le reprocha es que haga tan poca televisión y que siga fiel al teatro y al cine, cuando todo el mundo se está pasando a las series. El futuro ahora mismo está en Netflix, Hachebeo, Movistar, Amazon. Es con quienes hay que estar.

—¿De qué habláis?

—De la chica de Rubén, que tiene un salón de masajes. ¿Qué pasa, te interesa?

—¿Por qué? ¿No debo?

—Hombre —se defiende Rubén—, hay masajes para chicas también. Puedes escoger, hombre o mujer...

—El hombre ¿qué me viene, desnudo?

—En tanga.

Lola suelta una carcajada. A ella siempre le hizo gracia Rubén. Respeta su talento. Por alguna misteriosa razón, aquí todos respetamos su talento. Y eso que hace una década que Rubén no coloca ningún guion. Hace años que es su chica quien lo mantiene con su negocio de masajes. Pero es buen compañero de fiesta y vive del crédito que tuvo un día. Es uno de los muchos que conozco que criaron fama y se echaron a dormir. Ninguno de sus proyectos personales de serie, que yo sepa, ha prosperado.

Cuando Rubén se va a por una copa, Lola me pregunta cómo lo llevo.

—No me puedo quejar —digo—. Las series están en alza. Las productoras necesitan ideas para generar proyectos. Yo les llevo las mejores ideas y consigo las mejores condiciones para mis novelistas.

—¿Y qué tal Esnáider? ¿Qué te dice de lo de Carmen Posadas?

—Está hecho. Firmaremos la semana que viene.

Tengo mucha sed porque la farla que he pillado esta semana es agresiva, colombiana. El güisqui con cocacola lo bebo casi de un trago y le cojo otro a un camarero que pasa con una bandeja en alto llena de bebidas. Ten cuidado, que luego lo pagas, dice Lola. Para mí, la fiesta se ha animado. Güisqui en mano, me lío a hablar con Lola de los contratos que he sacado adelante. Es como si nada de lo que me han dicho en el hospital fuera cierto.

—Me he tirado el mes currando hasta el último momento. He cerrado media docena de contratos, entre Madrid, Barcelona y Londres. Pero no hay manera de que este chico que trabaja conmigo en la agencia se ponga las pilas...

—Jacobó es buen chaval —dice Lola.

—Jacobó no entiende que no se puede ser de mantequilla en este oficio. A mí los autores me pagan para negociar sus derechos, porque lo hago mejor que ellos. Pero si dejo que un autor se tome una copa con un productor, al día siguiente ya le ha bajado el precio un veinticinco por ciento. Y no te cuento ya si acaban los dos yéndose de putas. Eso es pegarse un tiro en el pie... Sé lo que hablo. Llevo dos décadas sobreviviendo con esto y Jacobó está verde. Se le ve venir a la legua.

—Cuidado, que está detrás de ti...

Jacobó efectivamente acaba de salir del ascensor y nos hace una seña con la mano.

A Jacobo me lo recomendó Daniel Écija, ex de Globomedia, en la época en la que Daniel todavía salía con Ángela —eso debió de ser algún momento entre que se divorció y antes de dedicarse a las jovencitas—, y lo cogí para tener algo de qué hablar con ellos. Es sobrino del programador de ficción de Telecinco. El chico anda cerca de los treintaicinco y tiene la costumbre de llevar camisas muy ajustadas y metidas por dentro del pantalón pitillo. Para que se le marquen bien las tabletas de chocolate. A su edad todavía mantiene el vientre liso como una tabla, pero todo se andará.

—Hola, jefe —dice, viniendo hacia mí como buen perrito faldero.

—Aquí estábamos comentando por qué todo el mundo considera la nuestra una de las mejores agencias de derechos audiovisuales de Madrid. Se me ha acabado la copa, Jacobo. ¿Te importa traerme otra?

Mientras Jacobo se aleja, Lola me lo recrimina, con una sonrisa. Le tratas muy mal. De paso me pregunta por Ángela y dice que coincidió con ella en la fiesta de *Vogue* en el Círculo de Bellas Artes. Estuvieron hablando de calzado: un tremendo sarao en el que acaba de meterse mi actual novia.

Dice que encontró a Ángela algo obsesionada.

Ángela es que está intentando abrirse paso en el mundo de la moda. A ella siempre le han fascinado los zapatos. Por su trabajo, conoce a muchos diseñadores. Así que se le ha ocurrido sacar su propia marca. La ha bautizado Angelines. Hace cuatro meses contactó a un fabricante de Elche que trabaja con treinta operarios y prácticamente ha dejado, por el momento, la interpretación.

Ángela es que no sabe hacer las cosas a medias.

—Pues me parece guay. A tu chica siempre la ha molado el trapo.

—No lo sabes tú bien —digo—. De hecho, ya ha contactado con varios diseñadores para que hagan branding con sus Angelinas.

La verdad es que estoy hasta los cojones de que si Caprile viste a Letizia y Escoté a Beyoncé, y que si Palomo Espéin...

A mis chicas anteriores le gustaba la moda, pero lo de Ángela se ha salido de madre. Yo asiento a lo que me dice Lola. Pero no puedo oír ni una vez más la palabra elegancia, y me alegro cuando regresa Rubén con otra copa.

—Veo que habláis de Ángela. Es la primera novia en años que te dura tanto, ¿qué tal anda? —se interesa.

Rubén, ya con las pupilas dilatadas, tiene aspecto inequívoco de estar enzarzado. Está puesto hasta las muelas.

—Lleva todo el día en casa con sus diseños. No ha podido venir. Me estoy quedando en su piso mientras pintan mi ático...

Cuando Lola se aparta para charlar con otro actor, Rubén me dice, riendo:

—¡Anda que no se te nota nada que te aburre la moda! Pero te equivocas al menospreciarla, porque la moda lo es todo. No hay manera de escaparse...

—Tú piénsalo. De haber nacido un siglo atrás, tú y yo habríamos sentido y vestido exactamente igual que los de entonces. Don Juan en tiempos del Romanticismo era un tísico pálido. Hoy sería un deportista bronceado con Ferrari y Rólex. Todos somos fruto de una época —desvaría Rubén, dando un sorbo a su copa—. La moda se sigue quieras o no. Para mí la única distinción posible es entre los creadores de tendencias, que son como imanes, y los que chupamos rueda, que somos imperdibles pegándonos uno contra otro.

—Si tú lo dices.

—Y tú, clasicote como vas, creador no eres. Y tampoco Catxo. Mira qué camisa —dice, viendo que se nos junta un director de publi que está pasándose a la ficción.

A Catxo le han empezado a ir bien las cosas cuando ha dejado de vestirse en plan podemita y se ha cortado las rastas. La camisa jahuaiana es su distintivo de artista y viene con el casco en la mano, porque solo se ha pasado, explica, para decir hola.

—Hacía tiempo que no te veía tan animado, Carlos. Y a ti, Rubén, tampoco. Anda, que ya os vale. Os he visto acercaros al baño. Dando el cante delante de media profesión. No tenéis remedio.

—... ¡Este os digo que es el guionista con más talento que conozco! —exclamo, cogiendo efusivamente a Rubén por el cuello—. Y esta chica...

—La mejor actriz de mi generación, ¿verdad?

Me cuesta controlar mis efusiones y tanto Lola Dueñas como Catxo intercambian una mirada burlona. Catxo aprovecha para preguntarme qué tal el proyecto de su serie.

—Coño, la historia de Miriam Gutiérrez. Siete veces campeona de España de boxeo y mujer maltratada. La biografía que publicó un autor de tu agencia. Llevo un mes preparando el documento de venta. Es un bombazo y nos puede abrir la franquicia del boxeo femenino. Ahora mismo, el feminismo está en auge. Tienes el proyecto sobre tu mesa desde hace semanas.

—Hostias, ¡lo de la Taison de Vallecas! —digo procurando parecer interesado—. Lo está llevando Jacobo...

—Pero ¿no la ibas a llevar tú? ¿No tenías un pich con Globomedia?

—Mira, Catxo, he tenido un mes loquísimo, entre reuniones por lo de Posadas, lo de Los Ángeles, Londres, Barcelona... No he parado. Pero esta semana me pongo con ello... Le daré prioridad absoluta, te lo juro.

Tanto Catxo como yo sabemos que es mentira. Pero la confianza hace que a ninguno de los dos nos importe. Catxo se despide diciéndome que me cuide. Yo me pulo la copa y vuelvo a la mesa a por otro güisqui. Estoy privando mucho, pero me ha subido el puntito.

De pronto suena *Islamabad*, la canción de Los Planetas, que retoma una base instrumental del trapero Yung Bif sobre la que canta Jota con voz susurrante:

Me estoy cayendo pa'riba, mami dame la bendición

Aunque no consiga nada, tuve mucha ambición
La calle está mala, necesita medicación
Yo que no le temía a nada, ahora tengo miedo a perderlo to'...

Yo descubrí a Jota, como la mayoría de la gente de mi generación, con *Una semana en el motor de un autobús*. La voz apenas se oía. No sabía cantar y se escondía tras la pantalla de las guitarras. Pero el tío convirtió su defecto en virtud y muchos empezamos a prestar atención a sus susurros. Y ahí descubrimos la personalidad hipersensible que había detrás de esa voz velada. Jota ha cantado el desamor hacia las mujeres y los celos masculinos como nadie. Desde entonces, he seguido a la banda disco tras disco. Solo me desenganché cuando les dio por experimentar con el flamenco.

El nuevo tema es emotivo y lo escucho con los ojos cerrados. Cuando los abro, me topo con el ceño fruncido de una cara conocida. La tengo delante, morro con morro. Es una cara que no necesita la ayuda del maquillaje para que las cámaras se enamoren de ella. Su enfurecida propietaria me enseña algo en su móvil.

—¡Y yo que quería tener un hijo contigo! —dice, blandiendo la foto en pantalla. A juzgar por el ángulo, se lo ha debido de enviar una amiga bienintencionada.

—Pero si es Julia, la becaria que tenemos en la agencia...

Un tremendo manotazo me cruza la cara.

—¡Os estáis besando en el bar de debajo de tu despacho! ¡Es una cría! ¡Eres patético! ¡Encima llevo más de tres horas esperándote! ¡Me dijiste que pasarías a buscarme después de ver a tu hermana! ¡¡Eres un hijo de puta, Carlos!!

Yo me llevo la mano a la mejilla enrojecida. Me doy cuenta de que todos, alrededor, nos miran. Alguno incluso está disfrutando. Pero vuelven a sus conversaciones en cuanto Ángela cruza la sala camino de la puerta y desaparece escaleras abajo.

Meneo la cabeza y como se me ha caído la copa al suelo, me acerco a la barra a pedir un nuevo cubata de güisqui.

—Cárgamela bien —digo, frotándome la mejilla.

Unas horas más tarde, la madrugada me pilla saliendo del Bling Bling por su acceso a la calle Génova. Estamos pegados a Marqués de Ensenada, no lejos del consulado francés y del Tribunal Supremo.

Al final me he liado con Rubén y con unos amigos de su chica, la de los masajes tántricos. Como es tan feminista, ha estado rajando todo el rato de cómo sigue subiendo la marea morada. Ella es muy amiga de Un Hombre Blanco Heterosexual, un youtuber con el que va a escribir un libro a medias sobre sexualidad que les ha encargado Planeta, y no para con el tema. Yo les he enseñado la radiografía de mi pulmón y las manchas de mi cáncer y todos se han reído, porque estamos emporrados.

Mientras discutíamos, me ha dado por recordar el último ocho de marzo. Entonces pasé por la calle de Alcalá y me encontré con un grupo de mujeres alteradísimas, con pañuelitos morados anudados al cuello. Gritaban a voz en cuello: ¡MADRID SERÁ LA TUMBA DEL MACHISMO! Casi me entró la risa.

El caso es que he bebido y fumado demasiado y cuando por fin me despido, la cabeza me da vueltas. Me cuesta reconocer la matrícula del Cabifay que me espera un poquito más abajo de la parada de taxis donde los pesetos ya nos ojean el coche con mala uva.

—Llévame a Castellana, veintiuno —digo, abriendo la portezuela.

La conductora, una lesbiana de pelo corto, debe de estar acostumbrada a clientes en mi estado y no abre la boca. El coche por lo demás es eléctrico —el ecologismo es uno de los caballos de batalla de la actual alcaldesa— y apenas hace ruido mientras baja por Génova, Colón, Castellana. De vez en cuando levanto la cabeza y la apoyo contra el marco de la ventanilla. La ventanilla está medio abierta. Necesito que me dé el aire. Me siento como si estuviera en un barco.

—¿Está usted bien? Tiene una botellita de agua, si quiere, en la puerta.

—Estoy... perfectamente, no se preocupe —digo, bajando la ventanilla.

El coche cambia de dirección y se detiene en la acera de los impares. Se para junto al portal. Está a punto de amanecer y el cielo se arrebalea por entre los edificios del centro. Qué deprimente. Nunca me han gustado los amaneceres. ¡Cuidado!, exclama la bollera. Yo tropiezo con el bordillo de la acera, aunque consigo mantener el equilibrio.

En el portal, llamo al botón del tercero derecha una y otra vez.

—¡Ábreme, Ángela! ¡Abre, hostias!

Es estúpido porque ahora mismo lo más seguro es que no esté. Y, porque, si está, no contestará. Al rato, se me antoja que alguien se asoma arriba al balcón. Pero debe de ser una impresión, porque me alejo dos pasos para mirar hacia la fachada y no hay nadie. Todas las contraventanas siguen cerradas. Aun así, grito de nuevo que me abra.

—¡Que me abras, joder!

Regreso al telefonillo y llamo sin ton ni son a todos los pisos.

Pronto, el silencio se transforma en un guirigay de voces cabreadas.

—¿Quién es a estas horas? ¡Gamberros!

Uno amenaza con llamar a la policía, otro con bajar a partirme la cara.

Cuando explico con voz pastosa que soy el vecino del tercero, que me he olvidado las llaves del portal en casa, y que mi novia no me oye o no está, la respuesta es un improperio.

Por fin, un alma caricativa abre la puerta.

Como el ascensor está estropeado, subo las escaleras a trompicones. En el tercero me siento en los escalones.

—¡Vivan la discreción y las buenas maneras! —grita una voz por el hueco de la escalera.

La puerta está cerrada y en el centro del rellano hay una maletita Samsonite roja, de pie, sobre las ruedas, con un par de camisas encima. Las que me traje anteayer con las correspondientes mudas. Lo necesario para este fin de semana, mientras me pintan el ático. Clavo la vista en ella, miro la puerta cerrada, y pienso que tengo llave. Pero cuando la saco del bolsillo y la pruebo, no abre.

Mi cerebro está hecho un gruyere. Lo vuelvo a intentar y por fin suelto una carcajada. Golpeo la puerta con la mano abierta.

—¡HAS CAMBIADO LA CERRADURA! ¡PERRA!, ¡HIJA DE PUTA!, ¡CABRONA!

—¡Haga usted el favor de callar, o llamo a la policía! —grita otra vez alguien desde el rellano de arriba—. ¡Que en este edificio la gente es decente y está durmiendo! ¡Además, es domingo!

Sentado en la escalera, me acerco la maleta, La abro con torpeza. Meto dentro, primero la puñetera radiografía, después las dos camisas. De paso rebusco un poco hasta comprobar que está todo, incluyendo mi pasaporte, mis papeles de sanidad y un par de tarjetas de crédito de repuesto: no se ha olvidado nada la niña bonita de los...

Saco de debajo de la ropa un estuche de latón con una torre Eiffel en la tapa. Dentro hay una jeringuilla, una goma, un algodoncillo, mechero, una cucharilla, algo de suero. La coca y el alcohol ayudan a pasar un rato. Pero lo que necesito ahora mismo es esto...

Me ciño bien fuerte el brazo con la goma, cojo la jeringuilla y caliento la cucharilla. Al poco, la mezcla burbujea. Me busco la vena y pienso que tengo suerte de que las venas aún no se me retraigan. Yo empecé, como casi todo el mundo, inhalando con papel de plata. Pero mi díler me convenció de que lo mejor es la vena Supongo que llevaba un tiempo fumando y las dosis cada vez hacían menos efecto. Al principio me daba cierta aprensión la aguja. Pero él se ofreció a enseñarme y me pinchó las dos primeras veces y desde entonces, funciono solo.

El efecto sedante es inmediato. Inclinándome hacia adelante, noto que se me escapa un vómito alcoholizado. Solo bilis. El caso es que tras echarme a un lado y recostarme contra la pared durante lo que me parece una eternidad, vuelvo a abrir los ojos y miro la puerta. Mascullando un insulto, me pongo en pie. Me cambio de camisa, la usada la dejo colgando del pomo de la puerta, y bajo hasta el sótano.

Mi segunda llave sigue abriendo la puerta del garaje. Entro arrastrando la maleta. A la luz de los tubos de neón compruebo que mi coche, un Lexus híbrido, tampoco está donde lo dejé aparcado hace dos días, y vuelve a subirme el cabreo.

—Hija de puta... Hija de la grandísima puta...

Abro la maleta y rebusco entre mis bártulos hasta que saco unas gafas de sol Ferrari, y con la camisa mal abrochada y sacada por fuera y oliendo a alcohol por todos los poros, salgo de nuevo a la calle, que está todavía desierta a estas horas.

Me siento como un viejo cómico que hubiera empezado a decir verdades: me estoy muriendo. Y todo el mundo se ríe como si fuera un chiste.

CAPÍTULO TERCERO

DOS VIEJOS AMIGOS

«Cuando no te puedas mantener en pie / y ya no te quede nada por beber. / Y tengas que volver / y tengas que volver... / Y tienes tanto que explicar / y no te pienso escuchar...».

LOS PLANETAS,
Desaparecer

DOMINGO 24 DE JUNIO. 20.12 HORAS

—¿Qué coño has hecho todo el día?

—Deambular. Puto domingo. Me he dado un paseo por el Rastro. Sigue lleno de perroflautas. Me he debido de recorrer todos los tenderetes de la Ribera de Curtidores. Hasta me he metido en las corralas a ver qué mierda de antigüedades tenían... De vez en cuando entraba en un bar y me tomaba un vinito, por matar el tiempo.

—¿Y todo el rato con la maleta a rastras? Al menos habrás comido algo.

—Es que no tengo apetito, Pedro. Últimamente no me apetece ni follar...

—Y eso con lo que has sido tú. ¡Quién te ha visto y quién te ve, Carlitos!

Lo que no le explico es que mi adicción a la heroína está paulatinamente matando las ganas. El tener novias esporádicas ayuda a disimularlo. Encima son novias modelos o actrices que trabajan mucho y tienen tantos proyectos, paran poco en casa. Pibones que en realidad apenas tienen tiempo para otros asuntos. Lucen mucho y se gastan una talegada en lencería, pero no son lo mejor en la cama.

Con Ángela, durante los primeros meses nos veíamos únicamente el fin de semana. A veces uno de cada dos, siempre con mucho compromiso social de por medio. Y cuando me sentía poco en forma, echaba mano del dedo o la lengua...

Para escurrir el bulto, puedo hasta recurrir al argumento de la edad.

Ángela, en cualquier caso, siempre se ha mostrado comprensiva salvo en las últimas semanas, que empezaba a hablar de tener un hijo. Con el cabreo de ahora mismo, espero que se le olvide definitivamente. De hecho, fue con ese rollo con el que le entré a la becaria. Ni siquiera me apetece, pero fue la costumbre, el piloto automático. Un mero tonto, cuatro besitos.

—¡Pon aquí dos tintos! —le grito al camarero.

El bar tiene las estanterías llenas de deprimentes botellitas de aceite de oliva. La parroquia lleva un rato viendo el partido de Colombia contra Polonia. Muchos animan a Colombia. Ya han soltado un par de huys. De repente se canta un gol, y nos volvemos hacia la pantalla. En la repetición vemos un centro de James Rodríguez y el testarazo de un negraco felino.

El comentarista ensalza la jugada, que el bar aplaude comedidamente. No es el mismo entusiasmo que si juega España, pero el partido se sigue con una apreciación tranquila. En general la gente está con los sudacas. Eso es porque la mayoría no han cruzado el charco. No han comprobado lo mucho que nos odian.

Lo de la madre patria es una patraña que no nos creemos ni nosotros.

Mientras esperamos a que nos traigan los dos ribera, me siento tranquilo. Llevo todo el día alternando el alcohol con algún nevadito, para no amuermarme. Por lo demás, lo bueno de la heroína es que espanta la angustia. El cerebro queda como acorchado. Uno no es más que un átomo insignificante en el universo. Todo pierde importancia.

Deambulando por el Rastro, he desconectado el móvil. Y a media tarde me he metido en un piso en Malasaña que no suelo frecuentar. He pasado un par de horas tumbado en el suelo, sobre una colchoneta. Había cuatro o cinco yonquis callejeros de aspecto lamentable pero respetuosos conmigo porque los adictos nos reconocemos y nos respetamos los unos a los otros. Que no me diga nadie que la droga no es un asunto transversal. Solo por eso habría que legalizarla.

A las siete se me ocurrió llamar a Pedro. Y ahora estoy con él en la calle Silvano, junto al parque Juan Carlos Primero. Aquí se vino a vivir en su día, cuando se casó con Silvia.

Coincidiendo con el procés han aparecido banderitas rojigualdas por doquier, aunque tengo la impresión de que más en las zonas residenciales. No hay duda de que el nacionalismo es la ideología del dinero, ¿no es cierto?

—No sé por qué te viniste a vivir tan lejos —digo.

—Nos vinimos porque entonces estaban baratos los pisos. Compramos sobre plano. Y no nos ha ido mal. Sabes que Silvia trabaja en los juzgados de plaza de Castilla. Y yo tengo las oficinas de la empresa en Arturo Soria. Seguimos donde siempre. Pero, vamos, estamos contentos...

—Nunca pensé que Silvia sacase la oposición a juez. Además, siendo tan joven.

Silvia dedicó sus buenos años a prepararla. Suspendió en un par de ocasiones, estuvo a punto de dejarlo, y la sacó por los pelos porque no es ninguna lumbrera. Pese a su falta de luces —o a lo mejor precisamente por eso— hoy es una juez respetada que imparte hasta seminarios en la universidad. Su trabajo es lo que más le gusta en la vida.

Si soy sincero, nunca he entendido cómo nadie se puede atrever a juzgar. Y menos después de años con la cabeza metida en libros. Si hay alguien que precisamente no está capacitado para entender la vida, eso es un juez.

Pero eso no se le digo a Pedro. Para él, Silvia es intocable.

—Entonces, ¿cuándo me has dicho que terminan de pintar tu ático?

—El pintor dice que pasado mañana puedo volver. Pero mientras tanto, aquí me tienes. Con la maletita a rastras.

—Si me lo llegas a decir, te lo podríamos haber pintado nosotros mucho más barato... Eso que está sonando, ¿es tu móvil?

—Mira, mi hermana. Lleva todo el día persiguiéndome. Es la única que lo sabe. Aparte de ti, todavía no se lo he dicho a nadie.

Y Ángela ni siquiera ha llamado. La muy zorra. Tampoco ha contestado a las dos o tres llamadas que le hice. Me pregunto dónde habrá dormido. Me juego el cuello que con su hermana, que vive en Villaviciosa. La hermana es una ingeniera aeronáutica solterona: siempre está disponible para verla. Una cultureta insorportable que trabaja en Getafe para Eirbus y se pasa la mitad del año viajando al sur de Francia. Las dos quedan semanalmente para ir a los cines de plaza de España. O a lo mejor con sus padres en el barrio de Salamanca. No, porque entonces no habría necesitado mi coche. Se habrá ido con su hermana y me estarán ahora mismo poniendo verde las dos. Como de costumbre.

—Hostia, Carlos, cada vez que lo pienso me quedo más helado.

—Dicen que los tratamientos actuales son fantásticos. Pero vamos a dejarlo. Ya te he avisado que la más mínima muestra de sensiblería y me largo.

—Quieres ser un jodido Jamfri Bogart hasta el final. De acuerdo, me falta decirte que te den por culo.

—Es lo mejor que puedes hacer. Sabes que soy un hijoputa.

—Eso es lo que piensa mucha gente, no te voy a decir lo contrario. La mala fama te persigue después de lo de Fierro. ¿Te acuerdas alguna vez de aquello?

—No hablemos de algo que ocurrió hace siglos, Pedro, por favor.

—Es que, tío, aquello fue muy chungo. Y mira que nadie, ni la familia ni la policía, sacó temas pese a la autopsia y todo. Fue lo que nos separó de Roberto.

—Porque era un acojonado. Y un gilipollas.

—Estaba enamorado de ti.

—Yo también estoy enamorado de mí mismo. Pero ya ves que no sirve para mucho.

—Coño, Carlos. Que lo que sucedió no es para hacer bromas.

—Lo que sucedió hace veinticinco años es agua muy pasada. Y no entiendo por qué cojones me lo mencionas justo ahora.

—Te lo menciono porque da la casualidad de que llevo un tiempo quedando con Roberto. Me lo encontré la Semana Santa del año pasado en el Xanadú. El centro comercial ese. Yendo hacia Alcorcón. Iba a esquiar en la pista de nieve artificial. Estaba con un tipo mulato que me presentó como su marido. Ese día nos tomamos unas cañas y, desde entonces, una vez cada dos o tres meses procuramos quedar.

—O sea que al final salió del armario. ¿Cómo es el maromo?

—Muy agradable y normal. Como él. Roberto nunca tuvo pluma. Y Leonardo es un tipo tranquilo. Mulato, ya digo. Un cubano de los que salió por patas cuando Fidel estaba todavía en el poder. A mí de todas formas no me molesta lo que haga cada cual en su casa. Total, que la semana pasada estuve con ellos en su barrio. Se han instalado en Lavapiés y me invitaron por primera vez a subir a la azotea espectacular que acaban de reformar y que les he pintado. Es donde tienen los bancos con las pesas. Donde toman el sol. Los dos son muy de descamisarse y de ir en pantalón corto cuando pueden. Siempre van depiladitos.

—Se depilarán mutuamente el ojetete. Lo tendrán blanqueado —digo. Por alguna razón me está dando por imaginarme a la parejita dando de comer a las palomas en su azotea—. Y supongo que tendrán una bandera multicolor colgando de la barandilla. ¿Me equivoco?

—No seas desagradable, Carlos. Te estoy diciendo que son una pareja seria. Los dos son abogados en el bufete compartido donde se conocieron. Trabajan en cuestiones de derechos de autor con la SGAE. Sobre todo la parte musical...

—A Roberto siempre le gustó la música.

—... Me preguntó por ti.

—¿Y qué le dijiste?

—Que alguien que nos conoce a los dos me había dicho que estabas mejor que nunca.

—No te me vayas a emocionar ahora. Lo has prometido.

—Macho, es que ha sido un shock verte después de tanto tiempo... y en estas circunstancias. Es alucinante lo rápido que pasa la vida. Lo grande que parece el mundo de joven, ¿verdad? Piensas que te lo vas a comer, que te sobra tiempo, que puedes hacer ocho mil cosas diferentes, experimentarlo todo. Y lo minúsculo que resulta a toro pasado. Al final es él quien te acaba comiendo a ti. Sin darnos cuenta nos hemos plantado en el medio siglo. Somos prácticamente unos viejos.

—Eso lo serás tú. Yo todavía pienso dejar un cadáver bonito.

—Lo digo en serio, Carlos. Al final, ¿qué hemos hecho? Mi sensación es que poco. Tú al menos trabajas en algo glamuroso. Andas todo el día tratando con novelistas, gente de la tele...

—De la farándula.

—Eres un agente respetado. Has salido con decenas de mujeres. En cambio, yo no he hecho nada interesante. En cierto sentido, lo tuve demasiado fácil. Heredé la empresa de pintura de mi padre y he vivido hasta ahora de ella. No es una vida apasionante. Lo más excitante que hago es pintar fachadas de iglesias. Eso sí, he desarrollado un ojo clínico para distinguir las distintas gamas de colores industriales.

—Tenías un camino marcado y lo has seguido. No le des más vueltas.

—Es que eso es el problema. Yo de joven tenía inquietudes que nunca he podido explorar. Joder, cuando mi padre murió me quedé con la empresa. Y he continuado llevándola, porque era lo razonable. Por no traicionar su memoria. Pero nunca sabré si tenía algo dentro, si hubiera podido ser otra cosa.

—¿Qué te habría gustado hacer?

—No te rías Carlos. A mí siempre me gustó escribir.

—¿La literatura? No me jodas. Pero si son unos muertos de hambre. Te lo digo yo, que trato con ellos. Arte del pasado. Una mierda, Pedro. Ni siquiera es un mercado, es un charco. A mí me cuesta Dios y ayuda vender sus derechos. Menos mal que llegó el bum de las series y que las productoras necesitan argumentos. Porque el dinero está en lo audiovisual, siempre lo dije. Si los novelistas subsisten, es porque se han convertido en una especie de guionistas de lujo. Lo único que vale de las letras es lo que aprovecha para la pantalla. Por ahí se les está encontrando, más o menos, un uso.

—Ya sé que escribir no es Jauja. Pero al menos uno vive su sueño, monta un proyecto de vida, y todo cobra sentido. A mí me ha faltado vocación y esfuerzo. Los vocacionales, como Silvia, son corredores de fondo que entrenan como bestias para poder de vez en cuando darse la alegría de un triunfo. Eso es el reverso del sufrimiento cotidiano. Es el pacto que se hace con la vida. Lo uno contra lo otro.

—El problema es que te acabas convirtiendo en un asceta. Un esfuerzo así fagocita. Y la competencia es feroz.

—No digo que no. Pero optar por la vida fácil, como yo, al final te desespera. Tarde o temprano caes en ello. No parece haber término medio en esto: o sufrimiento o sinsentido. Entre esos extremos, lo más sano es seguir la vocación y aceptar el sacrificio, como hacéis muchos. Hasta tu agencia, a fin de cuentas, es un proyecto personal. La arrancaste de cero. Pero déjalo, son tonterías mías. Cambiando de tema, ¿cómo están tus padres? ¿No saben nada?

—Desde que mi vieja cumplió los sesentaicinco, andan los dos jubilados. Si se lo cuento, como tienen tiempo, se van a volcar. Casi prefiero que no lo sepan. Ahora mismo les veo razonablemente poco. Comemos juntos y es llevadero.

—Dales recuerdos cuando los veas. Este vino es el último, Carlos.

—No me hagas esto, Pedro.

—Es que me está esperando Silvia. Es hora de cenar. Ya sabes lo que es vivir en pareja.

—Ponle un guasap. Que no tengo donde ir hoy. Es domingo y necesito compañía. Hazlo por mí, joder.

—Es que mañana hay que trabajar, Carlos.

—Solo una copa, Pedro. Quédate un ratito más, por Dios.

—Escucha. La única manera, si te empeñas, es que me acompañes y se lo pides tú a Silvia. A ti no se atreverá a decirte que no.

—Entonces, vamos —digo.

La casa de Pedro está en una de estas urbanizaciones modernas y anodinas en torno al parque Juan Carlos Primero y es la cosa más estandarizada que cabe imaginar. Edificios de cuatro alturas de ladrillo rojizo construidos alrededor de una piscina en forma de judía y, por supuesto, de las pistas de pádel. A estas horas se oyen los chapoteos de la muchachada alborotada que aprovecha los últimos momentos del día.

—¿Están ahí tus hijos?

—No creo. A estas horas habrán subido. Silvia es muy estricta con los horarios.

Ver tanto niñato en bañador, disfrutando del agua, me deprime. Cuando uno lleva todo el día arrastrándose por el asfalto, te das cuenta de que en Madrid, en verano, hay dos clases: los que se pueden remojar y los que no. La piscina es una frontera social.

Dentro del portal, nos cruzamos con un vecino. Pedro me comenta al oído que es un locutor famoso de Onda Cero. Los dos parecen clones: los mismos bermudas, polito Ralf Loren y zapatillas deportivas de cien pavos para arriba. El uniforme de la gente bien en verano. Yo sigo sin ducharme. Debo de apestar, pero no me importa.

En cuanto el ascensor se abre, salimos a un rellano chapado en mármol. Su piso es el de la derecha y Pedro toca el timbre. Al abrirse la puerta, oímos al fondo la televisión encendida. Sigue el partido de Colombia. Debe de estar a punto de terminar. Los niños andarán viéndolo.

Silvia, parada en el vano, se muestra sorprendida.

—Hombre, Carlos, ¿cómo tú por aquí? Casi no te reconozco, vaya sorpresa... —dice, en un tono poco agradable.

—Más de veinte años desde la última vez que os visteis —añade Pedro, procurando suavizar la situación.

Yo evito darle un beso. Ella tiene un bol en la mano y bate un huevo. Está en bañador y una camiseta larga le cubre la tripilla, dejando al aire las piernas ya celulíticas. La encuentro bastante estropeada, pero como casi todas las mujeres a su edad. Yo hace años que prefiero las carnes prietas. Treintaicinco, ahora mismo, es mi límite para las tías. De hecho, ahora que lo pienso, Ángela los iba a cumplir en septiembre. Igual era premonitorio.

—¿No vais a entrar?

—Justamente, hoy no voy a cenar en casa, cari. Me he encontrado a Carlos y vamos a salir a tomar una copa. Supongo que no te importa.

Dentro del piso, el aire acondicionado funciona a tope. El salón está en penumbra, con los toldos de las ventanas echados. A estas horas fuera hace más de treinta grados. Todo vale para bajar un gradito la temperatura.

—Mamá, ¿qué hay de segundo?

—¡Un momentito, Felipe, ahora voy! ¿No quieres pasar a ver a los niños, Pedro?

—Ya sabes que Carlos nunca fue muy de eso.

—Carlos, no. Pero el padre estaría bien que les diera un beso antes de que se vayan a la cama.

Mientras me quedo a solas en el recibidor, el matrimonio feliz musita secretitos al fondo del pasillo. Es evidente que a Silvia no le hace ninguna gracia mi presencia y le pregunta a Pedro qué demonios hago aquí. Él le murmura algo al oído que no alcanzo a oír pero cuyo sentido está claro: se está muriendo, no habrá muchas más ocasiones. El silencio de Silvia es revelador y desde lo lejos me lanza una ojeada de incredulidad. A lo mejor hasta se arrepiente de su hostilidad. Siempre fue una estirada, que hizo todo lo posible por alejar a Pedro de mí.

Yo me quedo mirando una foto de la familia delante de la playa de Denia, donde veranean. Luego bajo la vista hasta el paragüero de la esquina: una pijería porque en Madrid no llueve.

Después de intercambiar un par de frases que no alcanzo a oír, Pedro se despide de sus hijos.

—Felipe, ven que te dé un beso. Y tú, nena, pórtate bien con mamá.

—¿No te quedas a cenar, papá?

—Estoy con un amigo, hijos. Vamos a dar una vuelta.

—¿Y el partido? Va ganando Colombia tres a cero, papá. Son muy buenos.

—Mañana me lo cuentas, Felipe. Dadme un beso, que cuando llegue estaréis dormidos. Y descansad, que la semana que viene empezáis el campamento —dice Pedro. Y reaparece ya solo—. A Silvia no le importa que salgamos. Pero tengo que volver antes de las doce. Mañana trabajo.

—No te preocupes —digo, según nos metemos en el ascensor—. Antes de las doce estás de vuelta en el juzgado de guardia. No sabes cuánta suerte tienes de tener hijos.

—No sabes cuánta suerte tienes tú de no tenerlos.

—¿Te estás burlando?

—Yo no. Pero tú, sí. Anda, vamos al garaje. ¿Dónde quieres que vayamos?

—A algún garito de moda. Dicen que últimamente Lavapiés está bien.

Las puertas se abren.

Pedro me guía hasta las plazas de garaje donde guarda sus dos coches: un Escénic de siete plazas familiar blanco recién estrenado. El que lleva su mujer, me comenta. Y un Audi tres de color rojo cereza, el suyo.

Pedro se mete en el Audi. Yo abro el maletero: estoy harto de arrastrar la maleta. Hay un bote de ambientador en la guantera y Pedro aprovecha para echa una rociada con el espray.

—Silvia ha hecho comentarios —dice—. Y ahora vamos adonde quieras. Pero no te olvides de que tenemos que estar de regreso a las doce.

—No te preocupes. Estarás en tu casa, con tu mujercita y tus retoños, a las doce sin falta. Tienes mi palabra —digo, sacando mi bolsita de marihuana.

—¿Qué haces?

—Me queda para un último peta. Hay que entonarse.

Por el camino, mientras fumamos, con ojos enrojecidos, escuchamos una tertulia radiofónica donde uno de los periodistas comenta que vivimos la edad de oro del deporte español.

«En su día se dio la circunstancia de que el Siglo de Oro de la cultura coincidió con el momento político más decadente. Hoy sucede con el deporte. En medio de los años más delicados de la democracia, en unos tiempos en los que la unidad nacional está más cuestionada que nunca, el deporte español vive su momento más glorioso. Nos hemos acostumbrado demasiado fácil a que en cada final de un graneslam esté Nadal, a que Roland Garros sea casi una cita anual para el himno y a que la selección de fútbol arrase con cuanto se ponga por delante. Que en las motos no haya quien nos tosa. Que en balonmano, jóquey, bádminton, fútbol sala o huaterpolo estemos siempre en lo más alto. Que en el mundo entero se nos tenga un respeto inmenso a causa de nuestros deportistas. Pero no nos engañemos. Ha sido una generación de oro crecida en los años de la abundancia, algo que no se volverá a repetir...».

—Eso es verdad —dice Pedro—. Para mí el salto se dio en los Juegos Olímpicos de Barcelona. Ese esfuerzo dio como fruto una veintena de medallas. Fue euforizante. Ahí dejamos atrás el victimismo y los complejos, para competir en pie de igualdad con todos. Se demostró que una inversión razonable podía generar beneficios enormes. Y lo siguiente fueron los baloncestistas. Ellos fueron los primeros en lograr, en un gran deporte mundial, ser campeones del mundo. Antes que los futbolistas. Y un caso frustrante es Fernando Alonso, que si no ha sido heptacampeón del mundo es porque no tomó las decisiones más sabias...

—Y porque tiene un carácter del demonio —digo.

Resulta difícil no recordar sus declaraciones cuando ganó su primer mundial: esto se lo dedico a los que no han creído en mí. El lado oscuro de Alonso siempre estuvo a flor de piel. Por eso me cae tan simpático.

—Pero en el extremo opuesto está Nadal —continúa Pedro, algo tostado. Nos hemos parado a la entrada de un parquin de la calle Embajadores y coge el tique que le extiende la máquina—, que dice que ser buena persona está por encima de los títulos y es un modelo para niños del mundo entero. Lo que dice la radio. Hay que disfrutarlo, porque esta generación de deportistas es irrepetible.

Se puede juzgar a un hombre por su pareja. Es su autoestima. La imagen de su yo profundo.

CAPÍTULO CUARTO

EL POLÍGONO MARCONI

«Algunas pisan fuerte, son altas, orgullosas. Son firmes y obstinadas, enhiestas como mástiles. Poderosas y astutas, seguras de sí mismas, buenas razonadoras, maduras, decididas, van a invadirlo todo. Entran, se hacen las dueñas y al fin, en su despacho, bien firmes y encajadas, saben que ese es su sitio, conocen su papel. Entran, salen, se van emocionando, se van acelerando conscientes de su imperio. Imperios de una noche, monarquías de un beso...».

Lucía ETXEBARRÍA,
Amor, curiosidad, prozac y duda,

LUNES 25 DE JUNIO. 06:54 HORAS

Al final volvemos a meternos en el Audi después de salir del Fabrik, en Humanes. Es la discoteca en la que hemos recalado, una vez que nos cerraron los garitos del centro de Madrid. Lo último que se encuentra abierto en fin de semana. El sitio está lleno de niñatos que adoran la farlopa, el espid, el eme, la ketamina, la marihuana, el trap, la música electrónica, Instagram. Jaslas, gunis, gufis, bogoses, bandarras, gente que se cree dominicana y dice papi y mami en cada fin de frase, como si viviesen en una canción reguetonera.

—Aquí hay demasiado macoqui —dice Pedro, con su argot atrasado.

En el estacionamiento, algunos se agrupan en torno a un coche tuneado, entre palmera y palmera. La música no deja de atronar. Como ya ha amanecido, muchos llevan gafas de sol para que no se les note el colocón. Cuando pasamos a su lado, en el Audi, nos observan desafiantes. No hay ni uno, chico o chica, que no lleve un anillito plateado atravesado en la nariz. Es el nuevo distintivo de estos ninis que ya no llegan ni a mileuristas y para quienes no hay ni espacio en el mercado. Por eso se está yendo la mayoría. Mejor para todos, por supuesto.

Pedro murmura que ahora sí que se va a casa.

—No me hagas esto, hombre. Que es una vez en casi treinta años. Una última copa. Solo la última.

—Llevamos toda la noche igual, Carlos. Que es de día. Pero no pongas esa cara... Joder, que se me va a caer el pelo cuando llegue a casa. ¿Adónde cojones quieres ir ahora?

—Tira por la avenida de la Industria y cuando puedas coge la carretera de Toledo.

Pedro refunfuña, pero al final me hace caso. Pronto salimos a la carretera de Toledo. De ahí llegamos a la rotonda de Villaverde, avenida de Andalucía, nueva rotonda, a la izquierda, calle Laguna Dalga. Junto a las naves industriales aún cerradas empiezan a sucederse rubias con tacones altísimos. En bañador o con pantaloncitos cortos y vaqueros marcándoles el culo. Algunas con los pechos al aire, otras sin bragas, con la raja al fresco. Los que circulamos por el polígono a estas horas sabemos todos a lo que venimos. Un Ford Focus delante para junto a una loba apetecible.

—¿Sabes que la prostitución callejera está penada con tres mil euros? —dice Pedro—. ¿No es más lógico ir a un club de los de junto al Bernabéu? ¿O al Vive Madrid, que está tan de moda? Joder, algo con una mínima clase.

—No. Esto es lo que me apetece.

—A ti lo que pasa es que te gusta encanallarte.

—Lo has entendido. Y algunas no son nada feas. Da la vuelta en la rotonda. Para delante de esa larguirucha en la acera de enfrente. La que tiene más perolas.

—Esto me recuerda a cuando éramos jóvenes.

—De eso se trata.

Pedro para delante de una muchacha con tetas potentes que se pasea algo incómoda sobre sus tacones. ¿Cuánto? Ella se inclina. Nos dice en mal castellano que quince la mamada, veinte el completo. El precio estándar. En un club mediano serían cinco veces más. Pero he estado con escorts de doscientos euros la hora que no están mejor.

—Sube, anda.

—Espero que no haya ningún policía por aquí —dice Pedro—. ¿Dónde vamos?

—No. Polisía a estas horas, no —dice la chica, que ha abierto la puerta trasera—. Ahora derecha. Ahora derecha otra vez... Ahora, donde queráis, aparcar.

Nos lleva a un aparcamiento vacío con el asfalto lleno de condones usados. Está claro que no somos los primeros. Ni tampoco los únicos: no muy lejos, un taxista sale de la parte delantera de un coche y se mete en la trasera. Al abrir la puerta vemos una fulana dentro. Con las lunas traseras tintadas, desde luego, es más discreto.

—Deja el aire acondicionado —dice la chica—. Hase calor.

Pedro le da otra vez al contacto. El aire se pone en marcha.

—Bueno, ¿quién primero?

—Hazlo tú, Carlos. Ha sido idea tuya.

—No sé ni si puedo. Mejor empieza tú, Pedro.

—Pero es que esto a mí... Yo...

—Silvia no lo sabrá nunca. A todos nos viene bien echar una canita al aire de vez en cuando.

Haz una excepción, coño.

—No sé si...

Pedro vuelve la cabeza. La rumana no es fea y lo mira con expectación, al tiempo que se quita el sujetador.

—Bueno, supongo que una vez cada veinte años...

Y sale para acomodarse en la parte trasera, donde le endiña veinte euros. Yo pongo la música.

—Bájate los pantalones —dice ella.

En Radio 3 suena un tema noventero de Sexy Sadi que ha remezclado Big Tóxic con ritmos electrónicos muy potentes. SU ROSTRO QUISE VER Y ¿QUÉ ERES TÚ? LA SOMBRA EN LA PARED Y ¿QUÉ VES TÚ? YA HE ESTAADO AQUÍ... FALTA ALGO MÁS... LAS HUELLAS TENDRÁÁS... QUE BORRAR. Aprovecho para sacar un poquito de polvo parduzco de la papela y colocarlo sobre un trozo de papel Albal. Lo caliento con un mechero hasta que se evapora. Lo inhalo a través de la carcasa de un bolígrafo Bic. Cuando empecé, me entraban vómitos. Hoy tengo un cuerpo más que acostumbrado y, muy pronto, la paz se extiende progresivamente por mi cerebro.

—Ahh..., ahhh...

Pedro, atrás, se va animando.

Por el retrovisor veo cómo la rumana se quita la minifalda y se lubrica el coño con un gel que saca de su bolsito. Le baja sus bermudas y los Calvin Klein. Pregunta cómo lo quiere. Pedro dice que encima. Yo me concentro en los ritmos electrónicos de Big Tóxic. Atrás se agitan un poco. Consiguen que el coche se mueva. A nuestro alrededor, en el descampado, veo matas de hierbas secas. Más allá, el polígono se va llenando con los primeros trabajadores que se mueven con desgana por las aceras.

—Ponte bocabajo —dice Pedro.

—Has pagado por delante... Por detrás, griego, cuesta más...

—No es por detrás. Ponte bocabajo.

A Pedro, por el cuello abierto del polo, se le ve el torso barbilampiño. Tiene algo de barriguita y el vientre, cuando se inclina, rellena el hueco de la espalda de ella. Con el condón, necesita el contacto para correrse.

—Ahh..., ahh... —hace ella, muy teatrera.

Yo me miro en el retrovisor. Solo veo las gafas de sol que me cubren los ojos.

Atrás, Pedro se corre.

—Ya está... Te toca.

—No puedo...

Me palmeo el pecho, toso.

—No me da el cuerpo.

—¿Te duele el pulmón? —pregunta, aprensivo.

—Ahora que he fumado, menos... Pero se me han quitado las ganas.

—Joder, pero si yo no quería. Si ha sido idea tuya. Me haces sentir gilipollas.

—No eres gilipollas, eres débil. Como la mayoría de la humanidad. ¿Has pagado? Pues entonces, vámonos.

—Un momento —dice ella, poniéndose el sujetador.

Pedro se sienta al volante y la chica aprovecha que la puerta está abierta para tirar fuera el condón envuelto en un clínex. Si fuese un cabrón, le haría una foto a ese preservativo. O a la colección de gomas usadas que salpican el suelo. Sería divertido enviársela a Silvia. Pensándolo, manoseo el móvil y dudo, por un instante, en sacar una de Pedro abrochándose el cinturón y recolocándose los bermudas...

—¿Me dejáis un poco más abajo? —pregunta la rumana, mientras se limpia con otro clínex el coño.

—Claro, ¿dónde?

—Más abajo. A la derecha. En rotonda.

Pedro mete la llave en el contacto y arranca.

—Aquí, gracias.

Pedro se detiene y se queda mirando a la loba, que sale del Audi. Ya no hay ningún deseo en su mirada, solo asco por lo que acaba de hacer. Enseguida, a la rumana se le acerca un hombre que sale de un coche cercano y que viste vaqueros cortados, camiseta negra de tirantes, visera. Un rubiales casi albino, con un brazo tatuado de arriba abajo.

El día que pase la moda de los tatus va a ser un negociete limpiar a la mitad del género humano. Yo me hice uno en el muslo, pero porque estaba borracho. Una calaverita pegada a la nalga derecha que a Ángela le hace gracia. Dice que es mi alma. Ella no tiene ningún tatuaje pero casi todo el mundo que conozco ahora mismo tiene alguno. Hace tiempo que la moda se impuso y hoy hasta los policías españoles parecen carcelarios debajo del uniforme.

—Tiene toda la pinta de ser su chulo —dice Pedro—. ¿Crees que nos ha estado fichando?

—Seguro. Y nos habrá tomado la matrícula.

—¡Joder! —se lamenta Pedro.

—Mejor eso a que te coja la policía y que llegue a casa una multa de tres mil euros y la reciba Silvia.

—No fastidies. Ya sabía yo que no tenía que venir. Lo que faltaba. Pero ¿qué cojones le está gritando?

El chulo le levanta la mano a su chica y, con un movimiento rápido, como de revés de tenis, le cruza la cara.

—¡Hostias! —exclama Pedro, echando el freno de mano.

Intento sujetarle. Pero ando con la tensión muy baja. Aun así salgo por mi lado, le grito que no vaya. El albino ha debido de ver que somos dos y como ella le ha dado la pasta de un único polvo, cree que le engaña. Yo me meto otra vez en el coche. Me siento al volante. Pero Pedro se va directo hacia ellos. Él ya de jovencito perdía los estribos con nada. Haciendo cualquier deporte era de los que corría como un pollo sin cabeza.

—¡Haz el favor de soltarla!

Su grito lo ha debido de oír todo el polígono excepto el chulo, que va a sacudir otro tortazo a su gallinita de los huevos de oro. Cuando de pronto recibe el empujón de Pedro, el rumano se vuelve incrédulo y le lanza un puñetazo con el brazo tatuado. Pero Pedro, que anda fino de reflejos, lo esquivo y golpea primero...

El macarra se tambalea. Se lleva las manos a la cara sangrando por la nariz.

Con el griterío, empieza a haber movimiento en el polígono.

De un coche cercano salen dos tiarrones. Uno agarra algo con fuerza. El sol se refleja en la hoja de una navaja. Otro, con el brazo pegado a la pierna, sujeta lo que parece una pistola negra y no precisamente de juguete.

Pedro tira de la rumana y corre de vuelta. Alguna gentuza cruza la calle para apedrearle. Una le acierta en la cabeza y Pedro se trastabillea. Varias chicas semidesnudas y en tacones nos miran,

indolentes, detrás de sus gafas de sol. Esto para ellas es el pan nuestro de cada día.

—¡Arranca, joder! —exclama Pedro—. Hostias, ¡¡arranca, que nos matan!! —Se frota la cabeza donde le ha alcanzado la piedra—. ¡¡Y dame un puto clínex para limpiarme la sangre, que no veo!!

Él y su putilla se han subido atrás.

Yo echo un último vistazo por el retrovisor, muy colocado: es como si una distancia infinita me separase de todo. Solo cuando dos rumanos se abalanzan sobre el Audi y empiezan a aporrear las ventanas, arranco y piso el acelerador.

Según pasamos delante de un grupo de hombres sentados tranquilamente en una terraza, la loba baja la ventanilla y grita: ¡SOIS UNOS SERDOS! ¡SANTETI NISTE JAVRE! ¡TODOS SERDOS HIJOS DE PUTA! Pero los aludidos no deben de estar al tanto, porque no contesta nadie y siguen desayunando sus porras con el café matutino. Ninguno vuelve la cabeza.

—¿Ahora qué voy a haser? —pregunta la rumana, rompiendo a llorar.

Pedro intenta consolarla, pero es imposible. La rumana no hace más que gemir, se cubre la cara y le aparta la mano.

—¡No entiendes! ¡Ellos me van a matar por vuestra culpa!

—Entonces habrá que ir a la policía. No hay otra.

—Siento interrumpir, pero no soy taxista —digo—. ¿En qué estación de metro te dejamos?

—Vosotros no entendéis. ¡Ellos tienen a mi hijo! ¡Tengo que volver a buscar a mi hijo!

—¿Dónde está tu hijo?

—En un club en Moraleja de Enmedio. Trabajo allí por las noches.

—¿Además de las mañanas en Marconi? —digo—. Tus proxenetas serán lumpen, pero tienen ideas clarísimas sobre cómo maximizar sus beneficios.

—¡Joder, Carlos! —exclama Pedro.

La otra se cubre el rostro y sigue gritando que le van a matar al hijo.

—Y a hemos llegado. Ahí está la parada...

La boca de metro de Villaverde Bajo, en plena avenida de Andalucía, no deja de atraer gente. Son trabajadores de la periferia. Ciudadanos de segunda. Muchas caras somnolientas. La baja estofa habitual de estas horas en cualquier extrarradio capitalino. Nos rodean edificios suburbanos y autobuses casi llenos a estas horas.

—Déjame conducir —dice Pedro. La herida de su cabeza sigue sangrando, pese a que se ha limpiado como puede—. Ya puestos, la voy a acercar adonde quiere...

Como no soy quién para dar consejos, me encojo de hombros y me salgo. Me meto por la otra portezuela.

—¿No querías una noche de aventuras? Ahí la tienes... —sigue Pedro, rascándose malhumorado la cabeza—. Joder, en qué momento se me ocurrió salir contigo. Han pasado veinticinco años y no has cambiado nada. Eres un liante.

Tiramos por la avenida de Andalucía hasta la carretera de Toledo, y pronto cogemos la carretera que va de Pinto a Fuenlabrada y acaba otra vez en Humanes, el polígono industrial. El local que dice la rumana no está muy lejos del Fabrik. Nada más llegar lo reconozco enseguida. ¡Qué memoria tengo! He debido de recorrer en su día todos los puticlubs de Madrid y la periferia. En su momento me gustaba mucho el folleto, no voy a decir lo contrario. A lo largo de los años me habré follado centenares de hembras. Lo curioso es que, con el tiempo, no recuerdo a casi ninguna: todo ha quedado en una especie de nebulosa. Y eso que las ha habido de todas las razas, en parejas, hasta de tres en tres. En los clubes, generalmente acompañado por algún productor amigo, he cerrado mis mejores tratos. Y en los hoteles adonde llevaba a mis clientes, les pagaba lumis que muchas veces incluso compartíamos: eso ayuda a romper el hielo. Todo va más suave con coños de por medio.

Encima del edificio hay un panel con el nombre del club claramente visible. Aunque las luces estén apagadas, hace apenas tres horas este lugar estaría petado de maromos alcoholizados, mandriles con los huevos hinchados después de haber trabajado duro toda la semana. Ese rótulo luminoso se ha pasado la noche parpadeando. Pero en estos momentos, bajo el alero del tejadillo de uralita donde me he parado, justo enfrente, solo hay un puñado de coches: posiblemente los de los dueños y la gente de la limpieza que se ocupa del lugar.

En el asiento trasero, la rumana sigue llorando. La verdad es que tampoco presto mucha atención a la conversación entrecortada que mantienen Pedro y ella.

Pedro es tan blando que se ha dejado convencer para sacar al niño de aquí. De vez en cuando me lanza improperios por mi escasa disposición a colaborar, pero a mí me entran por un oído y me salen por el otro. Estoy en pleno moco de heroína. Ahora mismo, si alguien saca una bazuca aquí al lado, ni me inmutaría.

—¡Eres la hostia, macho! ¡Ahora entiendo por qué llevo tantos años sin verte, y por qué mi mujer siempre habla mal de ti! Vamos fuera —dice, volviéndose hacia su putilla—. Por cierto,

¿cómo te llamas?

—Simona —contesta ella ya más tranquila.

—Decídete, Carlos, ¿entras o te quedas?

—Me quedo.

—¡Me cago en la hostia!

Bajo la ventanilla. El sol mañanero me acaricia la piel de la mano. Saco el brazo. Tengo la manga de la camisa suelta y desabrochada. Por unos instantes estoy en paz con el universo. Todo fluye. En momentos así me gustaría vivir mil años pero como los gusanos. A un ritmo muy lento. Para poder sentir el paso del tiempo.

Al cabo de lo que se me antoja una eternidad, la rumana sale otra vez del hostel que hay pegado al club. Se ha cambiado. Se ha puesto unos vaqueros y una camiseta. Lleva unas Converse verdes, la bolsa de deportes al hombro, y tira de la mano a un chaval de diez años con pantalón corto y camiseta de España con el número veintidós de Isco a la espalda.

Pedro les pisa los talones. Con la pezuña libre se sujeta contra la cabeza una bolsa de guisantes congelados. A sus espaldas, una mujerona zafia con el pelo de un rojo mal teñido lleno de rulos les grita con cara enrojecida.

—¡Cuando se lo cuente a Vasile te vas a enterar, bonita! ¡No se te ocurra volver a pisar por aquí ni por ningún otro club de España, porque estás acabada, que lo sepas! ¡Acabada! —dice, mientras los tres entran en el coche.

—Esa vieja es el sumun de la amabilidad —murmuro.

—¿Y ahora te has dado cuenta? ¡No me jodas, Carlos!

—¿Tú cómo te llamas? —pregunto, volviendo la cabeza hacia el mocoso que acaba de subirse.

—Nicu. ¿Tú?

—Carlos. Dame la mano.

—¿Eres amigo de mi madre?

—No tanto como Pedro. Él es más íntimo.

—Muy gracioso, Carlos.

—¿Quieres conducir?

—No. Conduce tú, que tengo la mano ocupada. Joder, cómo me pica y me duele, las dos cosas. Para enfrente a echar gasolina... —dice Pedro.

Unos momentos después estamos en un Plenoil.

—No tengo suelto. Paga tú. ¿Qué pasa, que no tienes dinero? —se molesta, cuando me echo la mano al bolsillo.

—No encuentro la billetera... —digo frunciendo el ceño.

Atrás, la rumana tranquiliza a su hijo en rumano. Pasando al castellano, dice que van a buscarse otro lugar para vivir donde estarán mejor y el chavalito asiente. Ella le pasa la mano cariñosamente por la cabeza y le atrae contra sí. Le aplasta la cabeza contra las tetas.

El crío parece espabilado, aunque con escoria así nunca se sabe. La genética, la violencia y el alcohol hacen estragos y la mercancía, aunque no lo parezca, está a menudo dañada. Un par de escritores míos adoptaron uno un niño chino, otro uno ruso, y a los dos les dieron bichos con taras. La broma les ha salido por una talegada. Supongo que es la gracia del asunto.

A mí me preocupa mi billetera y visualizo el único momento en que he salido del Audi.

—La he debido de perder en Marconi, cuando intenté retenerte. Cuando ibas a por el chulo. De todas formas, tengo otra tarjeta en la maleta.

—Deja, que pago con la mía. Pero echa tú la gasolina.

Pedro se quita el cinturón y sin dejar de sujetarse la bolsa helada contra la testera, consigue sacarse del bolsillo trasero la billetera. De paso me dice por lo bajinis que en cuanto dejemos a estos dos en alguna parte él se va a su queli.

—¿Apestando a alcohol y guarro y ensangrentado como estás? —digo, saliendo delante del surtidor—. A ver cómo se lo explicas a Silvia. Te va a crujir. Lo mejor es llamarla, decirle que vas directamente al trabajo, y aparecer por la tarde o por la noche en casa limpio y descansado.

—De todas formas, hay que echar gasolina. Pon cincuenta euros —dice Pedro, mirando a la rumana y a su hijo.

Yo echo gasofa. Unos momentos después me meto otra vez en el coche y paro, unos metros más allá de la gasolinera, bajo un árbol de una casa que da sombra a parte del carril de incorporación.

—Y ahora vamos a reclinar los asientos y a descansar un poco. Nos vendrá bien.

Los dos reclinamos nuestros asientos.

Atrás, la chica se acurruca como puede. Con las piernas replegadas, me hace pensar en un perrito. El niño, a su lado, también se encoge.

—No tengo sueño, mamá. ¿Puedo jugar con tu móvil?

—Has lo que quieras, Nicu. Pero estate callado, no hagas ruido.

Yo cierro los ojos y me hace mucha gracia cuando oigo a Pedro:

—Veinticinco años, Carlos. Durante veinticinco años le he sido fiel a Silvia. Jamás he tenido el más mínimo problema en mi matrimonio. Reapareces tú, y en una misma noche. Por Dios, ¡quién me manda a mí meterme en estos fregados! Ya no me atrevo ni a llamar a casa...

El sol luce cada vez con más fuerza, pero las lunas tintadas nos protegen.

Aunque son las diez de la mañana, a la sombra de este árbol deberíamos estar bien.

El primer síntoma es que algunos empiezan a decirte que se te ven cada día más joven. Es la manera sutil de darte a entender lo contrario. A partir de una edad, alrededor solo ves calvas. Se acabaron las melenas, los flequillos. Y los abdomenes mejor los obviamos... Pero lo peor, como comprobamos pronto todos, ocurre de puertas adentro.

CAPÍTULO QUINTO

VOYAGE, VOYAGE...

«La gente le hablaba de aeropuertos y lavadoras, pero él solo podía pensar en huracanes».

Ray LORIGA,
Héroes

LUNES 25 DE JUNIO. 11.38 HORAS

Cuando abro los ojos, tengo la garganta irritada. Hemos dormitado con el aire acondicionado encendido y toso, incómodo. Noto que alguien se remueve detrás de mí. Vuelvo ligeramente la cabeza y veo al niño manoseando la billetera de Pedro. Puto rumano, pienso.

—Puto crío. ¿Qué estabas haciendo?

Su madre aún duerme: no me ha oído.

Pedro se incorpora a mi lado, bostezando. Mientras pregunta qué pasa, lanzo la mano y cojo la billetera. Le digo que el niño de los cojones estaba fisgando en su billetera.

—Aquí la tienes. Eso pasa por juntarnos con gentuza.

—¿Qué pasa? Nicu, ¿por qué pones esa cara? —dice la rumana.

—Tu hijo es un ladrón.

—¿Qué dises? Tú no insultas mi hijo.

—Comprueba que esté todo, Pedro.

—No sé cuántos billetes había dentro.

—A ver, macaco. ¿Has cogido algo de la cartera?

—¡Suelta mi hijo! ¡No le toques!

—O sea que eso es lo que hacías mientras decías que jugabas con el móvil de tu madre. Manda huevos.

—No hables así de mi hijo. ¡Mi hijo no es ladrón!

—¿Ah, no? Dile tú, Nicu, lo que estabas haciendo.

—Yo no he hecho nada.

—¿Ves? Él no ha hecho nada.

Pedro rebusca en su billetera entre las fotitos de sus neños y de Silvia. Ahí lleva tarjetas bancarias, una de Bankia, otra de La Caixa. Decathlon, El Corte Inglés, alguna profesional. Tres o cuatro billetes, dos de veinte, uno de cincuenta, otro de cinco. El kit completo. Pero no me burlo, porque la mía es calcada. En la sociedad actual la gente de mi edad somos como replicantes. El tiempo lima las aristas. Todos nos conformamos con lo mismo.

—Deja en paz al chico —dice Pedro. Y se guarda la cartera en el bolsillo trasero del bermuda.

Pedro sigue teniendo un huevo imponente en el cráneo. Es como si le hubieran injertado una pelota de tenis encima de la oreja. Le ha salido un volcán en medio del pelo empastado con pegotes de sangre. Él siempre ha sido un rubio de tipo nórdico, unos decían que recordaba al cantante de Ajá, otros a Vigo Mortensen. Pero ahora mismo, con tanta sangre en la cabeza y en el polo, ha perdido puntos.

Eso sí, está más tranquilo y saca el móvil para testear algo.

—Bueno, pues ya está. Os dejo en la primera estación de autobús. Me vuelvo a casa.

—Es que no tengo donde ir. No conosco a nadie... Vasile me llevaba en coche a trabajar, luego

de vuelta al club... No puedo volver...

—¿Y nosotros qué quieres que hagamos? Tendrás que ir a la policía.

Pregunto a la rumana si no tiene ninguna amiga en España. Eso, en su situación, debe de ser como encontrar una aguja en un pajar. Pero me equivoco. Dice que una a la que conoció en el club pero se escapó.

—Ya no está en Madrid.

—¿Dónde vive?

—La ves que me llamó dijo Huelva.

—Se me acaba de ocurrir una idea. Yo te llevo a Huelva —digo.

—Tú harás lo que quieras. Pero yo me voy ahora mismo a mi casa y me llevo el coche —dice Pedro.

Y sale a llamar con el móvil.

—Cari, perdona... Lo sé... Te he ido poniendo guasaps... Nos hemos liado... Ya te conté la situación... Sí, cari, no volverá a pasar... Escucha, paso por casa, me cambio, voy a la empresa, y esta noche... Para el partido de España... ¿Cómo me lo voy a perder?... Lo vemos con tus hermanos por supuesto... En su casa... Yo también te quiero... Te veo luego... —Cuelga—. Ya se terminó esta historia. ¡Vamos!

Ahora soy yo quien me dirijo al maletero. Mientras los demás me miran, abro la cremallera lateral de mi bonita Samsonite y hurgo hasta que encuentro debajo de la ropa la radiografía que me ha dado mi hermana. La saco de su sobre blanco.

—¿Qué me quieres enseñar? —pregunta Pedro, cada vez de peor humor.

—La radiografía que me hicieron en el hospital. ¿Ves estas manchas blancas en mitad del pulmón?

Solo de mentarlo me entran ganas de toser.

—Tío, ¿por qué me haces esto? Es un golpe bajo. No puedo hacerme cargo de tus problemas, Carlos.

—Pedro, estoy muy enfermo. En cualquier momento iré a peor. Y Ángela se ha llevado mi coche. Me he quedado sin cartera ni móvil. No me puedes dejar solo.

—Pero si el móvil lo tenías en la mano hace un rato.

Mi Aifoun sigue todavía en el lateral de la puerta. Lo cojo.

—¿Te refieres a este cachivache? —Lo tiro lo más lejos que puedo, entre la maleza crecida que bordea la carretera—. Ahora dependo de ti. Te toca acompañarme.

—¿Pero qué leches haces, Carlos! ¿Estás loco? ¡No me lo puedo creer! Estás gilipollas, tío.

—Pedro, los médicos dicen que tengo los días contados. No nos hemos visto en años. Solo te pido que me acompañes a llevar a Simona a Huelva. Tú puedes aparcar tus obligaciones un par de días, hostia. Date un respiro, que te lo mereces. La empresa es tuya: seguirá ahí cuando vuelvas. Tanto quejarte de que tu vida es monótona, ¿y ¿me vas a dejar justo ahora que tenemos que salvar a una princesa? Si nunca has escrito es porque nunca has tenido nada que contar. Y eso es porque nunca dejas que la vida te sorprenda cuando surge la posibilidad. Hoy tienes la ocasión. Y sabes que no habrá muchas más.

Pedro clava su mirada en el suelo. Cuando vuelve a alzar la vista, sé por su expresión que he ganado la partida.

Le he atacado donde le duele. Le he golpeado duro en el hígado.

—Vamos a poner el navegador. A ver cuántos kilómetros hay de aquí a Huelva. Pero estando tan hechos polvo, no me da la gana salir a la carretera. Necesitamos un sitio para pasar la noche. Así que tú dirás qué se te ocurre, lumbreras.

—Pues se me ocurre que estamos a diez minutos de los estudios que tiene José Luis Moreno en Moraleja de Enmedio...

—¿Y qué?

—Que su productora tiene un piso para los empleados. Para cuando hay que cumplir plazos y a alguno se le hace tarde para volver a casa. Conozco a la gente de producción. Si nos lo dejan, siempre será menos cantoso, llevando a una chica indocumentada como tu amiga, que un hotel.

Los estudios a que me refiero son un pequeño emporio que ha creado en mitad de la nada José Luis Moreno, un antiguo ventrílocuo reconvertido en productor. Yo crecí viéndole en televisión. Con un cuervo al que hacía hablar con bastante mala leche. Él y Mari Carmen eran los dos ventrílocuos más famosos en Televisión Española. El caso es que en estos estudios se han rodado series razonablemente importantes. La última, en inglés y con actrices de renombre, recreaba la rivalidad entre María de Estuardo e Isabel de Inglaterra. Moreno fue de los primeros en atreverse a buscar directamente el mercado internacional. Y pese a lo mal que se puede llegar a hablar de él, lo cierto es que le ha ido francamente bien, que es lo único importante.

Estando sin móvil no he podido avisar a la chica de su equipo a la que suelo llamar cuando vengo. Pero en recepción me dicen que está en su despacho y, según subimos por las escaleras, nos espera a la puerta.

Los cuatro pasamos dentro.

Encima de su mesa de trabajo hay la reproducción un retrato de la reina Isabel de Inglaterra y varios guiones que está supervisando, entre ellos una biopic sobre san Francisco de Asís que la productora, como nos explica, quiere vender al papa. Tienen prevista una audiencia en el Vaticano.

—Es lo que tiene la temática histórica. Abre mucho el abanico de clientes...

Pepa es una mujer de unos sesenta años, con un carácter del demonio, que desde el principio me ha visto como a una especie de hijo descarriado. Los dos nos conocemos a raíz de que les vendiese un par de argumentos y nos tenemos simpatía porque somos igual de bordes. Además de su trabajo como productora ejecutiva, coordina guiones, y siempre se queja de que la tienen explotada.

—No sé cómo lo aguanto, Carlos. Este hombre tiene la necesidad de machacar al universo entero.

En el mundillo, Moreno tiene fama de tirano. Pero a la vez todos le reconocen su inteligencia: habla media docena de idiomas y tiene una facilidad innata para escribir diálogos. Aún así, el ambiente que le rodea es nefasto. Es notorio, por ejemplo, que cuando irrumpieron en su chalé de Pozuelo unos mafiosos y le dieron una paliza, la principal sospecha de la investigación recayó sobre sus propios familiares, unos sobrinos que trabajan con él. El caso fue muy comentado y lo colocó en el ojo del huracán en el que por alguna razón sigue instalado.

Pese a todo, Pepa rara vez echa mierda sobre él.

—Yo, en el último rodaje, cuando se puso en huelga el equipo, que llevaban seis meses sin cobrar, lo defendí a capa y espada. Se lo dije al cabecilla de la revuelta: esto es una cuestión de empresa y vosotros sois empresa. Tú y todos los demás vivís de este señor, que no pide subvenciones y que pone su dinerito en cada una de las producciones. Que se juega el tipo serie tras serie y que, aunque solo sea por eso, por invertir a pecho descubierto, merece un respeto. Al final dimos la vuelta a la situación. Aunque, visto lo visto, no sé si lo volvería a hacer... José Luis

ahora mismo está en Los Ángeles. Y aquí está todo el mundo parado por falta de guiones. ¿Queréis ver el último plató?

—Mejor otro día, Pepa.

Yo aprovecho para explicar que salgo de viaje a primera hora, que tengo mi ático en obras y que necesito un lugar para pasar la noche.

—De pronto me he acordado de ese pareado que tenéis aquí al lado, junto al polígono. José Luis me dejó utilizarlo una vez. Es solo para esta noche, Pepa.

Ella me dice con un suspiro que, como ahora el trabajo está parado, pase.

—Pero lo hago como amiga, porque José Luis está de viaje.

Se queda mirando el chichón de Pedro.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, una pelea. En un bar.

—¿Habéis estado peleándoos? Ay, Carlos, a vuestras edades. Anda, aquí tienes las llaves. Cuando te vayas, déjalas en el buzón. Para tomar algo, hay un restaurante aquí al lado que está bastante bien. Yo hoy me voy pronto a casa. Me despido. Un besito —dice, acompañándonos a la puerta y señalando un bar del polígono industrial—. El piso está justo enfrente, en la calle Escorial. Es uno de los primeros números a mano izquierda. Hay sábanas en los armarios.

Después de comer y de echarnos una siesta, cruzamos otra vez la calle y vemos el partido en el bar restaurante que nos dijo Pepa. El dueño ha empapelado el muro de fotos en las que se le ve junto a celebridades carpetovetónicas. Ojeándolos, reconozco a Santiago Segura, a Alaska, a los chicos de Operación Triunfo. Luego me concentro, como los demás, en el partido, que arranca mal.

España toca y toca, pero delante hay un muro y su juego de posesión no funciona. Ya no tienen la confianza de que no le van a quitar el balón. Los rivales no corren detrás de la bola persiguiendo sombras. Hay desencuentros, malas combinaciones, pérdidas, muchos sustos. Y todos se quedan helados cuando, en una primera galopada, Marruecos nos marca un gol.

—Es que desde la pifia contra Portugal nuestro portero está con la tiritona —dice Pedro.

Solo despunta Isco. Cada vez que engancha el balón no lo suelta.

Tras una incursión de Iniesta, Isco recibe un buen centro en el área y rompe la portería por la escuadra. Hay gritos ensordecedores en las mesas.

—¡Menudo golazo! Isco es el mejor —exclama el crío, que es un futbolero tremendo.

Pedro le pregunta de qué equipo es: del Madriz. Después paga la cena. El tiempo sigue pasando. En las mesas hay varios grupitos. No hay la tensión que habrá en octavos, pero sí nerviosismo. Esta es una batalla entre naciones.

—¡Huy esa! Hay que tener cuidado, que nos marcan un gol y nos envían a casa.

—Un poco de confianza —dice alguien.

Yo aprovecho para meterme en el baño con mi estuchito de la Torre Eiffel. Con la puerta cerrada, bajo la tapa del inodoro y saco la jeringuilla. El jaco lo he perdido con la billetera: eso me pone de mal humor. Pese a todo, me aprieto bien el brazo y busco con la aguja hasta encontrar la vena. Sentir el pinchacito es una especie de placebo. Me da gusto ver esa gota de sangre en el brazo al sacar la jeringuilla. La presiono con un dedo y suspiro. Supongo que ha llegado el momento de dejarlo definitivamente...

Cuando vuelvo a la mesa, Pedro ya me ha pedido otra jarra de cerveza. La vacío de un trago y pido otra más. El alcohol es mal remedio. Lo único bueno es que Pedro no ha vuelto a quejarse y tampoco menciona a Silvia. Parece que Silvia ha dejado de contestar a sus guasaps.

Durante la segunda parte, miro la pantalla casi sin enterarme. En general no me importa que gane o que pierda ningún equipo. El fútbol es una trampa para idiotas: no me gusta depender emocionalmente de un espectáculo que ni me va ni me viene. Pero hoy es peor. En el televisor, la pelotita pasa de unos a otros.

Pronto, Marruecos, tras un par de amagos, nos mete un segundo gol de cabeza. Otra vez la inquietud se refleja en los rostros. Hasta que, en el último minuto, un delantero español remata de tacón dentro del área y todo el bar se pone en pie para cantar el gol.

—¡Qué puta chiripa hemos tenido! —exclama Pedro—. ¡Qué puta chiripa!

Yo ni me levanto de mi silla.

—¿Qué pasa, que no eres español? —pregunta la rumana—. ¿O es que no tienes sangre en las venas?

—Es que me estoy muriendo —digo.

Y le doy un trago a mi cerveza. La jarra está vacía.

Últimamente se habla bastante, en los medios, de los años noventa. Se empieza a reflexionar sobre lo que supuso esa década desconocida y mal estudiada. Son años que parecen haberse diluido sin dejar apenas huella.

Y no obstante fueron años cruciales para la gente de mi generación. Una época hedonista y despreocupada que siguió a los ochenta.

Del setentaicinco al ochenta y dos fue el momento de dejar atrás el franquismo. Esos años convulsos fueron, después de la Segunda República, los de mayor intensidad política de todo el siglo. Con atentados continuos, de ETA, del GRAPO, de la extrema derecha. Morían demasiados mandos del Ejército y los militares se alarmaban.

Hoy parece evidente que todo iba a salir bien, pero entonces la inquietud se palpaba en todos los hogares, a medida que se sucedían los muertos.

Con la matanza de Atocha, miles de madrileños se echaron a la calle para acompañar los féretros. Y el Gobierno de Adolfo Suárez aprovechó para pisar el acelerador: se legalizaron partidos políticos y sindicatos, volvieron la Pasionaria, Carrillo y hasta la anarquista Federica Montseny, la primera mujer española en formar parte de un gobierno.

Por fin, tras el susto del Veintitrés Efe, llegó la abrumadora victoria electoral del PSOE. ¿Quién no recuerda la foto de Felipe Suárez y Alfonso Guerra asomados a la ventana del hotel Palace? Con ese triunfo y el respaldo internacional, la democracia pareció definitivamente asentada. La juventud abandonó la lucha política de sus hermanos mayores y se entregó a una noche salvaje, a un sueño hedonista de heroína, pastillas, cocaína, música pop, rock y punk.

Lo moderno arrinconó la caspa y hablar de política estaba mal visto.

Hubo una militancia del cinismo, ha escrito Víctor Lenore.

Fueron años de vacas gordas en todo y también en literatura. Años de buenos contratos, de subvención, de felicidad compartida. Una euforia que murió con la crisis y los escándalos que sucedieron a la Expo y las Olimpiadas.

Los noventa fueron como una prolongación inapropiada, donde ya nadie era tan feliz y la fiesta degeneró en pesadilla. El clima cambiaba y se convirtieron en el reverso de los ochenta, en el último coletazo creativo y agónico del siglo.

Los noventa fueron los gritos de Kurt Cobain y la voz deliciosamente intensa de Eddy Vedder, pero también la furia guitarrera de Yeins Adicsion, el ruido de Sonic Yuz, la independencia de Fugazi, la oscuridad apocalíptica de Tricky, los gemidos de Bez Gibon, Ashtung Beiby, la resaca del sonido Manchester.

Los noventa fueron la violencia de Tarantino y la ternura de Jal Jartli. Las canciones de Los Planetas, la eclosión del tecno, las sesiones infinitas del Yasta y el Ática, agua y pastillas, las películas de Álex de la Iglesia y Calparsoro y los poemas de Róyer Wulfe.

Los noventa fueron la estética grunge, la sala Maravillas, el Festival de Benicàssim y el Siglo Veintiuno deliciosamente anacrónico y todavía roquero, de Radio Tres. Una época dorada para

fanzines. Un pequeño templo de la independencia con sordina, sin grandes gestos teatreros ni aspecto estrafalario.

Aquella década fue un momento de intensidad creativa y ebullición artística. Salían grupos hasta debajo de las piedras —El Inquilino Comunista, Australian Blonde, El Niño Gusano— que publicaban sus discos en sellos como Subterfuge.

También estrenaron sus óperas primas mogollón de directores. Fue un paréntesis en el que la sempiterna crisis del cine patrio parecía algo definitivamente del pasado: todos íbamos a ver los estrenos de Amenábar, Medem, Bollaín, Coixet.

Muchos lo vivimos como una nueva movida. Con la diferencia, quizá, de que la noche ochentera era un circuito muy localizado en cuatro o cinco bares: el Rock-Ola, el Penta, el Sol. Los noventa en cambio supusieron la masificación de la noche, el auge de macrodiscotecas periféricas.

Al callejeo malasañero le sucedió el descubrimiento de la Emecuaenta y el extrarradio poligonero. La gente que salía era cada vez más joven y la música y las drogas cada vez más agresivas —sé agresivo, cantaba el cantante de Feiz Nou Mor. Fue un momento decadente, oscuro, con una sensibilidad fin de siglo, ácrata, autodestructiva. Una, hasta hoy, terra incognita.

Los noventa han sufrido de la misma tensión interna que animaba al grunge. Se quiso un imposible: querer triunfar y querer pasar desapercibidos.

Era muy difícil hacer ambas cosas a la vez y, en plena indecisión, el espíritu noventero se fue por el sumidero de la historia. El Quince Eme lo barrió para siempre.

Lo sabemos todos pero nunca está de más repetirlo: las drogas emborrachan pero no alimentan.

SEGUNDA PARTE
VIAJE A NINGUNA PARTE

CAPÍTULO SEXTO

UN MARTES CUALQUIERA

«El noventa por ciento de la humanidad no sirve absolutamente para nada. Nacer, comer, cagar, joder, procrear y morir. Punto. Tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro. Mierda. Pagar letras, reírse de chistes malos y ver películas de vídeo. Hablar de cine. Hablar de mujeres. Hablar de deportes. Hablar. Bla bla bla. Hablar. Dictar leyes. Democracia. Te damos por el culo y tú nos pagas. Utilice las vías legales. Le empapelamos de pólizas la boca y le damos un paseo. Democracia, dictocracia, falacia. Hay siete días en una semana y te vamos a joder cinco. También te vamos a joder las noches porque te vamos a dejar tan hecho polvo que de lo único que te vas a acordar antes de acostarte es de poner el despertador. Para los fines de semana hemos inventado cosas que se llaman familia, hipermercado, calamares fritos, pulpo a la gallega, calcetines limpios y sexo seguro...».

Roger WOLFE,
Todos los monos del mundo

MARTES 26 DE JUNIO. 13.14 HORAS

—Entonces, ¿cómo llegaste a España?

—Es una historia larga.

—Hay tiempo por delante. Si no quieres contarlo, ponemos la radio.

—No es eso. Me da vergüenza.

—No me lo puedo creer. ¿Te da apuro después de haber conocido las partes bajas de Pedro, que ni siquiera está depilado?

—¡Pero qué bruto eres, por favor, Carlos! Tienes suerte de que le ha hecho gracia...

Es la primera vez que la oímos reír. Con gafas de sol que lleva puestas desde que salió de Moraleja de Enmedio, parece mayor de lo que es. También parece aliviada. A medida que nos alejamos de Madrid, se va relajando. Y el crío, igual. Lo miro por el rabillo del ojo. Después de haberse pasado las primeras horas jugando al móvil, se acaba de quedar frito contra la ventanilla. Tiene la boca abierta y apenas se mueve. Parece como muerto.

—Bueno, ¿lo cuentas o no?

—Mirad. Yo soy de un pueblito cerca de Bucarest. Allí cada verano llegaba un chico que vivía en España... El del pelo claro, el que parece albino.

—Eso me empieza a sonar.

—No muy guapo, pero tenía cochaso. Se paseaba siempre por el pueblo con la cartera llena de dinero. Invitaba a las chicas a senar. Nos compraba ropa. Se portaba bien. Todas querían ser novias. Al final, durante una sita se ofresía a traernos a trabajar a España. Algunas aseptaban...

—¿Y tú?

—Yo asepté cuando me quedé embarazada. Estaba con hijo.

—¿Fue quien te dejó preñada? ¡Qué hijo de puta! —exclama Pedro.

—Me trajo embarazada... Cuando llegué aquí, me quitó pasaporte. Me dejó enserrada en ese club. Hasta que nació Nicu. Y luego....

—¿Te obligaban cada día a ir a Marconi? —me intereso.

—No todos. Muchos. Y por las noches también trabajar en el club.

—¿Te cascaba?

—A mí no. Yo era buena chica. No buscaba problemas. Tenía que cuidar a Nicu...

—Por lo que me estás diciendo, no tienes pasaporte ni tarjeta de residencia. O sea que si nos para la Guardia Civil por cualquier cosa, tenemos un problema —digo, viendo que nos adelanta en estos momentos un Lanróver de la Benemérita. Llevan la ventanilla bajada y el acompañante, con el codo sacado, nos lanza una ojeada desde detrás de sus gafas de sol de aviador.

La rumana se encoge de hombros.

Pedro, que ha frenado para dejar que se alejen los picoletos, se siente repentinamente incómodo. Se nota que ha estirado el chicle más de lo que le hubiera gustado. Pero se empieza a

sentir responsable de lo que le sucede a esta loba. Él es así de gilipollas y yo me aprovecho. Es lo que tiene ser un hijo de puta. Porque soy un hijo de puta, que no os quepa la menor duda. Y lo pienso ser hasta el final. Genio y figura.

Suelto un bostezo y Pedro refunfuña.

—¿Qué cojones pasa ahora?

—Se ha encendido una lucecita en el panel de mandos. Esa llavecita naranja, ¿no la ves?

—El coche rula perfectamente. Debe de ser una tontería.

—A lo mejor. Pero por si acaso prefiero buscar un taller. No quiero que encima nos quedemos tirados en mitad de la carretera.

—Menos mal que es un Audi —bromeo—. Bueno, lo que se ve a la derecha es Trujillo. Podríamos estirar las piernas y tomar algo mientras nos lo revisan. Este es un viaje de placer. Es casi la hora de comer. Seguro que vosotros atrás queréis jamar algo, ¿me equivoco?

La rumana remueve a su hijo, que abre los ojos.

—¿Tienes hambre, Nicu?

Nicu dice que un poco.

—Nicu come mucho —dice la madre.

—Los niños es que a esa edad son como limas. Pedro, coge la siguiente salida —digo.

Unos momentos después entramos en Trujillo, la cuna de Francisco Pizarro. Enseguida encontramos un taller en un polígono industrial en los lindes del pueblo y Pedro quita la llave de contacto. Al apagarse el aire nos cae encima la calor, como dicen los castellanos antiguos.

La temperatura ambiente nos hace resoplar según salimos del coche.

Mientras Pedro habla con un tipo en mono que ha aparecido de debajo de un Eskoda donde andaba tumbado en una plataforma rodante y se limpia la grasa de las manos con un trapo mugriento, yo me quedo a la puerta del garaje con la rumana y el macaco.

Me doy cuenta de que me siento razonablemente bien. Por el momento no siento náuseas ni tengo mono. Pero me jode haber perdido la billetera. Pese a todo, hago lo imposible para no pensar en ello.

La ducha de anoche me vino guay. Y si no he podido estrenar la camisa que me quedaba, es porque se la he dejado a Pedro. El polito ensangrentado era demasiado. Ahora tiene una camisa azul que le queda divina con los bermudas. La lleva remangada y eso, combinado con el pantalón, solo se mejora con un jersey sobre los hombros.

—Veréis el fresquito que va a hacer cuando lleguemos a la costa —digo—. Es el Atlántico. No tiene nada que ver con el Mediterráneo. Ahí corre un aire que da gusto.

—De todas formas yo, ya te lo digo Carlos, os dejo en cuanto lleguemos a Huelva —insiste Pedro, ya según nos alejamos del garaje—. Me vuelvo a casa el jueves sin falta.

—Es en lo que hemos quedado. No hace falta que lo repitas.

—Es que no sé si tú lo tienes del todo claro. Vamos a tomar algo. La plaza Mayor es por ahí. Andando, Nicu.

Pedro está muy pendiente del crío. Es tan sentimental que hasta el más torpe se aprovecha. A los rumanos les va descubriendo su lado tierno. Y el huevo que tiene en la cabeza le ha bajado bastante desde que anoche ella le ayudase a lavarse el pelo y a limpiarse la herida con Betadine.

—¿Qué haces?

—Encendiendo el móvil. ¿Qué pasa, no puedo?

—Por supuesto que sí. Estamos en España. Eres un hombre libre.

—Es que me están friendo a guasaps. Setentaicinco guasaps y veinte de Silvia, que vuelve a estar activa. Amén de las llamadas perdidas. Menos mal que he quitado el sonido.

—Pues es muy fácil: no contestes.

La plaza tiene un contorno irregular adoquinado a distintos niveles. En su centro hay una estatua imponente de Pizarro, el conquistador, a caballo. Con armadura de guerra, espada en mano. La bordean iglesias y palacios de piedra. Por los soportales hay terrazas abarrotadas. Nos sentamos en una a la sombra.

Enseguida, se acerca el camarero.

—¿Qué van a tomar los señores?

—A mí ponme una caña doble.

—Para mí, otra.

—Yo, cocacola —dice Nicu.

—Yo también cocacola, por favor —dice la rumana.

—¿Para comer? ¿Tomarán algo?

—Déjanos la carta. Ahora te decimos.

—¿Qué os parece? —dice Pedro.

—Podemos pedir unas tapas. Y raciones.

—¿Tú qué quieres, Nicu?

—Papas fritas.

El camarero vuelve a aparecer.

—¿Ya han decidido los señores?

—Tráenos unas raciones. Patatas alioli, unas bravas, albóndigas, y la tabla de ibéricos.

El camarero se aleja.

Miro a mi alrededor. En la terraza hay mucho turista y se nota. Es como si viviesen en una balsa de aceite, flotando por encima de la existencia media de los aborígenes. Que aprovechen porque les queda poco. La época dorada del turismo se acabó. Se acabó el pasearse por medio mundo. Se acabó el que te lleven por doquier en palmitas.

Me doy cuenta de que me está irritando Pedro.

—Deja tranquilo el puto móvil un rato, haz el favor. O mejor, dámelo.

—¿Para qué?

—Tú dámelo.

Prácticamente se lo arrebato. Saco la tarjeta al aparato y la dejo caer en el interior de mi cerveza.

—¡Pero Carlos, qué haces, joder!

—Por favor —le digo al camarero—. Otra cerveza.

—¡Carlos! ¡Eres la hostia!

—Pedro, quedamos en que te hace falta desconectar. ¡Solo un par de días, coño!

Pedro resopla disgustado y saca la sim de la cerveza. Yo ignoro sus insultos.

Al poco llega la comida y aprovecho para explicarles a la rumana y al niño que Pizarro era un grandísimo hijo de perra que imitó el modelo de Cortés y que cuando capturó al pánfilo de

Atahualpa, le prometió soltarlo a cambio de que le llenase una habitación entera de oro. Atahualpa cumplió su palabra y Pizarro lo mandó ejecutar. Lo tenía decidido desde el principio. Así es como se hacen las cosas. Sin contemplaciones ni debilidades.

—Tuvo que hacerlo porque estaban rodeados de indios —dice Pedro—. Los españoles eran doscientos. Los incas cincuenta mil.

—Los indios eran hijos de puta —dice la rumana.

—Como los putos moros —dice Nicu.

Yo me río y le paso la mano por la cabeza. Este chico y su madre son un modelo de tolerancia europea. Una gran adquisición. Como todo el Este.

Desde el taller, nos llaman. Parece ser que la cosa se ha retrasado. Nos aseguran que nos mirarán el coche a primera hora de la mañana. Pero no es ningún problema porque hemos decidido quedarnos.

Después de una larga sobremesa y un par de copas que me vienen de perlas, nos acercamos a un hostel fuera del casco histórico. Esperando en la cafetería acristalada delante del hostel a Simona, que ha ido al baño con el niño, me fijo de reojo en tres maromos con cara de pocos amigos que acaban de entrar.

—No te vuelvas...

Pedro me da un codazo.

—Al loro con esos que entran en el hostel.

Giro levemente la cabeza. Por el rabillo del ojo veo al chulo de Marconi y dos secuaces. El padre de Nicu con vaquero. Los otros en bermudas, con gorra de visera y gafas de sol. Lo más cantoso son las cazadoras vaqueras.

Nuestro albino de pelo lacio lleva una bómber de invierno, y eso con pantalón corto. Son garrulos hasta las últimas consecuencias. Ni para esconder una pistola me presentaba yo así en ninguna parte. Los tres pasan por delante de la cafetería sin mirar hacia donde estamos.

—Mejor busquemos otro sitio —dice Pedro, cuando vuelven la rumana y el crío. Y le coge la mano a ella—. Vamos fuera. Ahora te cuento.

—¿Qué pasa?

Yo agarro a Nicu, que protesta. Pero solo lo suelto cuando nos hemos alejado unos buenos metros.

—¿No habéis dicho que íbamos a coger habitaciones aquí? —pregunta la rumana.

—Hemos cambiado de idea.

—¿Por qué?

—Porque acaban de entrar tu amigo Vasile y dos de sus colegas.

Es como si la pinchase con un alfiler en el culo. La loba acelera el paso. Y Nicu, igual. Yo vuelvo la cabeza: los macarras de Marconi parece que no se han coscado. No salen.

Enseguida torcemos una esquina y callejamos en busca de otro hostel, un hotel o una casa de huéspedes, lo que sea, pero en el otro extremo del pueblo. Por el camino, Pedro no deja de cavilar.

—Qué raro que nos hayan localizado. ¿Cómo han podido saber que parábamos aquí?

—A mí también me lo parece. Oye, Nicu. Hace un rato estabas jugando con el teléfono de tu madre. ¿No habrás llamado a nadie?

El crío niega con la cabeza.

—¿Estás seguro?

—Mi hijo no miente —dice la rumana.

—No he dicho que mienta. Digo que es raro que nos hayan localizado.

—Son mafiosos. Hay muchos clubes con rumanas en España. Nos han podido reconocer en la plaza. Hoy todos tenemos teléfonos.

—Ya —digo, mientras busco en el móvil de ella sus últimas llamadas.

Estamos en la recepción de un hotel con aspecto de totalmente nuevo. Le pregunto a la chica con uniforme de azafata y ojos de besugo si tienen dos habitaciones dobles con camas individuales.

—¿Solo se quedarán una noche? —dice, tecleando en el ordenador—. Dos habitaciones dobles, cada una con dos camas. Con la oferta especial del mes, son ciento cincuenta euros. Me harían falta los carnés de identidad de los tres adultos.

—Tenemos dos. La señorita ha perdido el suyo —aplica Pedro, dejando un billete de cincuenta euros encima del mostrador—. Espero que no haya ningún problema.

—Ninguno, caballero.

—Cóbranos las habitaciones. Prefiero dejarlo pagado —digo, sacando mi tarjeta Visa Oro. Al final me ha venido bien el que Ángela me hiciese la maleta.

De repente, siento un repentino anhelo de llamarla y me alegro de haberme desecho del móvil. No es momento de incurrir en debilidades. A fin de cuentas solo nos conocemos desde hace ocho meses. Y esta chica no es nada para mí. Ni siquiera es buena actriz. Encima, empezaba a hablar de tener un hijo.

Que le den por culo, me digo según subimos a las habitaciones.

—Nos vemos abajo para cenar —dice Pedro, abriendo la nuestra. La rumana y su crío están enfrente—. Mejor no salgamos ninguno del hotel.

Yo me echo en la cama y enciendo el televisor. Están analizando en un programa el partido de la selección española con el corresponsal de deportes que está cubriendo el mundial de Rusia.

«Si me preguntáis por las sensaciones que tenemos los periodistas que estamos siguiendo el mundial desde Rusia después de la derrota contra Marruecos, me veo obligado a decir que no son muy buenas. Las cosas, cuando se hacen bien a veces salen y a veces no. Ahora, cuando se hacen mal es prácticamente imposible que salga bien. La fábula del burro al que le sonó la flauta no es más que eso, una fábula. Y lo del inocente al que le toca la lotería sucede una vez cada diez años. La actuación de la selección se presta a todo tipo de calificativos de los cuales el menos cruel, con bastante diferencia, es el de mala. Eso abarca todas las facetas del juego. Fue mala porque no se puede descartar un modelo que nos ha garantizado el éxito durante años, sin que haya una garantía de que la alternativa funciona. Y todo parece indicar lo contrario. Mientras se jugó al tiquitaca, España ganó todo lo que había que ganar y más. Fue intocable y suscitó la admiración de todo el planeta. El sistema dio unos frutos extraordinarios que se visualizaron en el mundial de Suráfrica. Solo por eso deberíamos venerar este estilo. Pero lo peor es que lo estamos abandonando progresivamente sin que el modelo contrario o a imitar, un equipo con un nueve de referencia clásico, esté dando ningún resultado.

»Lo fascinante es que no hay nadie ahora mismo dentro del equipo técnico capaz de explicar el porqué de la cuestión. Que hay un agotamiento de jugadores es evidente. Pronto habrá que renovar el once. Pero ¿un agotamiento del sistema? Nunca se ha probado. Y siempre que se vuelve al juego de toque corto y con velocidad, que no es lo que hace Isco, los resultados son fantásticos. El seis a uno a Argentina fue el último ejemplo contundente. Bien, eso es un primer tema.

»Pero ha sido mala también por la nefasta gestión que ha hecho de la circunstancia el señor presidente de la Federación Española. Vale que el Real Madrid no se mostrase oportuno fichando tan a destiempo al seleccionador nacional. Pero ese cambio absurdo de entrenador en el último momento ha abocado a la selección al fracaso. Por un momento, los jugadores han fantaseado con demostrar que, sin entrenador, se puede funcionar mejor. Y los efectos de la primera euforia han pasado. Ahora mismo resulta evidente que falta un cerebro detrás de un equipo. Y el nuevo entrenador ha demostrado que, siendo un grandísimo central, no tiene apenas ideas futbolísticas suficientes para avalarle como seleccionador. Mal en definitiva todo el colectivo. Y mal individualmente cada jugador, que no ha sabido priorizar los intereses del conjunto...».

—Si así funciona la selección, es normal que funcione tan mal el Parlamento —gruñe Pedro, que ya se ha dado una ducha y sale del baño.

Casarse es aceptar la humillación de que tu pareja fantasee con otro.

CAPÍTULO SÉPTIMO

RUINAS DE MEDELLÍN

«With the lights out, it's less dangerous. / Here we are now, entertain us...»

NIRVANA,
Smells like teen spirit

MIÉRCOLES 27 DE JUNIO. 09.31 HORAS

En el taller dicen que hay que cambiar unos filtros, pero que se puede esperar a la próxima revisión. Después de insistir en pagar, Pedro me deja el volante. Hubo cierta tensión entre nosotros según veníamos de camino y al recoger el Audi lo ha mirado de arriba abajo tres o cuatro veces por si le habían hecho un roce o tenía algún desperfecto.

Pedro es de los que no se fía nunca de los talleres.

Unos momentos después ya circulamos por la carretera de Extremadura, con las ventanillas bajadas. A estas horas el aire está todavía fresco. Los cuatro experimentamos por fin esa sensación de libertad que se siente al dejar atrás rutinas y responsabilidades.

Por el camino, a Pedro se le ha ocurrido la idea de pasar por Medellín. Viendo tanto a Pizarro, dice que tiene curiosidad por visitar el lugar donde nació Hernán Cortés.

Para mí el problema es que, mientras conduzco, me empiezo a sentir mal. Pensaba que conducir me despejaría la cabeza, pero no.

—Todavía no entiendo que nos haya localizado ese delincuente —dice Pedro.

—Os dije que Vasile tiene muchos contactos.

—No digo que no, Simona. Pero que justo acabase en el mismo hostel que nosotros es raro.

—Estaba cerca de la plaza Mayor —digo—. Igual que recalamos nosotros, pudieron recalar ellos.

Al cabo de una hora, llegamos a Medellín. Una carreterita comarcal llena de curvas se desvía durante varios kilómetros de la nacional y termina en el puente sobre el Guadiana que da acceso a la localidad. A mano izquierda se ve, en lo alto de un cerro, el castillo. Al otro lado del promontorio, en su ladera sur, quedan el teatro romano y una iglesia.

A la salida del puente hay un primer estacionamiento.

—Aparca ahí —dice Pedro.

—Qué bonito el castillo. Y el pueblo —dice la rumana—. ¡Mira, Nicu! Yo no conosco España. En Madrid no salía del club, solo para ir a Marconi. Nunca he salido de Madrid. Y Nicu, tampoco.

—Nunca —dice Nicu.

—Pues es un pueblo como cualquier otro —digo, saliendo el primero del Audi.

Son pasadas las diez y media. Con el sol todavía bajo, se está razonablemente bien. Además se acaba de levantar un airecillo que, con el río aquí al lado, llega cargado de humedad. Pero vuelvo a sentir náuseas y me acuerdo por enésima vez de mi billetera.

—¿Qué te pasa Carlos? Estás temblando. ¿Necesitas tu dosis? Pues eso hay que solucionarlo. Si hay algo que no puede ser, es que ahora te de el mono...

Yo me muestro dubitativo. La última vez que intenté desengancharme lo logré sin ayuda de nadie. Me encerré en mi habitación, agarrado a la almohada. Se pasa mal. Pero al cabo de

cuarenta y ocho horas, si es de tus primeros monos y resistes, la cosa acaba. Eso fue casi un año, cuando tuve que admitir por primera vez que el hábito se me había ido de las manos. Y al mes ya estaba otra vez en las mismas. Pero ahora no tiene demasiado sentido intentarlo, y eso no ayuda.

—¿No tienes algún contacto, un número de teléfono?

—Me sé de memoria el número de mi camello. Vive en Las Rozas.

—Joder, Carlos. ¿Por qué no lo dijiste mientras estábamos en Madrid? ¿Ves como no teníamos que habernos ido?

—No dije nada porque no había previsto el viaje y porque pensé que iba a aguantar. De todas formas, Nixon tiene chicos que te vienen adonde sea. Déjame tu móvil un momento, Simona.

La plaza de Hernán Cortés es una plaza ajardinada, rectangular, bordeada por casas blancas que parecen pegarse al suelo. En uno de los laterales está el ayuntamiento y, en el centro, la estatua en bronce de un tipo erguido sobre un pedestal, con armadura, portando en una mano el estandarte de Castilla, en la otra el bastón de mando, cuyos pies pisan los restos destrozados de unos templos aztecas. Está al lado la oficina de turismo, abierta a estas horas.

Los edificios que dan a la plaza son los mejorcitos del lugar, aunque comparado con lo que veo no es mucho decir. Está claro que Medellín ha decaído desde los tiempos de los romanos, cuando le disputó la capitalidad de provincia a Mérida.

Mientras los demás entran en la oficina de turismo, llamo por teléfono.

—Nixon. Soy Carlos. ¿Cómo andas?

Lo de Nixon es porque dicen que se parece al cantante de Australian Blonde. El mote le halaga, visto que el Nixon original es diez años más joven y, por supuesto, bastante más guapo. Lo más que tienen en común es la barba de jípster, porque no creo que el Nixon original tenga ni la mitad de narcisismo. Y tampoco una bandera española con el aguilucho negro imperial como foto de perfil.

—¿Por qué no sale tu nombre en el móvil? —exclama, muy agresivo—. Por este teléfono sabes que no me gusta que me entren llamadas desconocidas. Habíamos quedado ayer. ¿Por qué no has contestado a mis llamadas?

—Me surgió un imprevisto. Tuve que salir de Madrid. Estoy en Medellín.

—¿En Colombia, descubriendo el reguetón con una panchita?

—Medellín en Badajoz. Por la carretera de Extremadura. Cerca de Mérida.

—¿Y qué cojones haces ahí? Pues ya me imagino el problema. En esos pueblos no hay buenos dentistas. ¿Tienes pasta encima?

—Por aquí hay cajeros. Te pagaré al contado. Pero tiene que venirse alguien.

—Cómo sois los putos yonquis. ¿Y cómo me las apaño yo para enviar a alguien allá? ¿A cuánto dices que queda eso de Madrid? ¿Dos horas y media? Pues eso tendrá suplemento. No te va a salir barato. Déjame que haga unas gestiones. ¿Estás localizable en este móvil?

—Sí.

—Ahora mismo te llamo.

Nixon cuelga y yo me lo puedo imaginar en su casa de Las Rozas al borde de su piscina. Descalzo. Rodeado de sus chicas. Nixon funciona con un grupito selecto de clientes de alto estandin, como nos llama. Yo conozco a varios y uno efectivamente es dentista pero de los de verdad. Tiene su clínica en la calle Orense. Cerquita de la Torre Picasso. Si vas y no conoces a los adictos, no sospecharías nunca que es yonqui. Ahora, sabiéndolo, yo jamás me pondría en sus manos.

Por lo general Nixon cada vez que llega un cargamento procura funcionar con el menor número posible de compradores. Nos suele buscar en moto por la ciudad. Pero en verano prefiere que

vayamos a su chalé y nos recibe junto a la piscina. Tiene una guitarra estratocáster en un rincón del salón junto a un potente amplificador y una colección de vinilos espectacular: es fanático del rock y le gustan los discos de la Movida. Colecciona especialmente los de DRO. Además, es un motero de los de irse en verano, con la Jarli, a las concentraciones. Y en política, con los follones que hay últimamente, se pasa el día subiendo al Valle de los Caídos. Allí ha coincidido con Fabio Macnamara en una orgía de banderas y bigotes falangistas y parece que Macnamara le invitó a acercarse a su casa en el barrrio de Salamanca a ver sus cuadros. Desde entonces, su recibidor está presidido por un retrato de Franco en plan gay, con un parche en el ojo. Pero lo que más le pone es el rock.

—Mira, este de Derribos Arias, con Poch. Fue el primero que publicaron los DRO. Se publicó en el ochenta. Cuando eran solo dos personas en el sello, Servando Carballar y Marta Arco Iris. Trabajaban sin contrato en base a acuerdos de palabra, que es como deben hacerse las cosas. Este de Loquillo fue su primer éxito nada más salir él de la mili. Luego llegó el elepé con los Trogloditas en Tres Cipreses. Lo tengo dedicado. De aquel vendieron decenas de miles. Y a partir de ahí cambiaron de división, ficharon por Hispavox, y empezaron los problemas.

A Nixon le he oído decir que estuvo en el primer concierto que dieron en Rock Ola los Trogloditas, cuando Loquillo, desde lo alto de sus dos metros, se puso tan farruco que los roquers madrileños casi le abren la cabeza. Uno de los tatus más antiguos que tiene Nixon en su brazo izquierdo es la bandera sudista norteamericana, justo al lado del pájaro carpintero de los Trogloditas.

—Yo era un chavalín, pero aún me acuerdo, joder.

Nixon con nosotros se porta de puta madre y cada vez que a uno de sus clientes le da una sobredosis, sufre un disgusto.

Le he oído contar que el primero que se le murió fue Enrique Urquijo. Hace quince años. Cuando vivía en el número veintitrés de la calle del Espíritu Santo, en pleno Malasaña. Según su versión, Enrique había ido a verle. Estaba tan de mono que no pudo esperar. Y cuando Nixon se dio cuenta, lo tenía tieso en su casa. Dice que tuvieron que bajarlo entre varios al portal.

Yo tenía entendido que Urquijo fue a pillar al Dos de Mayo y que se puso el último pico de camino a su casa. Pero con tanta leyenda urbana nunca se sabe.

De lo que sí puedo dar fe es que yendo a visitarle una vez en Semana Santa me topé con que le daba un jamacuco a un chaval joven. Nixon tuvo que lavarlo como se pudo. Quería que las chicas lo sacasen al parque más cercano y dijesen que se lo habían encontrado en un banco. El tipo se había metido un espidbol y entre el subidón de adrenalina y que se quedaba sin aire, las muecas que hacía eran grotescas. Como perdió el conocimiento, Nixon, que tiene experiencia, le dio unos masajes cardiacos y consiguió que volviera en sí lo justo para, ayudado por las chicas, salir del chalé por su propio pie, y encima prácticamente pidiendo perdón. Era un gilipollas.

Aunque parezca mentira, a esto de las sobredosis te acostumbras. Lo curioso es que los propios adictos podrían empatizar unos con otros pero no. Si Nixon nos quiere es porque somos su gallina de los huevos de oro. Él al menos tiene la decencia de cuando palma uno de sus clientes, acercarse al entierro. Lo hace con gafas de sol, de chaqueta. Y siempre es quien le da el pésame más sentido a la familia. Pero no se siente aludido ni responsable porque cada cual en esta vida hace lo que quiere, dice.

La heroína exagera tus necesidades y hace que te importe un carajo lo que pase al resto del mundo. A mí ahora mismo este frío que siento, a pesar del calor que hace, me empieza a agobiar. Es un frío que se te mete en los huesos, contra el que no se puede luchar.

Viendo que Pedro y la rumana salen de la oficina de turismo con un folleto, lo único que espero es que suene el teléfono y no tarda en hacerlo.

—¿Dónde exactamente dices que andas, Carlitos? —pregunta Nixon.

—La plaza del pueblo de Medellín.

—No te muevas, que te envío un correo. Le doy ese móvil a un chaval que tiene una buena moto. En un par de horas está.

Sus palabras me hacen feliz y busco con la mirada un cajero.

—Este es el único monumento a Cortés en su pueblo. ¿Te das cuenta, Carlos? Un hombre que con cuatrocientos españolazos, la mayoría de Extremadura, se mete en una decena de cáscaras de nuez y consigue conquistar un imperio de cuatro millones de personas.

—Era listo —dice Simona—. Y tenía caballos y armas. Los indios creían que eran dioses. Eso disen los folletos.

—Pero las armas no eran Uzis sino arcabuces —dice Pedro—. El tiempo que tardas en cargarlos, te han acribillado a flechazos. Y los caballos, los indios enseguida aprendieron a matarlos. A lo mejor Cortés era un hijo de puta. Pero eso no quita para reconocer que lo suyo fue una proeza.

Yo bostezo. Las hazañas bélicas me la pelan. Eso es lo que tiene salir de Madrid: todo es Edad Media. Es como viajar en el tiempo. Un puto coñazo.

—A ti es que te la pela todo, Carlos. Pero yo me siento orgulloso de ser español. Estoy contento de que por fin muchos se decidan a poner una bandera en el balcón de su casa como hacen los americanos. Y tú, Nicu, que tengas claro que esto es un gran país. No dejes que te cuenten milongas.

—¿Sabes lo que es la Inquisición, Nicu? —pregunto, en tono burlón.

—¿El qué?

—Unos frailes que quemaban herejes en las plazas. ¿No es así, Pedro?

—Eso es una puta falacia, Carlos, y lo sabes. La puta leyenda negra. Acabo de leer un libro que lo pone muy claro. Como mucho, la Inquisición a lo largo de su historia quemó tres mil personas. ¿Sabes cuántas brujas quemó Alemania? ¡Veinticinco mil! Veinticinco mil mujeres. Todas a la hoguera. En Alemania. Eso por no hablar de los hugonotes en Francia y las guerras de religión en Gran Bretaña. Pero luego ellos son tolerantes y civilizados y nosotros, bárbaros. ¡Así se escribe la historia!

—Ahora me sacarás que la colonización española fue mejor que la sajona.

—Hombre, es que en Canadá no queda ni un indio vivo. Y en Estados Unidos y en Australia, tú dirás. Mientras que en Méjico la mayor parte de la población es mestiza. Allí se fundó la primera universidad en el siglo dieciséis, cuando en Norteamérica hubo que esperar hasta finales del Dieciocho. E Hispanoamérica era más rica que Estados Unidos a principios del Diecinueve...

—¿Qué pasa, que te has apuntado a un cursillo de Internet sobre leyenda negra? No sigas, Pedro. Me conozco todos los argumentos.

—Es que me parece importante estar orgullosos de nuestra historia. No podemos permitir que los anglosajones nos sigan colgando sambenitos como cuando quienes nos incluyen en esos países que llaman PIGS, los cerdos. ¿Quién tiene el colorcillo de los gorrinos, cojones?

—¿Y qué vas a hacer? ¿Ir a Gibraltar a ponerles un cerco?

—Si por mí fuera lo haría. Esa es otra vergüenza. El Peñón nunca se cedió para siempre. Pero los ingleses han sido unos filibusteros. En el Tratado de Utrecht se decía...

Yo desconecto. Desde que empezó lo de los catalanes, todo el mundo se interesa por la historia. Es como una epidemia contagiosa.

—Mira, Pedro, todo esto de las naciones es un invento —digo—. Desengáñate.

—Puede ser. Pero para mucha gente ese invento es real. El problema, al final, es la puta educación. Si en el colegio te dicen que eres catalán, eres catalán. Si te dicen que español, lo mismo. Lo que te digan en el colegio va a misa. Por eso no entiendo cómo han podido ceder la educación a las comunidades autónomas. Ahora tenemos el tiempo en contra. Cada año que pasa, en Cataluña, es una nueva generación de indepes convencidos. Les están lavando el cerebro. Y nadie hace nada para detenerlo. Eso, más que un Estado, es, en el mejor de los casos, una chapuza.

—¿Pero a ti de verdad te importa lo que pase? Olvídate, coño, Pedro. Si España se rompe, se rompe. Ya encontrarán los políticos la manera de hacer que funcione.

—Tú es que eres un cínico, Carlos. Pero yo soy español y quiero seguir siéndolo. Y hay mucha gente que piensa como yo y que no está dispuesta a permitir que España se rompa.

—¿Y qué pretendes hacer? ¿Una guerra?

—Pues en determinados momentos una buena guerra resuelve muchos problemas. Así ha funcionado la economía siempre.

Yo me he cansado de la discusión. Pedro sugiere que, ya que toca esperar al camello, vayamos a ver el teatro romano. Cogemos una callejuela al fondo de la plaza y pasamos por delante de la iglesia de San Martín.

—En España somos así, Simona —digo—. Cuando no discutimos por el fútbol, discutimos por la política. Pero no te preocupes. Se le pasará pronto.

Yendo cuesta arriba, se me acelera la respiración y me lloran los ojos. Pero solo saber que dentro de dos horas voy a tener mi dosis me hace sentir mejor. De todas formas, me alegro de llevar gafas de sol.

—En este teatro romano hay nada menos que ochocientos sillares intactos... —explica la guía a un grupo.

No es que a ninguno nos interese, pero casi sin darnos cuenta prestamos oído. Su voz es melodiosa. Las frases están bien articuladas. Lo ha repetido tantas veces que se aburre de oírse a sí misma.

—La sociedad romana era clasista. En los teatros se sentaban en sitios separados, entraban por accesos diferentes. La nobleza, los patricios, por los arcos de triunfo. Los demás por los vomitorios, ahí arriba. Detrás de los patricios, que ocupaban los primeros peldaños, se situaban los miembros de la clase militar. A uno y otro lado del sagrario, donde había una estatuilla del emperador, al que se rendía culto. Los siguientes peldaños los ocupaban los ciudadanos libres. Y por lo alto, los esclavos, las mujeres y los niños. Como los esclavos por lo general no asistían a los espectáculos, el lugar lo ocupaban básicamente las mujeres. Todavía no se había descubierto el feminismo...

—Es que España es la hostia —dice Pedro, siguiéndome por las gradas—. Por aquí ha pasado medio mundo. Nos han invadido todos: fenicios, griegos, visigodos. Por eso somos tan civilizados —continúa, mientras Simona se sienta en uno de los escalones y Nicu vuelve a jugar con el móvil de la madre. El grupo sigue a la guía y se detiene delante de unas estatuas en el lateral. Desde aquí no oímos más explicaciones—. No me jodas, Nicu. No te hemos traído aquí para jugar con el móvil. Simona, dile algo a tu hijo.

La rumana le arrebató el móvil con un zarpazo y Nicu se sobresalta. Yo estoy cada vez más cansado y me siento en una grada a media altura. Hay una buena vista y ojeo, más allá de la iglesia de Santiago Apóstol, el páramo en el que se extiende Medellín. Lo dicho: la Edad Media.

—¿Qué te pasa?

—Me duele no sé si los pulmones o el pecho, todo el puto tórax. Y se me agarrotan los gemelos.

—Estás sudando mucho. ¿Qué haces?

—Estirándome el gemelo....

Pedro ni siquiera se burla. Mientras intento tocarme la punta del zapato con los dedos de la mano, me fijo en que un coche aparca más allá de la iglesia. Una cadena colgando entre dos postes impide el paso. Pienso de primeras que pudiera ser mi correo. Pero parece demasiado pronto, y enseguida se abren las puertas y salen del interior los tres rumanos de Trujillo. En camiseta. Sin las chupas del día anterior.

—¡Nicu! —chilla Simona.

Nicu levanta la vista. Simona le coge la mano.

—¿Cómo nos han localizado? —grita Pedro.

Vasile y sus amigos irrumpen en el teatro. Se paran al pie de las gradas. La forma semicircular del teatro amplifica sus voces. Los gritos que nos dirigen asustan a los turistas y a la guía. Vasile se quita las gafas de sol al pie del escenario. Tiene un ojo morado.

—¡Serán hijos de puta! —se indigna Pedro—, ¡Qué eso es un mármol milenario! ¡Putos extranjeros! ¡Para esto sirve abrir las fronteras! ¡Volveos a vuestra casa, cabrones! ¡Que son ruinas romanas! ¡Un monumento nacional!

Algunos turistas intentan convencerlos de que no pisen el mármol. Una pequeña gresca los retrasa lo justo para que Simona y Nicu salgan por un vomitorio lateral. Nosotros nos ponemos en pie. Los rumanos suben las gradas en medio de las exclamaciones indignadas de la guía.

—¡Por ahí, Carlos!

Como los rumanos han entrado al escenario por abajo, eso nos permite rodear el teatro. Salimos por delante de la iglesia y tomamos la calle que baja al puente. Simona agarra a Nicu y lo lleva a trompicones. Pedro no deja de chillar. Lo único bueno es que me he olvidado, como por arte de magia, del mono.

—Es como una película... —jadeo.

Pedro me da un empellón.

—¡Te voy a dar yo películas, joder!

Uno de los rumanos coge el coche y maniobra con dificultad, por la estrechez de las calles. Los demás nos persiguen a la carrera. Medellín parece un pueblo fantasma y pronto los gritos hacen que algunos vecinos se asomen a las ventanas.

Vasile alcanza a Nicu, que se ha soltado de su madre y queda rezagado. Pero Simona corre hacia el chulo y le sorprende con una patada que le alcanza de lleno en sus partes. Doblado, cae de rodillas al suelo.

—¡Buena patada! —exclama Pedro, metiéndose en el Audi.

Enseguida aparece el Toyota todoterreno y embiste en nuestra dirección.

—¡Que va en dirección contraria! —gritan unos vecinos que se asoman a ver qué pasa.

Dos calles más abajo, el Toyota choca contra un bolardo y queda atravesado en mitad de la calle. Pedro se dirige hacia el río y cruzamos el puente sobre el Guadiana a toda velocidad. Dentro del Audi, los cuatro gritamos excitados. La adrenalina se nos ha subido a la cabeza.

—¡No entiendo cómo han conseguido localizarnos por segunda vez! —Pedro mira por el retrovisor—. Nicu, ¿tú sabes algo de esto?

Nicu niega con la cabeza. Pedro no dice nada pero le coge el móvil a Simona. Echa un ojo a las últimas llamadas: ninguna a Vasile. En cuanto alcanzamos la nacional y comprueba que no nos sigue nadie, se para en el arcén y abre la puerta trasera del Audi.

—Tú sal.

—¡No le pegues! —dice la rumana.

—¡Yo no he hecho nada! —grita Nicu.

Pedro le mete la mano en los bolsillos. Le palpa la ropa. Por fin nos muestra un móvil pequeñito, un Samsung antiguo.

Pedro lo agita en el aire como un trofeo.

—¡Aquí lo tenemos! ¡Metidito en los calzoncillos! Ya se veía que era demasiada coincidencia. Le ha estado enviando la ubicación. O a lo mejor tiene un geolocalizador... —Lo tira a la cuneta—. El misterio está resuelto. Anda, métete, antes de que me arrepienta.

—Quiero volver con Vasile —murmura Nicu. Su madre le mira con fijeza.

La bofetada resuena como un trallazo. Nicu ni siquiera pestañea.

—Es educación a la antigua —dice Pedro—. De vez en cuando no viene mal.

Como a mí me vuelven los sudores, me importa poco lo que haga esta puta con su hijo y miro a ver si hay alguna llamada de Nixon. Pero sigue sin haberla.

Con la historia de la droga y la prostitución, poco a poco se va completando el desarrollo de la globalización.

Los paraísos fiscales cierran, junto con los países de producción y consumo, el triángulo internacional de estos negocios. El opio se fabrica en Afganistán, se vende, de entrada, en Europa, y el dinero irá a las islas Caimán. Las prostitutas llegan muchas de los países de Europa del Este, abastecen de sexo barato al resto de Europa, Norteamérica y Rusia, y la guita acaba refugiándose Dios sabe dónde.

Pero el ejemplo más claro es el de la cocaína.

Producida en Colombia, se envía por una parte a los Estados Unidos utilizando mil medios distintos de transporte, desde avionetas a mulas individuales, y por otra a Europa, por mar y vía los narcos gallegos. Y el dinero va a parar a paraísos fiscales en cualquier isla del Caribe. A cualquiera de esos agujeros por los que desaparecen los beneficios. Uno solo bastaría para vaciar la bañera.

Se estima que la droga mueve un dinero equivalente al producto interior bruto de Inglaterra y posiblemente más. Es una economía paralela y de una magnitud insospechada, si le añadimos el negocio que supone la propia inmigración. Eso lo convierte en uno de los aspectos más preocupantes de la globalización, en su cara oscura.

La pregunta es cómo luchar contra ello.

Está claro que la incautación es insuficiente: seguramente una parte del negocio incluso sea permitir que la policía incaute lo necesario para que la sociedad no se alarme. En el fondo, es una manera de pagar impuestos. Los narcos cuentan con que el veinte o el treinta o el cuarenta por ciento de la mercancía será incautada. Es posible que hasta lo propicien para que los gobiernos se sientan tranquilos, y poder vender despreocupadamente el resto. Sigue siendo un negocio más que suculento.

Además de conformar uno de los mayores circuitos económicos de la globalización, las redes del narcotráfico generan sus propios héroes. Estos son truculentos personajes como Pablo Escobar o Sito el Gallego cuyos retratos idealizados disfrutamos después en series de Netflix o escuchando narcocorridos. A diferencia de los gobiernos, que abogan por una política de recortes, ellos han comprendido que el segundo de sus peajes es la gente pobre que los rodea. Todos tienen en común, más allá de su crueldad, una faceta Robin Jud que asegura la lealtad del lumpen.

Yo estoy a favor de la legalización de las drogas. No parece coherente que se tolere el alcohol y no el resto. Hay un doble rasero evidente. El alcohol es una droga durísima, y no obstante está bien vista. Y de la misma manera que uno se puede tomar ocasionalmente unas copa y no ser alcohólico, de vez en cuando también se puede uno poner unos tiritos sin que sea ningún drama. ¿Que no es bueno para la salud? Es evidente. Pero una cosa es consumo ocasional y otra el abuso o la adicción.

En un momento brillante de la película *Traffic* se concluye que no se puede librar una guerra

contra los propios familiares.

La droga está con nosotros y está aquí para quedarse. Todos los días estamos en contacto con ella, y hay que aprender a convivir. No nos queda otra.

La vida es una humillación continua. Más vale vacunarse contra el ridículo, si se quiere seguir viviendo.

CAPÍTULO OCTAVO

UN MONO PUÑETERO

«“Why do you *need* narcotics, Mr. Lee?”, is a question that stupid psychiatrists ask. The answer is, “I need just to get out of bed in the morning, to shave and eat breakfast. I need it to stay alive”».

William BURROUGHS,
Junky

MIÉRCOLES 27 DE JUNIO. 18.23 HORAS

La habitación de este hotelucho junto a la gasolinera es lo que los franceses llaman glauque. Pura cochambre. Camas tan estrechas que parecen pensadas para personas del siglo pasado. El televisor, en la esquina, de la época de Matusalén. El suelo, de azulejos desgastados, da la impresión de haber acumulado mugre durante una eternidad. Y el baño...

En el baño no he entrado aún.

Pero teníamos que parar en alguna parte. Yo ya no podía más.

Empujando la puerta del baño, le doy al interruptor...

En el rincón hay una minúscula ducha protegida por cortinas de plástico. Ni el váter ni el lavabo, en otra esquina, están sucios, aunque tampoco juraría que los hayan limpiado recientemente. La última vez que un ser humano ocupó esta habitación debió de ser hace meses.

La buena noticia es que suena el móvil de Simona: ahora lo guardo yo. A ella la ponen nerviosa los guasaps de Vasile y su entorno, que no dejan de llegar con amenazas y los mensajes engañosos de supuestas amigas preguntándole dónde para.

Es difícil describir la alegría que me produce la voz ronca de Nixon.

—¿Sigues junto a la gasolinera que me dijiste?

—Sí... Te he enviado la ubicación por guasap.

—El chico anda cerca. En media hora está. Que no te engañen sus pintas. Es de confianza.

Sin poderlo evitar, me acurruco en la cama. La tiritona es intensa. El frío lo tengo metido en los huesos. Me castañetean los dientes. He dicho a los demás que me dejen en paz hasta que llegue el correo y los oigo hablando al otro lado de la pared.

Desde que la madre le dio los sopapos a Nicu, todo se ha tranquilizado. Ya es muy difícil que nos encuentre su chulo. De todas formas, no es eso lo que me preocupa ahora mismo.

Pese a la temperatura de la habitación —no hay aire acondicionado— no dejo de tiritar. Me lloran los ojos. Tengo la nariz llena de mocos y se me agarrotan los músculos de las piernas. Es increíble que, con más de treinta grados que hace fuera, esté yo aquí con este tembleque...

Acurrucado sobre la cama, pienso en lo que ha sido mi vida...

Hasta hace muy poco podía decir que todo ha ido siempre sobre ruedas. Como estudiante, pasé por la facultad de Económicas sin problemas: me dediqué a jugar al mus y a aprobar cuando debía. No me preocupé de mucho más...

Empecé a leer, eso sí, la prensa a diario. Mi formación, en realidad, se la debo a los diarios. Si no fuera por el trabajo, es lo único que leería.

Después, no me costó entrar en una consultora de un amigo de mis padres. Y a partir de ahí ya volé por mi cuenta...

Los avatares de la vida me llevaron a montar mi propia agencia. Desde hace ya casi veinte años me he hecho un nombre defendiendo autores. He sido lo suficientemente bueno para mantener

un buen nivel de ingresos en los peores momentos. Y lo suficientemente hijodeputa para deshacerme, cuando correspondía, de los pesos muertos.

He triunfado y por el camino he tenido decenas de novias. Tantas que ni me acuerdo...

A lo mejor ese es el problema: que no me acuerdo de ninguna.

¿Por qué, entonces, me duele tanto el recuerdo de Ángela?

Solo han sido ocho meses con la puñetera niña malcriada, además llenos de broncas y desencuentros. Y sin embargo...

Me castañetean los dientes y aparto la camisa engurruñada y sucia de dos días. Me he comprado abajo, en la gasolinera, una camiseta de manga larga negra con el logotipo de Repsol. Me la acabo de poner y aun así me cubro con la colcha.

Esto es peor que morirse...

Los primeros monos se sobrellevan bien. Te hacen pensar que tampoco es para tanto. Que el mito de la heroína es solo eso, un mito. Te sientes fuerte cuando, encerrándote un par de días y a base de sudarla, te quedas limpio.

Pero con el tercer o cuarto mono, la cosa cambia...

De repente me entran retortijones. Me arrastro hasta el váter y me instalo sobre la taza. Lo que sale por la pata abajo es solo líquido y me siento mejor cuando tiro de la cadena y regreso a la cama...

Como aquí las paredes son de papel, oigo a Pedro y a la rumana.

Los dos han salido al pasillo. Se han sentado en las escaleras.

—No te pongas así, mujer. Siento lo que te acabo de decir. No te vayas, mujer. No llores, por favor.

—Es que tienes razón. Me he quedado sin nada... Dejé mi familia en Rumanía, vengo a España buscando otra vida, y mira. Me traiciona hasta mi hijo...

—Acércate.

—No.

—¿Por qué?

—Al final vas a haser como todos...

De repente siento que me duele el pecho y se me escapa un tosido. No lo he hecho adrede, pero fuera han debido de captar el mensaje y ahora llaman con los nudillos a la puerta.

—¿Cómo vas? ¿Mejor? Estás pálido.

—Estaré mejor cuando llegue el mensajero... —digo, encogido y rodeándome el cuerpo con los brazos.

Articulo cada sílaba con dificultad y aprieto la mandíbula para evitar el castañeteo de los dientes. La silueta de Pedro se recorta en el vano de la puerta. La rumana, que es alta, está detrás.

—Quiero pedirte algo, Carlos. Verás Las habitaciones tienen dos camas. He pensado que Nicu puede dormir contigo. Simona y yo vamos a compartir la otra.

A mí se me escapa una risa entrecortada. Resulta tan ridículo que, por un momento, me olvido de mis temblores.

—Pedro —digo, medio incorporándome en la cama—, ¿no te das cuenta de que es una puta, por Dios? Una puta callejera, para más inri. Que ha trabajado durante demasiado tiempo en el polígono de Marconi. Estará llena de enfermedades venéreas. ¿Cómo te vas a liar con ella? Págale lo que te pida por los polvos... El resto te va a salir demasiado caro.

—Carlos, no he venido a pedirte consejo. Te estoy explicando que Nicu se queda esta noche contigo, nada más.

La puerta se cierra con un portazo.

En el pasillo, Pedro le dice algo a la rumana que no llego a entender. Como saben que les puedo oír, hablan en murmullos. Yo me siento cada vez más débil.

De repente, ¡oh milagro!, suena el móvil.

—Soy el amigo de Nixon. Estoy abajo.

—¡Pasa! Está abierto...

El correo es un puto perroflauta. Pelo rapadito por las sienes, pelambreira encrestada en lo alto y, por detrás, coletilla de torero. Los vaqueros desgastados cortados de mala manera le dejan al aire las piernas prácticamente imberbes. En una tiene tatuada una calavera con dos tibias cruzadas.

El tipo lleva Converse de lona negra hasta el tobillo y una camiseta deslavazada de Extremoduro debajo de una chupa de pana abrochada hasta el cuello para protegerse del aire en la moto.

—Veo que era urgente. Tienes suerte... —dice, quitándose los guantes y dejándolos sobre la mesa junto al casco de motorista—. Traigo un material de primera.

Me incorporo en la cama. Le digo que me ayude.

Él saca, del bolsillo delantero de su chupa, el móvil.

—Estoy con él, Nixon. Por supuesto, descuida...

El perroflauta cuelga y extrae de otro bolsillo de su chupa una bolsita de plástico con una sustancia maravillosamente marrón dentro.

—Nixon te envía un saludo. Dice que los heroinómanos no deberías salir de Madrid. El jaco es de peor calidad.

Yo tengo los labios morados y ojos de animal acorralado. El olor a desechos diarreicos llena la habitación. Pero él debe de estar acostumbrado. Enseguida me remango la camiseta. Me ato el brazo con mi gomita y le tiendo la jeringuilla para que me eche una mano.

A todo esto no dejo de temblar como un flan.

El perroflauta saca la papela, le arranca el filtro a un pitillo, coloca algo de polvo en la cucharilla y calienta el líquido con un mechero hasta que burbujea. Luego me pasa por la piel un algodoncito con alcohol y busca la vena con precaución. Han quedado demasiadas burbujitas para mi gusto. Pero uno no está ahora mismo para exquisiteces.

—No te muevas tanto...

El perroflauta hurga para encontrar vena. Es una carnicería. Pero con mono, la sensación de los sucesivos pinchazos es maravillosa. Hay quien llega a inyectarse agua o vino, solo para sentirla. Por fin, en mi cerebro se hace la paz absoluta. A medida que noto que los sudores y los temblores desaparecen, empiezo a sentirme dueño de mi cuerpo.

El perroflauta me limpia con un algodón el brazo.

—Aquí te dejo unas tiritas. Ahora estarás mejor. Te dejo todo dentro de esa carterita, no se te olvide. ¿El dinero?

—Encima de la mesa. Los billetes de cincuenta euros.

Tras llamar a Nixon para decir que todo conforme, el perroflauta se abrocha la chupa, se pone su casco y se despide. Yo me dejo invadir por el letargo.

Qué difícil ha sido, Dios mío.

Una eternidad después, la puerta se abre y aparece Nicu con su mochila.

—Mi madre dice que hoy duermo contigo.

Ya me siento casi persona. Con un esfuerzo, me levanto. He dejado de temblar. Ha desaparecido el dolor del tórax. He dejado también de sudar.

Cuando me acerco al lavabo, en la semioscuridad, alumbrada por la luz de una bombilla, casi no me reconozco en el semblante cadavérico que veo en el espejo. Dos ojos hundidos con pupilas dilatadas ocupan el iris.

Nicu se sienta en el extremo de una de las camas.

—Mamá dice que ellos van a comer algo en su habitación. Después verán el partido.

—¿Y tú?

—Estoy castigado.

Enciendo el televisor. En la previa hablan de la victoria del lunes. Hay imágenes de Iniesta driblando en la repetición. Los comentaristas parecen excitados.

A mí el fútbol me importa dos cojones. Pero un niño es un niño. Nicu se acomoda en la cama para ver mejor la pantalla y yo me siento a su lado. El chaval se fija en la mancha de sangre que tengo en la manga de la camiseta. Le digo que me he hecho una herida, que no es nada.

—¿Tú sabes lo que sucede entre tu madre y Pedro? —pregunto, sacando la bolsa de tabaco.

—Sí.

—¿Y qué te parece?

—No lo sé.

Cuando termino de liar, lamo el pitillo por un lado. Lo paso por el interior de la papela, que se le adhieran los últimos rastros de heroína. Al toser me acuerdo de mi abuelo, que murió ahora hace veinticinco años de cáncer de pulmón. En los últimos meses tenía siempre a mano una bombona de oxígeno.

—No deberías fumar —dice Nicu.

Abro la ventana, con un toside seco. Fuera sigue haciendo calor. Los comentaristas dicen que a la selección española se la ve nerviosa. No es para nada la España dominadora del Mundial de Suráfrica. Ahora es un equipo sin confianza. Al portero le entra el tembleque cada vez que los contrarios le ponen a probar.

Todo el mundo echa pestes del juego de la selección, pero eso a Nicu no parece afectarle.

—Van a ganar el mundial. Isco es el mejor.

—Eso se llama un acto de fe —digo.

Le ofrezco el cigarrillo que acabo de liar.

—No quiero. Mamá no me deja fumar.

—Mamá tampoco te deja ver el fútbol.

—Pero es que fumar está mal.

—¿Por qué va a estar mal fumar? ¿Quién lo dice?

—Porque está mal. Lo dice todo el mundo.

—Tú pruébalo. Después me cuentas.

Nicu le da una calada y tose. En un niño incluso una cantidad tan pequeña no deja de tener sus efectos: es divertido ver cómo se le dilatan las pupilas. Cada vez le cuesta más hablar. Espero que no me pote. Yo sigo a su lado mientras escuchamos en la habitación vecina los primeros jadeos de la parejita.

—¿Tú, cuando tu madre trabaja, Nicu, la espías? Porque supongo que sabes lo que hace tu madre, ¿no?

Al lado, la cama golpea contra la pared.

—¿Sabes lo que es una puta, Nicu?

—Una tía que se acuesta por dinero.

—¿Y sabes que tu madre es puta?

Nicu no entiende muy bien por qué le pregunto todo esto ni adonde quiero llegar. En su pequeño cerebro deben de estar pasando muchas cosas. O igual no. La cantidad de sinapsis que genera un niño es siempre una incógnita. Y más viniendo de un contexto desfavorecido.

—Sabes que se ha acostado con muchos hombres por dinero, ¿verdad?

—Mamá trabaja para que yo vaya al colegio.

—¿Y sabes lo que hace cuando está con esos hombres?

—No —dice, justo cuando Pedro se ha debido de correr.

—¿Sabes lo que es una mamada?

—Sí.

—¿Y un griego?

—Hacerlo por detrás. Eso mamá no lo hace nunca.

—Supongo que depende de cuánto le ofrezcan.

Nicu se concentra en el televisor. En la habitación de al lado empiezan a hablar en voz baja. No parece que ellos tengan ganas de fútbol.

—Quiero ver el partido.

—Ahora lo ves. Fuma un poco más.

—He dicho que quiero ver el partido.

—Y yo te digo que fumes un poco más. Coge la chustilla. ¿Tú no lo has intentado con ninguna de las amigas de tu madre? —insisto, mientras él da otra calada—. ¿Seguro que no? Pero ¿sabes lo que hay que hacer? ¿O eso tampoco te lo han enseñado?

Le miro.

—Sí que lo sabes. Lo sabes perfectamente. Fuma un poco más, anda.

—No quiero.

Le paso lo que queda del pitillo. Él, de nuevo, cede.

—Bueno, Nicu... —digo, tocándole la pierna.

Eso le hace reaccionar.

—¡No me toques!

Y sale corriendo de la habitación.

De repente, no sé por qué pero me ha dado por acordarme de una discusión que tuvimos Ángela y yo durante las Navidades.

Estábamos cenando en un restaurante indio. Le pregunté cuáles han sido los desfiles que más le han impactado. Ella lo tuvo claro: el de David Delfin del dos mil tres. *La corte de los milagros*. Habían pasado quince años y aún se acordaba del escándalo.

Fue el primer desfile al que asistía junto con su madre. Ángela tenía veinte primaveritas.

—Delfin era un diseñador grafista ante todo, muy artístico en sus propuestas. Ese año adornó su desfile con todo tipo de recursos: capuchas, sogas, crucifijos. Estaba repleta de guiños culturalistas. A Buñuel, *Viridiana*, *Beldeyur*; incluso tocaba el tema del maltrato de las mujeres. El ruido de pasos recreaban los pasos de la madre cuando llegaba a darle un beso antes de dormir. Era una propuesta impactante. Pero de todos aquellos periodistas supuestamente tan al tanto, esos que hoy le echan de menos y le adulan desde que Delfin se murió de un tumor cerebral, resulta que la mitad se levantó y se fue...

El recuerdo consigue que me duerma con un puñado de mujeres encapuchadas rondando mi sueño.

Eso de que la niñez es una época dorada de inocencia es una enorme estupidez.

CAPÍTULO NOVENO

BREVE CHIRIGOTADA

«También he visto a los mejores cerebros de mi generación destruidos por el emoticono».

Luna MIGUEL,
Poetry is not dead

JUEVES 28 DE JUNIO. 10.12 HORAS

Por primera vez en bastantes días he pasado buena noche, sin sueños desagradables. Me ha despertado un sol cálido entrando por las rendijas de la persiana medio rota. Me he quedado un rato mirando las motas de polvo que flotan en el aire, sobre las baldosas del suelo. A veces estas cosas nimias son la sal de la vida.

En otro tiempo, lo primero hubiera sido consultar el móvil.

Hoy busco con la vista la bolsita de plástico que me dejó el perroflauta y verla sobre la mesilla, tan repleta, me reconcilia con la existencia. La cama vacía de Nicu tampoco me sorprende. Más bien me agrada: así puedo hacer lo mío sin necesidad de esconderme.

Después de mear, todavía en calzoncillos, me pincho la primera dosis del día. Sentado en el váter, cierro los ojos un instante. Se oyen voces por la ventana. Hay una pareja joven poniendo aire a las ruedas de su monovolumen.

—Te digo que una presión de dos veinticinco es suficiente.

—Y yo te digo que...

Unos momentos después, bajo a la gasolinera. A falta de bar, en la tienda hay un espacio con algunas mesas altas y máquinas expendedoras de agua, refrescos, café, bollería industrial.

—¿Ha pasado buena noche, caballero? —pregunta el gasolinero, detrás de la caja.

—Todo perfecto. Gracias. Me ha encantado la habitación.

Me siento en paz con el mundo entero. Con el café encima de la mesa alta, de pie, me fijo en que fuera, junto a los surtidores, hay un taxi parado. El peseto abre el maletero y la rumana y Nicu, que recién salen del hotelucho, meten la maleta y la mochila.

El pánfilo de Nicu protesta.

Yo termino mi café y me pongo las gafas de sol. Pienso que es lo mejor. Pero hay alguien que no está de acuerdo...

Pedro acaba de aparecer. Él también se ha comprado una camiseta de Repsol, solo que en negro y de manga corta.

—Simona. ¡Que ya lo hemos hablado! ¡Joder, no te vayas de esta manera!

—Amor, soy una carga para vosotros. —La rumana, llorosa, parece una de esas vírgenes que sacan en las procesiones de Semana Santa—. No quiero ser responsable de que os pase algo por mi culpa...

Es como un folletín cursi de una autora de tercera. Café en mano, me asomo a la puerta de la tienda y observo la función.

—Simona, si esto lo hablamos ayer. ¡Quédate!

—¿Tú no te ibas con tu mujer? ¿A ti qué más te da lo que yo hago?

Pedro cambia de estrategia y se encara con el peseto. Su expresión ya es la de alguien acostumbrado a dirigir una empresa, no el quinceañero encoñado del último par de días.

—Saque esa maleta ahora mismo y me cobra.

—Es que la señorita ya me ha pagado...

—La señorita no sabe lo que hacer. ¡Le digo que saque la maleta del coche ahora mismo!

Pedro agarra la maleta con rabia y cierra con un golpetazo. El peseto alza las manos. Su gesto es apaciguador. Yo doy un último sorbo a mi café.

—Bueno, bueno, no hay por qué ponerse así —dice el taxista—. Solo hago mi trabajo.

—Nicu, ¡coge esa mochila!

—Quiero ir con Vasile.

—He dicho que cojas esa puta mochila.

En ese momento, a mí me da por aplaudir.

—Muy romántica la escena. Silvia estará contentísima cuando lo sepa. Qué pena no tener a mano un móvil para grabar el vídeo y enviárselo.

—Tú calla. No entiendes de estas cosas.

—Entonces, ¿qué hago, espero o no espero? —pregunta el taxista, con un creciente malhumor.

—Usted váyase —dice Pedro.

La rumana igual esperaba el gesto, porque termina por asentir: eso desespera al peseto. ¡Me vais a volver tarumba! Se mete en el coche. Pedro y su fulana se abrazan. A mí me entran ganas de recordarle al galán que esos labios han besado mil rabos, pero supongo que no es el momento.

—Recojo mis cosas y nos vamos, Simona. Y tú, Carlos, tienes cinco minutos para beberte ese café y sacar tus bártulos, que hoy llegamos a Cádiz.

—¿Pero no íbamos a Huelva? —pregunto, con un bostezo.

—Hemos cambiado de idea. Simona tiene razón. Vasile conoce a su amiga. Puede estar esperándonos. Tengo piso en Cádiz. Vamos a aprovecharlo.

En la radio suena una canción de Cuin. Hace ya un rato que hemos sintonizado Rock Efe Eme. El único que parece contento soy yo. Ahora que me toca, conduzco colocado. I WANT TO BREAK FREE FROM YOUR LIES... YOU'RE SO SELF SATISFIED I DON'T NEED YOU... I'VE FALLEN IN LOVE FOR THE FIRST TIME...

A Pedro el tonillo con que canturreo no le gusta y cambia de emisora.

—¿Qué pasa? ¿No te acuerdas de cómo molaba el vídeo de Freddy Mercury vestido de tía, pasando el aspirador? Le quedaba de puta madre la minifalda de cuero. Ya que estás rompiendo con tantas ataduras, igual te inspira. Yo te vería bien en plan *Transparent*, la serie. Te hacen falta nuevas experiencias. Estas vacaciones te están viniendo de lujo.

—Carlos, no es el momento de joder la marrana. Lo que está sucediendo no es ninguna broma. Todavía no sé cómo se lo voy a explicar a Silvia. No quiero ni imaginarme lo que debe de estar pensando. Te juro que esto nunca me había sucedido.

Pedro se gira para coger la mano de su chica, que sonrío comprensiva. Luego busca noticias en la radio. Pero de lo único que se habla por estas fechas es del mundial. Por fin, en la COPE escuchamos que el Gobierno socialista de Pedro Sánchez piensa sacar los restos de Franco del Valle de los Caídos.

«Esta exhumación es absurda. ¿Qué se gana con remover la historia? Ya andamos otra vez, como con lo de cambiar el nombre de las calles. ¿Qué vamos a hacer, rebautizar también las de Largo Caballero o Prieto, que fueron golpistas? Luchar contra fantasmas no tiene el más mínimo sentido. Y menos con un Gobierno en minoría que carece de legitimidad para tomar decisiones de tanto calado. No se puede gobernar a fuerza de decreto ley...».

Pedro chasquea la lengua.

—¿A ti eso de verdad te importa? —pregunto, mirándole por el rabillo del ojo.

—Pues la verdad es que en el fondo no me importa, no. Pero como no importa, también se podría quedar Franco donde está, que lleva cuarenta años quietecito en Cuelgamuros y nadie se había fijado hasta hoy en su tumba. Yo prefiero que no se remueva la historia. Me parece que no es mucho pedir. Es algo sensato, razonable. Y estoy seguro de que más de la mitad de los españoles piensa como yo.

—Barrer el polvo y meterlo debajo de la alfombra, vamos.

—Pues mejor que sacar los huesos de las tumbas desde luego sí me lo parece.

—¿Y qué dices de todos los que están en las fosas comunes y las cunetas? ¿Y las familias que no han podido enterrarlos?

—Mira, Carlos. Hay fosas por toda España. Y no todas de gente de izquierdas. Los dos hermanos de mi abuelo, sin ir más lejos, están en Paracuellos. No sé si te lo dije alguna vez...

—Nunca.

—Los cogieron los rojos. Los metieron en la cárcel porque eran religiosos. Que lo eran pero no creo que eso constituya ningún crimen. Total, que los entrullaron de mala manera en la cárcel

Modelo, ahí en Moncloa. Y cuando el general Varela llegó a las puertas de Madrid, en el treintaiséis, se los llevaron junto con muchos otros presos. Siguiendo una idea de la Junta de Defensa, se liaron a evacuarlos en autobuses. Les dijeron que iban a trasladarlos a Valencia. En mi familia piensan que los fusilaron en una de las primeras tandas, aunque tampoco lo sabemos a ciencia cierta. Eso el Gobierno de la santificada República, esa que tanto gusta a la gente de izquierdas. Tres mil presos desarmados. Fue igual de salvaje que lo de la plaza de toros de Badajoz. La diferencia es que lo hizo un Gobierno legítimo, no unos africanistas sublevados...

En el asiento trasero, la puta y su crío duermen cada cual pegado contra una ventanilla. Yo me vuelvo hacia Pedro. Murmuro que no tengo ganas de discutir sobre un asunto que ni me va ni me viene.

—Es que ese es el problema, Carlos. Que a ti las cosas ni te van ni te vienen. Haces como si no fueran contigo. Como si fueras un marciano recién aterrizado. Pero no eres un marciano. Y si eres español, eres español.

—¿Y tengo que aplaudir cuando mi selección mete un gol y ponerme a llorar cuando pierde?

—Eso también forma parte de ser español.

—Si es así, prefiero no serlo.

—Pues entonces les haces el juego a los vascos y a los catalanes. Te conviertes en antiespañol. Ya ha pasado el momento en el que se podía ser neutral. Ahora hay que tomar partido. Se está con unos o con los otros.

—Yo no le hago el juego a nadie.

—En estos momentos ya no hay término medio, Carlos. O estás con España o contra España y a favor de quienes quieren romperla.

Lo del procés en Cataluña ha exacerbado hasta límites impensables el nacionalismo. Ya no es solo las rojigualdas en los balcones. Es que cada vez hay más gente que piensa como Pedro. O como Nixon, que es peor. El empeño en desenterrar a Franco lo ha convertido en un símbolo. Empiezan a aparecer franquistas hasta donde nunca los hubo. Al final va a ser verdad que, después de tantos años marginada, la ultraderecha se va a apoderar del continente.

—Estás ya listo para una guerra —digo.

—Pues si tiene que haber una guerra, que yo no lo quiero, ojo, pues tendrá que haberla. Lo que no se puede es permitir que unos pocos destrocen un país entero para sentirse cómodos en un rinconcito de la Península.

—O en un par de ellos. O en más de la mitad de la Península, si empezamos a sumar.

—No me toques las narices, Carlos. Sabes perfectamente que tengo razón. Además, todos ellos en el mundial van con Marruecos o Irán. O con cualquiera que juegue contra España.

A mí esto me parece y reducir la cuestión al absurdo, pero prefiero no discutir con Pedro. Me resulta muy cansado.

—Además, tú tendrías que entenderlo mejor que nadie. Ser español es un sentimiento. Ya puede ponerte alguien una pistola en la sien, que eso no se puede cambiar. No es una cosa racional. Es algo mucho más profundo.

—Si no cambia con pistolas, supongo que tampoco con argumentos.

—Tampoco. Es un sentimiento, te lo estoy diciendo.

—¿Y tú lo tienes y yo no?

—Pues por lo menos no pareces tenerlo, qué quieres que te diga.

—Y según tú ¿tendría que exiliarme por eso?

—No creo que te haga falta ya...

Sus palabras se quedan revoloteando en el aire. Le han salido casi sin querer. Pero no hace falta ser un lince para darse cuenta de que no se arrepiente. Me la lleva guardando desde por la

mañana, cuando he aplaudido su escenita. Casi se me había olvidado lo mezquina que puede llegar a ser la gente. Esa es la amistad.

—Perdona, no quería...

—No te preocupes. A diferencia de ti, no soy susceptible —digo.

Sevilla va quedando a nuestra derecha, mientras nos desviamos por la Esecuarenta.

—Lo digo en serio, Carlos. Nunca he entendido lo que piensas ni cómo te posicionas. Yo soy conservador. Y supongo que por ser madrileño soy centralista. Estoy a favor de tener una única lengua oficial. Me considero de derechas aunque moderado. Pero tú ¿qué eres? Yo ahora mismo todavía no sé si eres republicano o monárquico, si laicista o abortista, si estás a favor del matrimonio gay o de la legalización de las drogas. Lo único evidente es que tienes un talento enorme para meter el dedo en el ojo. Supongo que eres lo que se dice castizamente un toca pelotas. Siempre te he visto en contra de lo políticamente correcto. Pero seguro que basta que te diga esto para que te pongas a la contra. Al final lo que te gusta es tocar las narices por principio.

—El problema, Pedro, es que cuando miras la realidad con un prisma ideológico no ves las cosas como son sino como te gustaría que fuesen.

—Pero eso da coherencia a lo que piensas. Yo no soporto a la gente que no tiene columna vertebral. No se puede confiar en ella. Hay que ser hombre de una palabra, no de dos.

—Pues mal vas, porque todos tenemos dentro un montón de palabras y de personalidades. Todos somos a la vez tiernos y crueles, razonables y violentos, sabios y locos. Depende de las circunstancias y las compañías. Tu abuelo y sus hermanos serían católicos. Pero seguro que alguna vez se iban de putas...

—No metas a mi familia en esto.

—El propio Franco, ¿qué era? ¿Un genio, Napoleón en miniatura? ¿Un guerrillero de cortas miras? ¿Un militroncho con sangre fría y el mejor general de la República? ¿Un asesino inmisericorde? ¿El niño bueno de mamá? ¿El gran hipócrita? ¿Un general íntegro, comprometido con la patria? ¿Un gallego listo? ¿Un mediocre? ¿Un dictador pusilánime, encerrado en sí mismo?

—Mediocre por lo menos no era. Aguantar cuarenta años gobernando España no es moco de pavo.

—Seguramente tenía dentro todo eso. Y lo fue sacando a la luz según variaban las circunstancias. Eso es la vida: una bailarina vestida de blanco que al pasar bajo los proyectores de los sentimientos y las edades toma diferentes colores. Cualquiera niño hoy se ríe de las cosas que hará cuando envejezca. Más de un porretas del insti acaba de guardia civil. Y de mis novelistas en la agencia, los que se burlan de la Academia son los que más encantados estarán, me juego el cuello, cuando los reciban con todos los honores.

—Yo lo único que espero es que cuando tomes partido no vayas a parar en el campo equivocado. Eres como una bola de ruleta que aún no ha parado de rodar.

—Debe de ser muy confortable tener tan claro que se está en la verdad —digo.

Y fijo la vista delante de mí. Nos estamos acercando a Cádiz. Un sol sureño lo envuelve todo con una luminosidad intensa.

A la salida del puente que cruza la bahía, el más moderno de los dos, callejeo por la avenida de Astilleros siguiendo las indicaciones de Pedro. Él lleva años veraneando aquí con la familia de Silvia. El casco histórico de Cádiz, que vive volcada al mar, ocupa el istmo que la une al continente y conserva las murallas que la protegían antiguamente: las Puertas de Tierra. Sobre las casas y fachadas de tonos claros se elevan dos torres y la cúpula dorada de la catedral, cada vez más visible.

Por aquí han pasado fenicios, romanos y musulmanes. Todos dejaron su huella. Pero el momento de mayor esplendor llegó con el traslado de la Casa de Contratación desde Sevilla, cuando el Guadalquivir dejó de ser navegable para los galeones. Y entró en declive cuando se perdió Cuba.

—Esta es una de las ciudades más bonitas de España —dice Pedro—. Además, es la meca de los gais —añade, viendo por la acera a dos veinteañeros cogidos de la mano—. Va a ser la fiesta del Orgullo Gay la semana que viene.

—Me extraña que no digas maricones. Es algo muy español.

—Eso es un puto cliché, Carlos. Ser español no supone necesariamente ser homófobo, ya no. Y yo lo soy menos que tú. Nunca he insultado a nadie por su orientación sexual.

La rumana y su crío han despertado. Los dos bajan sus ventanillas. Los dos miran a la gente por la calle. Yo veo un cajero en la fachada de un banco de la esquina y echo el coche a un lado. Me siento como de regreso en la civilización. Pongo las luces de emergencia.

—Tengo que sacar dinero. Estoy sin un céntimo.

—Yo también necesito pasta. Te acompaño.

De vuelta en el Audi, Pedro se instala al volante. Unos momentos después estamos en la plaza de San Juan de Dios, en pleno centro. Aparcamos en el estacionamiento y la rumana y el crío sacan sus cosas del maletero. Están muy descansados. Juntos, salimos los cuatro a la superficie, muy cerquita de la calle Plocia.

—Es por ahí. El tercer portal —dice Pedro.

—Los viejos de Silvia, cuando se jubilaron, se instalaron aquí. Tras su muerte, Silvia heredó el piso y les dejó el del parque de Berlín en Madrid y el de Guadalix de la Sierra a los hermanos — explica Pedro, antes de darle los buenos días al tipo obeso y con camisa de manga corta abierta tres o cuatro botones que hay en la portería.

—¡Hombre, señor Velarde! —exclama el conserje, levantando la vista del *Marca* y dejando caer sobre el periódico sus gafas de vista cansada—. ¿Cómo usted por aquí? Cuánto tiempo... Buenos días, señores.

—Estamos de paso. Nos quedaremos un par de días —dice Pedro, algo incomodado al ver que se fija en Simona.

Pedro acompaña al conserje a su piso, en el bajo, a por una copia de las llaves. Al poco subimos los cuatro por las escaleras. El edificio por dentro tiene las paredes chapadas en mármol blanco. En el rellano del segundo, Pedro abre la puerta a la derecha. En el salón, enciende la luz, levanta las persianas. El sitio huele a cerrado. Simona abre la ventana que da a la calle.

—El piso tiene orientación casi norte, que aquí es la buena. Aquí lo que se busca es la sombra, no el sol —dice Pedro.

Estamos cerca de la avenida del Puerto, de los muelles, y más allá de la plaza, al otro lado de un pequeño parque, queda el mar. Con las ventanas abiertas nos llega el olor a salitre. Los tres aspiramos el aire.

—Esto es buenísimo para las vías respiratorias...

El piso, recién reformado, tiene una tarima reluciente y un frigorífico grandísimo con dispensador de hielo. Pedro lo enchufa. A renglón seguido pone el aire acondicionado en marcha, mientras la rumana y su hijo exploran las habitaciones.

—Aquí dormís vosotros —dice, abriendo una de las puertas—. Es el cuarto de mis hijos. Hay sábanas en el armario.

A mí me indica la habitación al otro lado del pasillo.

—La de invitados. La cama está hecha. Pero, si quieres, cambia las sábanas. Tienes baño para ti solo. Instalaos, que voy a bajar al supermercado. Después quiero sacaros a dar un paseo por la ciudad.

Sentado en el extremo de la cama, oigo la puerta de la calle abrirse. Los pasos de Pedro bajan por las escaleras. En su habitación, la rumana habla con su hijo. Los dos susurran. Por la ventana abierta, nos llega toda la animación de la plaza de San Juan de Dios. Estoy en Cádiz y no sé qué pinto aquí.

Supongo que si me largué de Madrid fue porque necesitaba espacio y tiempo para reflexionar...

Ahora, ¿en qué pienso?

En nada.

Solo hay confusión en mi cabeza.

Tener mis dosis me permite mantener el ánimo. Pero no hago sino añorar a Ángela. Añoro sus caricias.

Añoro acostarme en la misma cama. Añoro verla meterse en el baño por las mañanas. Oír cómo se ducha...

Añoro asomarme y ver a través de una mampara empañada su cuerpo desnudo. Añoro su estúpida risa, su acento de niña bien madrileña...

Maldita sea, al final va a resultar que estoy encoñado. Y no sé muy bien qué hago con un niño y una fulana, como si fuera esto una puta película japonesa...

Podría llamar a Ángela, pero mi orgullo me lo impide.

Lo único bueno es que, con la heroína, me puedo olvidar a ratos del cáncer. Pero un par de tosidos rasposos me llevan a inclinarme sobre el lavabo y a escupir...

La vista de la sangre es desagradable. Abro el grifo. El agua se lleva mi saliva. El lavabo vuelve a quedar limpio. Pero a mí me asalta un pensamiento súbitamente aterrador...

Acabo de tomar conciencia de que voy a dejar de ser. En un año, como mucho, no existiré...

Una punzada me atraviesa el corazón. Es como una aguja helada. La angustia se hace tan insoportable que a punto estoy de gritar...

Me contengo. Me muerdo los labios.

—No voy a morir... —repito en voz alta, encarado con el espejo.

Los médicos se han equivocado. No tienen ni puta idea. Alguien como yo, sencillamente, no puede desaparecer de un día para otro.

—No voy a morir... No voy a morir nunca.

Me dejo caer en la cama y clavo la vista en el ventilador del techo. Las aspas están paradas pero le doy al interruptor y las miro moverse como si en ellas hubiese algún tipo de mensaje oculto.

A la vuelta del paseo por la avenida del Puerto, ya cayendo la noche, Pedro y yo nos sentamos ante el televisor encendido. Simona ducha al crío. Me he calzado unos vaqueros y unas chanclas con la banderita brasileña que me he comprado junto con tres o cuatro camisetas de manga larga que he cogido al tuntún: la que llevo es de rayas marineras y me recuerda a las de Enrique Sierra en tiempos de Radio Futura. La ropa que traía la he tirado a la basura. Toca hacer tabla rasa.

Pedro se ha puesto otros bermudas que ha encontrado en casa, y también se ha comprado chanclas. En el telediario hablan de la cumbre europea que busca llegar a un acuerdo con Reino Unido para rebajar la tensión. El presidente del Gobierno le da la mano a la premier británica.

—Que les jodan a los ingleses. Ya intentaron tomar Cádiz y no lo consiguieron. Bueno, sí, una vez. Pero les duró la semana. ¿No querían irse de Europa? Pues aire.

—Pero son europeos. ¿No te gustaba tanto Europa?

—Una cosa es Gran Bretaña dentro de Europa y otra fuera. Dentro, ningún problema. Estando fuera... ni hablar. Bastante daño nos han hecho.

La rumana sale del baño en bragas. Una camiseta larga, que le llega a la mitad de muslo, deja al aire unas piernas finas y bonitas. Al poco trastea en la cocina, al otro lado del mueble bar. Mientras ella fríe los filetes, Pedro prepara una ensalada con la lechuga que trajo del supermercado. El olor a carne me produce una ligera náusea. A Nicu, en su cuarto, no se le oye. Yo me tomo mi cerveza sentado a una mesa ya puesta —los platos, vasos, cuatro servilletas de papel, jarra de agua, cesta con pan— en espera de la cena.

—¿Seguro que no la echas de menos?

—¿A Ángela? En absoluto.

—¿Ni siquiera un poquito?

De pronto, suena el telefonillo. Pedro se acerca a la ventana y aparta el visillo.

—Esto sí que no me lo esperaba.

Se va al telefonillo.

—Sube, sí...

Se vuelve hacia mí.

—Es Silvia... Es mi mujer, Simona.

La rumana se precipita a su habitación.

Encima de la vitro, la campana funciona a tope, absorbiendo el humo de los filetes. Pedro abre la ventana. Aun así, todo el apartamento huele a carne. Mientras Pedro se dirige a la puerta, le doy otro trago a mi cerveza Alhambra. Pronto se abre el ascensor y aparece Silvia. Unas gafas de sol en la cabeza le sujetan el pelo. Los pantalones anchos, de un color beish, le disimulan bien las caderas. Lleva un bolsito pijo al hombro y está tremendamente seria.

—¡Hola! —dice, con brusquedad.

—Hola —contesta Pedro con cara de circunstancias—. Pasa.

Silvia se queda en el umbral de la puerta. Me lanza un saludo gélido. Eso sí, la mirada que me dirige no es nada comparada con la que le dirige a la rumana.

—¿No me presentas?

—Sí, perdona... Simona. Silvia, mi mujer.

—Hola —dice Simona, que ya se ha calzado su vaquero lleno de rotos y unas chanclas como las nuestras. Está claro, comparando las posaderas de cuarentaimuchona de Silvia y el cuerpo de la rumana, que no compiten en la misma liga. Una está en su punto álgido. La otra, fuera del mercado.

—¿Cómo has sabido que estabas aquí, Silvia? —pregunta Pedro, que se va recuperando de la impresión.

—Me ha llamado el portero al mediodía. Pero las preguntas las tendría que hacer yo. ¿Qué hace ella en mi casa?

—Es difícil de explicar.

—No me lo parece. Me dices quién es y qué relación tenéis. Es bastante sencillo. Hasta para un cenutrio como tú.

—Ella es rumana y la persiguen unos mafiosos. Como en Madrid no tenía donde estar y solo podía ir a casa de una amiga que vive en la costa, Carlos y yo la hemos traído...

—Soy prostituta, señora.

—Pedro...

—No es lo que piensas, Silvia. Déjame que te explique.

—¿Cómo que no es lo que pienso? ¡Es exactamente lo que me pienso! O sea que esto formaba parte de las vacaciones. Cádiz. Debí imaginármelo. Con este magnífico amigo tuyo que hace veinticinco años que no te llama ni se interesa por ti y que dices se está muriendo. Y os venís los dos unos días con una chica para que os haga todo, la cena y la cama. Servicio íntegro para un par de machirulos ibéricos. ¿Tú cuánto cobras por tus servicios, bonita? Porque es para eso para lo que has sacado dinero esta mañana, ¿verdad? Mira cómo me da la espalda. Esa es la educación que tiene esta gente.

—Simona es una buena chica... —A Pedro le sale su alma de caballero andante—. No es para nada lo que piensas.

—Pedro. Dime por favor que no te has acostado con esa... puta.

—Soy yo quien la he traído, Silvia —digo—. Es cosa mía. Pedro no se ha acostado con ella. Silvia me mira. Luego mira a su marido y se ríe.

—¡Nunca has sabido mentir, Pedro! Es de las cosas que siempre me gustaron de ti. Así que dímelo tú, porque lo que diga Carlos no me vale.

Yo me encojo de hombros y doy otro trago a la cerveza. Menuda mierda de viaje.

—Me he acostado con ella, Silvia. Pero no como cliente. Y no me gusta que la llames puta. Se llama Simona.

—Putas, fulanas, rameras, furcias, buscona. Lo mismo da. ¿Cómo me has podido hacer esto, Pedro? Después de tantos años. Con dos hijos...

—Silvia, yo... Lo siento mucho.

Silvia le cruza la cara. El bofetón es salvaje. Suena como un cañón. La rumana, en la cocina, se sobresalta. Hasta yo me pongo en pie. Me recuerda a la bofetada que me dio Ángela a mí el sábado pasado, solo que con menos clase.

Claro que podía haber sido peor. Le podría haber arreado un bolsazo.

—¡A ti, Carlos, no se te ocurra decir ni una palabra! ¡Es un asunto entre marido y mujer!

—Silvia —dice Pedro—. Te podría denunciar por esto... Yo...

—¡Inténtalo! ¡Que la juez soy yo, bonito! —exclama Silvia, sacando el móvil.

—¿Qué haces?

—Necesito una foto. ¡Nos vemos en los juzgados, Pedro! Ya te puedes ir olvidando de la custodia e ir haciendo acopio de dinero, porque te voy a despellejar vivo. ¡Te vas a enterar de lo que es la justicia española!

Silvia sale al descansillo. Pedro la sigue. Ella se mete en el ascensor pero Pedro mantiene abierta la puerta. En medio de los gritos, Nicu sale de su cuarto con el móvil de su madre con el que sigue jugando. Simona le ordena que vuelva al cuarto.

Fuera, la bronca no amaina. Pedro dice a su mujer que no puede irse así. Le ha impedido largarse. Es una pésima idea porque Silvia vuelve a entrar en el piso.

—¿Sabes lo que te digo? ¡Que tienes razón! ¡No me voy a ir! ¡Estoy en mi casa! Porque este apartamento es mío, y los que se van a ir sois vosotros. ¡Yo me quedo aquí, y vosotros al hotel!

—Silvia, por favor, sé razonable.

—¡Tendrás caradura! ¡Fuera!

—¡Oiga, señora, a mí no me grite! Yo no he hecho nada a su marido que él no haya querido. ¡Yo no obligo a nadie a ir a Marconi a buscar mujeres!

—¡Dios mío! —Silvia se lleva las manos a la cabeza. Se le llenan los ojos de lágrimas—. ¡Fuera de mi vista! ¡Fuera todos!

—Déjanos por lo menos coger nuestras cosas...

—¡Fuera!

En medio del chaparrón de manotazos y empujones, vuestro héroe procura salir con dignidad. A mí, por lo menos, no me atiza. Me siguen la rumana y su chico. Pedro protesta patéticamente.

—¡Lo he hecho por Carlos, que se está muriendo, Silvia! ¡Yo no soy putero! ¡Solo quería acompañarlo unos días y...!

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi vista!

En la plaza hay un bar con zócalo hasta media altura, una buena barra de tapas y la amplia terraza donde desayuna Pedro, cuando viene a Cádiz. El camarero es una maricona melosa. Los clientes, a juzgar por las conversaciones, parece que estuviesen todo el año chirigoteando.

Sentados cerca de la plaza, hemos pedido cazón en adobo y croquetas de bacalao. Los cuatro nos miramos sin saber qué hacer ni qué decir. Hemos asistido a un divorcio exprés donde no ha faltado ni el juez. Pedro parece muy afectado, aunque esta vez no me echa la culpa. A nuestro alrededor, la gente se ríe. El ambiente no puede contrastar más con nuestro estado de ánimo.

—Tenía que haberlo previsto. Pero no es culpa tuya, Simona. No tienes que disculparte por nada. Lo has dicho arriba. Tú no me has obligado. Soy el único responsable.

A Pedro se le rompe la voz. Su cerda le coge la mano. Va a ser verdad que se han enamorado. Aunque caiga la noche, llevo puestas las gafas de sol. Eso esconde mis pupilas dilatadas. Nicu juega otra vez con el móvil. Al cabo de un rato, pasa delante un coche de policía que da la vuelta a la plaza y se para detrás de la parada de taxis.

—¿Dónde van esos?

El zeta se detiene justo a la altura de la calle Plocia. Tiene los intermitentes puestos. Del interior salen dos agentes uniformados que se acercan al segundo portal. Los dos con porra y pistola al cinto, botas negras, visera. Todos estamos hipnotizado por la escena. De dentro del edificio sale el conserje primero y a continuación Silvia que, con un par de bolsas negras de basura llenas en la mano, les habla muy tranquilamente.

—Está señalando hacia aquí.

—Nicu, termina la cocacola —dice Simona.

—Simona. Haz el favor de tranquilizarte.

—¡Cómo me voy a tranquilisar! ¡No tengo papeles, no tengo nada, y tu mujer nos acaba de denunciar! ¡Ella sí que es una puta! ¡Seguro que lo que ha tirado a la basura es nuestra ropa! ¡Mira, la cabrona, cómo disfruta!

—No te metas con Silvia. Acaba de descubrir que la estoy engañando contigo. Es normal que esté dolida —dice Pedro.

Yo por esta vez estoy totalmente de acuerdo con la muchachita del Este.

—Simona tiene razón. Hay que irse.

—Id yendo vosotros. Voy a pagar.

—Déjalo, no hay tiempo —digo, viendo que el camarero se mete en la cocina.

Los cuatro aprovechamos para apresurarnos calle abajo.

Las chanclas a la hora de correr no ayudan pero para cuando los policías cruzan la plaza ya estamos en el estacionamiento subterráneo. Pedro paga en el cajero automático. Yo toso según me meto en el Audi: me duelen otra vez los pulmones.

Callejeando para abandonar Cádiz, Pedro mira cada poco por el retrovisor. Cuando comprueba que no nos sigue nadie, observa que es posible que no nos hayan llegado a ver. A fin de cuentas oscurecía.

—¿Ahora dónde vamos? Sin ropa. Sin nada —se lamenta Simona.

—A casa de tu amiga. Tienes que quedarte en algún lugar mientras yo arreglo las cosas, en lo posible, con Silvia. Llámala. A lo mejor Vasile no ha pasado. Carlos, déjale el móvil.

A mí no me parece plausible. Pero para mi sorpresa, cuando la loba consigue hablar con su amiga, ella le jura que no ha pasado por su hostel nadie. Un momentito, dice tapando el móvil. Mete la cabeza entre los asientos.

—Mi amiga dise que no ha llamado Vasile, que allí no ha pasado nadie, ¿qué hasemos?

—¿Tú confías en ella?

—Nunca me ha mentido.

—Entonces, vamos.

Otra vez cruzamos el puente sobre la bahía. Ya es de noche. Después de circular un rato en dirección a Sevilla, Pedro se echa a un lado en la única área de servicio que encontramos. Lo hemos discutido por el camino. En cualquier sitio nos pedirán el documento de identidad.

—A lo mejor estamos siendo paranoicos. ¿Por qué nos va a buscar la policía? ¿Creéis que nos ha denunciado Silvia? Los agentes han llegado demasiado pronto...

—Ha sido Vasile —dice la rumana—. Él tiene papeles y es padre de Nicu. Él me lo dijo. Siempre amenasaba. Si te vas, te vas sin hijo. La ley española no permite sin mi permiso. Yo tengo papeles y tú no. Ha sido él. Ha sido Vasile.

—Eso por lo menos tiene sentido. Pero ¿cómo ha podido saber esta vez dónde encontrarnos? —murmura Pedro, ya reclinando el asiento.

La rumana se acurruca detrás, junto a su hijo. Nicu duerme desde hace un rato.

Antes de echarnos, salgo fuera con un poco de papel de aluminio para hacerme un último chino y poder sobar.

¡Qué bonita me parece la luna llena, por encima del horizonte! ¡Es una pelota redonda en medio de un cielo jalonado de estrellas!

Parece mentira. Pese a todo, estoy disfrutando de este viaje. Por primera vez en mi vida tengo los sentidos abiertos.

Cada día que pasa soy más consciente de lo precioso que es el tiempo que me queda y tengo momentos de auténtico anhelo, un anhelo que va hasta el quejío...

Por suerte, la angustia sé cómo controlarla.

Me estoy acordando de cierto famoso aforista germano. Cuando le preguntaron qué había ido a hacer a Inglaterra, contestó con una butade:

—Aprender alemán.

La diferencia es espejo de identidad. Todos nos buscamos en los demás. Todos procuramos escarmentar en cabezas ajenas. Todos perseguimos el conocimiento de lo que somos a base de compararnos continuamente con quienes nos rodean, vivos y muertos, puesto que todos son ejemplo de algo que llevamos dentro. Nada humano me es ajeno, ¿verdad?

Con el viaje pasa igual.

Cuando uno viaja, lo que hace es reconocer la propia tierra. En uno de sus libros, Calvino imagina un diálogo entre Marco Polo y el Gran Kan. El Kan, intrigado, le ruega que describa las ciudades que ha visitado en sus viajes. Marco Polo, cual Sherezade del turismo, va encandilando al emperador hasta que este comprende que falta lo esencial.

—No habéis hablado aún de vuestra ciudad.

—Sí lo he hecho. Venecia está en cada una de las ciudades que os he descrito. Venecia es la suma de todas ellas.

Eso es una paradoja que todo viajero comprende enseguida: que uno nunca abandona a lo largo del viaje la realidad que pretende dejar atrás. La llevamos grabada en la retina.

El viaje es un continuo contrastar con el paisaje natal. Y por ello cabe preguntarse ¿por qué moverse, si al final vamos a encontrarnos con lo mismo? ¿Qué sentido tiene viajar?

Lo cierto es que ninguno.

Lo que comprendemos al final es que, por muy cosmopolitas que nos pensemos, las personas no somos plantas, pero tenemos un cuerpo hecho a un clima y a una alimentación además de un cerebro hecho a un idioma y una cultura.

Yo en Madrid puedo tapear a cualquier hora del día. Sin embargo, cuando tengo que viajar por motivos de trabajo, nada más cruzar la frontera y cambiar de dieta, empiezo a sentir molestias. Y mientras que me encuentro como pez en el agua en este aire seco y contaminado, basta con trasladarme a París a orillas del Sena, o a Londres, para que los resfriados no me abandonen.

Por eso, lo confieso, nunca me ha gustado moverme de Madrid y sus bares.

El corazón es nacionalista y tiende al totalitarismo. La cabeza es siempre liberal.

CAPÍTULO DÉCIMO

PUNTA UMBRÍA

«Chispas verdes explotan detrás de sus ojos. Un dulce dolor de muelas se dispara en el cuello, recorre la columna vertebral, llega hasta la ingle. Su cuerpo entero se escurre a través de la pija. Un espasmo final lanza un gran chorro de esperma como una estrella fugaz a través de la pantalla roja...».

William BURROUGHS,
El almuerzo desnudo

VIERNES 29 DE JUNIO. 10.37 HORAS

—No me digas que es la primera vez que ves el mar. No me lo puedo creer.

—En Rumanía vengo de un pueblo de montaña. En España solo conozco Madrid.

—Pues aprovecha. Esta es una de las mejores playas. O por lo menos lo fue. Hace unos años estaba rodeada de pinares. Era casi salvaje.

A Punta Umbría se llega desde la avenida del Océano, que corre paralela a ella a través de pequeñas calles perpendiculares. La primera línea está invadida de bares y restaurantes. Los chiringuitos proliferan en la misma arena. Hoy es una de las playas más urbanizadas de Huelva.

—Nicu, ven que te voy a echar crema. ¿Me la pasas?

—Toma.

Termino de untarme y le paso el bote de Isdín que hemos comprado en una farmacia por el camino. Nicu se quita la camiseta y se pone de espaldas a su madre. Tiene piel morena de niño callejero y no parece que le haga falta. Pero la madre insiste.

Hemos dejado la ropa en la arena junto a la toalla. Nos hemos acercado, en ropa interior, hasta la orilla. Pedro y yo en bóxer, Nicu en calzoncillos de un color azul claro cantoso, Simona con una braguita negra tipo tanga.

Más allá, por la línea del horizonte, se ven a lo lejos, empequeñecidos por la distancia, algunos barcos costeano el litoral.

Todavía hay poca gente a estas horas. Un jubilado da su paseo al borde del agua. La mitad de las sombrillas y tumbonas siguen desocupadas. El chiringuito más próximo está vacío. El socorrista permanece en su silla en lo alto de una torre de vigilancia coronada por una bandera verde.

A estas horas la arena no quema, aunque está caliente. Nuestros pies desnudos se hunden en ella. La sensación es agradable. Corre una brisa ligera que resulta vivificante: es como si se nos abrieran todos los poros de la piel.

Simona tiene una mariposa tatuada en el omoplato y perlas bien formadas, tirando a imponentes. La verdad es que cuesta no mirarlas. A Pedro, a ratos, se le escapa el ojo. Él y yo ya estamos casi en la cincuentena, pero Pedro va mucho a la piscina y tiene cuerpo lampiño de vikingo nórdico. Pese a la tripilla, todavía puede descamisarse. Yo en cambio estoy escuálido. He dejado de ir al gimnasio demasiados meses. Pero ¿acaso importa?

Que no quede más que el pellejo. Eso decía Paco Umbral cuando salió, con sesenta años, desnudo en la portada de un conocido semanario cultural. Sujetando una máquina de escribir que le cubría las partes. Con cuerpo lechoso y poco trabajado. Entonces, como todos los autores de mi agencia, me reí de él.

—Venga, hay que probar el agua.

—A mí no me apetece demasiado.

—Tú te bañas. Como todos los demás —dice Pedro.

Pedro y Simona son los primeros en entrar. Yo lo hago con cuidado. Me doy cuenta de que tengo el brazo lleno de moretones de la carnicería del camello de Nixon y que conviene dejar en barbecho la zona. Anoche me pinché en la pierna. El agua está fría. Hay poco oleaje para ser el Atlántico. Aun así, cuesta entrar.

—¡No seas mariquita, Carlos!

—¡No salpiques, que me salgo!

Pedro se acerca a Simona, que sale huyendo. Entonces se va hacia Nicu.

—Venga, una carrera. ¿Te atreves?

Ambos corren hacia la orilla, dan una decena de pasos, saltan por encima de las olitas. Poco a poco el agua se va haciendo profunda y, cuando se caen, cubre sus risas.

—Está fría —dice Simona.

A mí el agua sobre mi piel me resulta más bien molesta. Pero hoy, como he tenido mi buena dosis, los dolores se han calmado, y procuro disfrutar.

—¡Venga, Carlos! ¡Métete, cojones!

—Voy poquito a poquito...

Nicu chapotea. Se acerca entre risas a su madre que por fin se tira al agua y brucea con torpeza. Se ve que no sabe nadar. Pero aquí no hay peligro. Pedro se queda a mi lado. Yo me tiro contra una ola. Me pongo en pie con un escalofrío y noto el sol sobre mi cuerpo reluciente, como aceitado. Me tiro al agua y braceo. Pedro juega con las olas.

—¿Sabes por qué me gusta tanto el mar? —dice—. Porque esta agua te tonifica. Te hace sentir vivo.

El comentario ha sido poco afortunado.

—Lo siento, Carlos...

—No hace falta que te disculpes todo el rato —digo—. Pero tienes razón. Esta posiblemente será de las últimas veces que vea el mar.

De repente, es como si Pedro me viera por primera vez. Murmura que, si quiero, se queda unos días más.

—Hablaré con Juan, mi segundo de a bordo. Él puede hacerse cargo de todo.

Cuando salimos del agua, Simona y Nicu se echan en una tumbona, al sol. Yo me coloco un poco más allá, bajo la sombrilla. Me vuelvo a poner la camiseta de manga larga. La misma con rayas marineras de ayer. Las otras quedaron en el piso de Cádiz. Pero me voy acostumbrando a llevar la misma ropa dos y tres días.

Pedro coge el móvil de Simona y hace una llamada delante de mí. Le oigo decir que serán solo unos días, una cuestión personal.

—No hagas caso de lo que diga Silvia, que ya lo arreglaré a mi vuelta. El martes o el miércoles. Toma todas las decisiones que te parezcan pertinentes... Sí, encarga la pintura. Habla con el almacén. Muchas gracias...

Pedro me mira.

—Hecho.

—Pues esto hay que celebrarlo. Es viernes y un viernes hay que salir sí o sí.

—Joder, ¿no te vendría mejor un poco de tranquilidad? ¿Por qué no vamos primero al hostel de la amiga de Simona?

—Vale, pero solo para soltar al crío.

—Y también habrá que comprarse otra vez ropa.

Al final nos quedamos en una discoteca en Punta Umbría, por no ir a Huelva. Es una discoteca que apuesta por lo retro. En mitad de la pista de baile hay una bola plateada como las que estaban de moda en los ochenta y suena música de baile noventera. ¡EN NUESTRA ÉPOCA SE DECÍA CHUNTA CHUNTA!, me grita Pedro al oído. Yo doy un trago a mi güiscola y cabeceo. Es mi segunda copa. Pedro y Simona siguen con la primera. Pedro, güisqui a palo seco; ella, Fanta de naranja. Ahora mismo no dejan de hacerse carantoñas. Pedro cada poco le dice algo al oído. Le besuquea el cuello, muy acaramelado.

De vez en cuando, para que vea que me tiene en cuenta, me grita una banalidad que ni escucho. Es igual. Nos hemos metido una raya en el baño con la coca que he pillado a un tipo que tenía pinta de díler y lo era: al cabo de los años se adquiere instinto para esto. Le hemos comprado un par de gramos. Eso explica la euforia actual.

Siempre me ha gustado la noche. Es el momento en el que, una vez deshechos los vínculos con el mundo y liberado de compromisos, puedes ser tú mismo. No hay ni que pensar. Basta con respirar hondo y todo se vuelve tolerable. La música, las luces y el alcohol ayudan a que la imaginación difumine los contornos y a poco que te dejes llevar, se desdibujan las cosas. El mundo se hace brumoso y sugerente.

—ESTO YO NO LO HACÍA DESDE LOS VEINTE AÑOS. NO SABES HACE CUANTÍSIMO QUE NO SALGO —dice Pedro.

Con el corazón a cien y en pleno subidón de farlopa, todo parece hermoso. Además, nos ha dado el sol. Los dos llevamos vaqueros y camiseta y las mismas chanclas con la banderita brasileña. La rumana también las lleva, aunque sus pies son más bonitos. Le quedan bien las uñas pintadas de negro y esa tobillera de colorines, un tanto jipi, que le ha comprado Pedro. Ahora mismo no desentonamos con cualquiera de los guiris presentes.

Yo me divierto observando la fauna. Este siempre fue mi mundo: los bares, las discotecas. ¡Cuánto he disfrutado viendo mujeres moverse al son la música! Justo ahora, la luz blanca intermitente hace que los cuerpos aparezcan y desaparezcan espasmódicamente. El efecto combinado de luz y sonido sobre una hembra, a poco que tenga sentido del ritmo, es maravilloso. Hay varias aquí. Es pronto, pero empieza a haberlas.

—¿HAS VISTO LA PIBA DE AHÍ? ¡TE ESTÁ MIRANDO!

Se refiere a una pelirroja con faldita ajustada. Un body le ciñe el cuerpo bronceado. Lleva el pelo suelto por encima de los hombros. Es una de las reinonas de esta noche y nuestras miradas le rinden pleitesía. Menudo ojo, preciosa, pienso al ver que, efectivamente, vuelve la cabeza en nuestra dirección. Mientras baila con un grupo de treintañeras igual de achispadas, se le acercan un par de tipos que parecen británicos. Los dos con la piel acangrejada por el sol. El pantalón corto les deja al aire unas piernas poco musculadas para los tiempos que corren. La pelirroja niega con la cabeza y según se alejan los guiris, con sus botellines de cerveza a cuestas, me vuelve a mirar y esta vez no retraso más el asunto.

—¿CÓMO TE LLAMAS?

—JANE.

—¿INGLESA?

—NON, FRANÇAISE. MON PÈRE ÉTAIT FAN DE GAINSBOURG.

Me contengo para no hacer una broma de mal gusto. Es curioso: sé que esto no va a ninguna parte, pero insisto. Le pregunto de dónde viene, qué hace en España. Sus amigas le dicen algo al oído: quieren que baile con ellas. Mi gabachita las deja y mueve ligeramente las caderas mientras me escucha. Los dos ingleses, no lejos, me miran con mal ojo y eso me anima. A mi edad, cabrones, todavía puedo conseguirlo.

—JE PEUX T'OFFRIR UN VERRE?

Ella no tiene copa. A mí se me ha acabado.

—AVEC PLAISIR —dice.

Los ingleses contemplan perplejos cómo me sigue a la barra. Es lo que dan muchas horas de vuelo. De joven no funcionaba siempre. Pero con la edad sé escoger pertinentemente a la chica que conviene, la que está abierta a la experiencia.

Una vez localizada, la mitad de la partida está ganada.

—MIS AMIGOS. SIMONA, PEDRO...

—SALUT!

Le pregunto qué quiere beber. Dice que cerveza. Pido para mí un segundo Jotabé con cocacola. Pregunto de dónde es. De Burdeos. ¿Qué haces aquí? De vacaciones con un grupo de amigas. Todo en francés. Sus amigas no nos quitan el ojo de encima. Eso también forma parte del juego. Es la primera que liga y aprovechará para darles envidia. Le pregunto si le gusta España.

—SI! SAUF QUAND ILS JOUENT AU FOOT CONTRE LA FRANCE.

Yo sonrío. El putó fútbol. Me doy cuenta de que uno de los británicos que le entró a esta chica luce la camiseta de la selección inglesa. Hay otro tipo no muy lejos con la zamarra albiceleste. Yo intento seguir la conversación, pero mi francés no es estupendo y con los decibelios es complicado. Aun así es suficiente para establecer un contacto visual prolongado y perderme en unos ojos claros sutilmente delineados y con cejas delicadas. Me gustan esas pecas sueltas en torno a la naricita.

Ahora corresponde meter la directa. Me acerco a decirle algo al oído y, sin más, comienzo a besarla en el cuello. Ella da un respingo: no se lo esperaba. Pero mirando por el rabillo del ojo comprende que le regalo un momento de estrellato con sus amigas y suelta su botellín. Yo voy subiendo por el cuello hasta alcanzar la boca...

Tras un momento de duda, me devuelve el beso.

Unos instantes después nos morreamos delante de todos. Pedro y Simona también se dan el lote. Yo disfruto de las miradas que me dirigen los británicos. La chica tiene un sabor de boca agradable. Su perfume mezcla bien con el güisqui y la música de baile. El corazón está bombeando, gracias a la coca. Aunque sé que no se me pondrá dura, tampoco culminar es algo que me importe justo ahora.

—T'ES VRAIMENT JOLIE...

Le acaricio la mejilla con ternura. Ella sonrío. Es difícil no rendirse a esa sonrisa. Pese a que casi no me entiende, se me lanza al cuello. Me da un beso con lengua. Me pasa la mano por la nuca y se activa tremendamente. Me cuesta respirar, pero me dejo llevar y seguimos un buen rato. Al cabo, sus amigas vienen a decirle algo y se enfrascan en una conversación rápida de la que entiendo poco.

—IL FAUT QUE JE PARTE. JE PEUX TE DONNER MON NUMERO DE PORTABLE?

—BIEN SÛR!

Le cojo a Pedro el móvil. La pelirroja me da su número a voces, un dígito tras otro. Yo escribo su nombre, pruebo la llamada. Ella sonrío al constatar que su móvil se enciende y teclea el nombre que le doy.

—¿PEDRO?

—ESO.

—JE T'APPELLERAI!

Cuando le devuelvo el aparato a Pedro, le grito al oído:
—¡AHÍ TIENES TU SEGUNDA PUTA!

Al salir son las tres de la mañana. El sitio sigue animado. Debe de ser una de las pocas discotecas de la zona. Hay una cola larga esperando para entrar. Nosotros nos tenemos que ir porque Simona no quiere que Nicu se despierte solo. Sigue temiendo que aparezca Vasile.

—¡PERO SI ESTÁ EN EL HOSTAL! ¡CON TU AMIGA!

Los tres estamos borrachos. Nos tambaleamos hasta el Audi, en el estacionamiento de la discoteca. Antes de arrancar le propongo a Pedro hacer un trío. Se lo grito como si estuviéramos dentro oyendo la música.

—No, Carlos.

Eso me irrita.

—¿QUÉ PASA, QUE SIENDO UNA PUTA ME VAIS A SALIR CON COMPLEJITOS?

—Simona no quiere. Eso es todo, Carlos.

De repente me entra el bajón. Mi tono es desagradable, pero Pedro me lo pasa por alto.

—Tú no estás bien... Y baja la voz, que ya no estamos con la música.

—¡ESTOY PERFECTAMENTE! ¡Y NO BAJO LA VOZ PORQUE NO ME SALE DE LA PUNTA DEL NABO!

—Además, con el moco que llevas ni se te levantaría...

Eso es verdad. Por eso me ofende.

—¡TÚ ERES TONTO Y ELLA ES UNA PUTA!

—¡Carlos! ¡Ahí ya sí que te has pasado! ¡No te permito que insultes a Simona! No quiero volver a oír esa palabra en tu boca. A lo mejor no la han educado en un colegio de monjas, pero es una chica tan respetable como cualquiera. —Simona, en el asiento trasero, sigue dolida—. No se lo tomes en cuenta, Simona. Está borracho.

—Tú eres tonto... y ella es una puta —digo, bajando ahora sí el tono—. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque yo le pagué para que se acostase contigo.

—Pero qué dices. No me seas hijoputa.

—¡Que le pagué para que se acostara contigo en el hotelucho junto a la gasolinera! ¿Es eso cierto o no, Simona?

—No...

—¡Hombre que no! Tan cierto como que me llamo Carlos y me estoy muriendo. ¡Joder!

Simona se echa a llorar. Yo digo bah. Salgo del Audi.

—¡Me vuelvo andando al hostel! ¡Tenéis demasiado de que hablar!

Y me alejo con paso vacilante por la avenida del Océano. Necesito despejarme. Mientras camino, toso. Me apoyo con una mano en el muro del edificio. Pronto veo manchas de sangre sobre la acera.

Cuando pasa una pareja de aborígenes, el chico me pregunta si estoy bien. Ella le dice algo por lo bajo, y a mí me da por ponerme desagradable.

—Igual estoy borracho. Pero se me pasará. En cambio vosotros seguiréis siendo igual de

subnormales mañana y toda vuestra puta vida. ¿Qué pasa, queréis mi foto?

Desde el mes de mayo, los medios se han tirado semanas enteras debatiendo la repercusión del sesentaiocho francés.

Se ha hablado de gente como Glucksmann, cabezas del movimiento estudiantil que hoy votan alegremente al liberal Macron. Quitando a Sartre, que era mayor, y a Allthuser, que estaba loco, los demás viraron a la derecha.

El caso de Cohn-Bendit es caso aparte. Dani el Rojo ha sido un caso aparte en casi todo.

Lo cierto es que es algo típicamente no sé si francés o parisino el considerarse siempre epicentro del mundo.

Quiero decir que en realidad el epicentro del movimiento sesentaiochista no fue el mayo francés sino la protesta americana contra el Vietnam. Ese fue el auténtico arranque del movimiento pacifista, del hagamos el amor, no la guerra, que empezó con las protestas universitarias durante el sesentaicuatro y culminó con el greñudo Wudstock al año de los tumultos parisinos.

Las baladas folk de Bob Dylan prepararon el fango en el que retozaron medio millón de personas, mientras sobre el escenario Jendrix tocaba el himno norteamericano y un pletórico You Cocker berreaba. Eso y la protesta contra la guerra del Vietnam y no Cohn-Bendit y su banda de estudiantes fantasiosos. La playa que apareció bajo los adoquines era el fango roquero del estado de Nueva York.

Desde luego que el sesentaiocho fue la revuelta social más espectacular que había sufrido la Francia de posguerra. Y cogió a la vieja guardia desprevenida.

El general que regía el país, tras su sospechosa desaparición, se vio obligado a dimitir. El ministro de Cultura, con tino de artista, le explicó a sus colaboradores que aquello no era una revolución, porque las revoluciones no se hacen con imaginación sino con organización y armas.

—Esto parece más bien el ensayo general para una película —dijo.

Y tenía razón: fue una revolución de cinéfilos. La revolución de Godard.

Tampoco la izquierda clásica supo valorar lo que sucedía. Maoístas y comunistas se incorporaron tarde a la protesta. Todos procuraron apartar del foco a los estudiantes.

La huelga en la Renol fue ya una reivindicación comunista en toda regla, alejada del folclorismo del Barrio Latino, con sus barricadas y sus pintadas imaginativas.

Pero volvamos a París y a esa capacidad tan francesa de vender sus productos.

Acostumbrados como estamos a entender que Francia es el país de los derechos humanos y la segunda patria de cualquier progresista, sorprende, echando un vistazo a su historia constitucional, constatar que la gran mayoría de sus cartas magnas son de derechas y las progresistas excepción, por no decir intervalos contados, meros paréntesis.

Eso no impide que Francia se reivindique como cuna intelectual del mundo democrático contemporáneo cuando, si miramos de cerca, los grandes genios políticos que sacudieron la historia contemporánea fueron dos ingleses, el autor de *Leviatán* y Locke, y los hechos

significativos los que se produjeron en el siglo Diecisiete en Inglaterra.

Ellos fueron quienes primero cortaron la cabeza a un rey y sentaron las bases intelectuales para lo que sucedió a continuación en Francia. En Inglaterra se forjaron esas ideas revolucionarias que Montesquieu y los ilustrados sistematizaron y propagaron.

Francia siempre ha tenido un talento excepcional para realzar sus bellezas y esconder defectos. Es una gran potencia, invitada de piedra en Yalta, que desde que Bismarck la derrotara en milochocientossetenta se hartó de perder guerras. La humillante rendición de la Segunda Guerra Mundial, su antisemitismo, su sucia guerra de Algeria, la tardía supresión de la guillotina, del voto de las mujeres; todo se esconde tras el aura brillante y versallesco que presenta al mundo.

Es cierto que es la cultura más refinada de Europa, empezando por su gastronomía, incuestionablemente la primera del mundo: al César lo que es del César, estamos ante el Japón de Europa. Y desde luego el nivel alcanzado por sus artistas en las letras es sideral.

Pero la predominancia política que parece tener en el mundo democrático es un bluf consentido, quizás con excesiva benevolencia, por unos Estados Unidos que, con tal de molestar a Inglaterra, son capaces de echarse en brazos de cualquiera. Y París, como bien sabemos, siempre fue una ciudad hermosa...

Hace tiempo que entendí que quien se opone a la realidad acaba deformado por ella. Por eso es preferible ignorarla.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

RESACÓN EN HUELVA

«Que no me tiembla la mano si tengo que empuñar un micro / y poneros de mierda y de grasa hasta el puto culo...».

VIOLADORES DEL VERSO,
Máximo exponente

SÁBADO 30 DE JUNIO. 12.30 HORAS

Despierto bocabajo en mi cama. No sé cómo regresé anoche al hostel. Tampoco sé qué hora es.

Me pongo en pie, me restriego la cara. Estoy en calzoncillos. Veo el vaquero y la camiseta a rayas tirados por el suelo. Como cuando tenía veinte años. La idea me hace sonreír.

Me he despertado sin recordar quién soy ni dónde estoy, ligerito de ánimo. Pero en cuestión de segundos todo me vuelve.

Toso un buen rato, notando que el aire al salir quema mis bronquios enfermos. Cada vez me cuesta más respirar...

Mi organismo se despereza y, con él, los dolores en diferentes partes del cuerpo. En los gemelos, que se me cargan. En los abdominales, de tanto toser. Hasta la espalda, las cervicales...

Los temblores anuncian que es momento de mi dosis.

La vida del adicto es sencilla: hay un único mandato que no puedes desobedecer. Después de mear con dificultad —¡qué densa y amarilla sale mi orina!— y descargar el vientre estreñado, saco mi estuche con la jeringuilla y la goma.

Pronto, como de costumbre, la angustia y el malestar desaparecen. Dormito un rato y cuando ya mis nervios se apaciguan, me incorporo, me pongo mis gafas de sol, y estoy listo para abandonar la habitación. Mi camiseta apesta. Pero no me apetece comprar otra.

Bajo por las escaleras.

Este es el hostel que regenta la amiga de Simona. Una rumana con la que coincidió cuando vino a España y que tras un periplo parecido al suyo consiguió escaparse del club y se vino a Huelva, donde se casó. Su marido es un andaluz con pelo escaso y ojos sorprendentemente azules que destacan por encima de su barbita cuidada. Tiene maneras de señorito sevillano pero con un ceceo caurro que demuestra que es de pueblo. Los sevillanos de ciudad no tienen ese acento. Y en el trabajo lleva un chaleco gris por encima de la camisa blanca que le presta cierta elegancia.

—¿Haz dormío bien? ¿Cómo eztáh?

—Bien, gracias.

Hay un comedor separado de la recepción por una cristalera, y tres o cuatro mesas fuera. Un par de parejas de guiris se toman una cocacola. Alguno ya come. Me sienta a la mesa con Nicu.

—¿Tu madre y Pedro no han bajado?

Nicu tiene delante un vaso de leche. En la mesa de autoservicio quedan algunos restos del desayuno. Me sirvo un zumo de naranja. Miro con desagrado unas rebanadas de pan junto a la tostadora y los tarros de tomate triturado para el pan tumaca.

—Como vi que os levantabais tarde, os he dejado alguna cosa del desayuno —dice la amiga de Simona, que tiene, sorprendentemente, un buen castellano.

—No hace falta. No tengo apetito.

La muchacha es alta. De piel doradita y rasgos agradables. Lo único que delata su pasado, si

acaso, es una cicatriz que le cruza la mejilla. Desde que la conozco, me retengo para no ser impertinente. Pero en cuanto pueda la voy a interrogar. Debe de tener su historia mega lumpen.

Pese a que no se cuida y a que ha perdido parte del atractivo que pudo tener en su día, en otro momento le tiraría los tejos. Ahora mismo ni me apetece.

—¿Pedro y Simona siguen arriba?

—Sí, llegaron también tarde. Parece que os lo pasasteis bien.

Sonríó sin ganas y me encaro con Nicu. El chaval se aburre como una ostra.

—¿Sabes una cosa, Nicu? Nos vamos a dar una vuelta. Vi ayer, según pasábamos por Huelva, que había una feria con autos de choque. ¿Te apetece?

Nicu asiente y me lo llevo conmigo.

—¿Dónde vais? —dice la amiga de Simona.

—Diles a Pedro y a tu amiga que volvemos a la hora de comer.

Según nos alejamos, le pregunto a Nicu qué le gustaría ser de mayor.

—Futbolista. Como Isco.

—¿Y además de futbolista?

—Astronauta. O famoso.

—Cuando dices eso, ¿tu madre qué dice?

—Que tengo que estudiar.

—¿Y estudias?

—No, porque para ser famoso no hace falta estudiar.

—¿Qué tipo de famoso serías?

—Como Mario Vaquerizo.

—Ese al menos sabe música, ¿no?

—Él dice que no sabe tocar ni cantar, que no hace falta.

—Pero se viste, es glamuroso. Hasta para eso hay que trabajar.

Me está saliendo la vena paternalista y Nicu se encoge de hombros.

Yo ya hablo por hablar, con una pereza mental absoluta.

A estas horas, en los autos de choque hay poca gente. La música de Chimo Bayo es como un mazazo en la cabeza. UNO, QUE NO PARE NINGUNA... DOS, NOS MOVEMOS LOS DOS... TRES, LO MISMO PERO AL REVÉS. Oyéndolo, pienso que la ruta del bakalao, hoy tan denostada, fue de las cosas más positivas que le pasó a Valencia. Hasta entonces, la gente trabajaba y no sabía para qué. A partir de un momento la gente trabajaba durante la semana para poder drogarse hasta las cejas de jueves a domingo. NUEVE, ESTO NO SE MUEVE... Y DIEZ...

Mientras sigue sonando el tema, Nicu y yo nos subimos cada cual a un coche.

—¡Toma!

Cada vez que chocamos, nos ponemos en pie para coger impulso y colisionar con más fuerza. Nicu, que al principio lo hace tímidamente, enseguida le coge el truco. El chaval pillá todo lo que tiene que ver con la golfería a la primera. Intuyo que va a prosperar. VENTE Y VAMOS DE BARETA CON LA TÍA ENRIQUETA QUE PER FAVARETA MONTA EN...

—¡Toma!

El que lleva la atracción es un gitano gordo aposentado en una cabina a un lado de la pista, que no nos presta mucha atención. A ratos se hurga la oreja con el dedo meñique y a ratos bosteza mientras sus únicos clientes nos entretenemos buscándonos para chocarnos una y otra vez.

Ya deja de cantar Chimo Bayo.

Cuando suena la bocina, salimos de los coches. En ese momento aparecen un par de niñas pintarrajeadas. Las macarrillas se montan en dos autos de los alineados en batería en el lateral. Podríamos jugar a chocarnos con ellas. Pero es lo que tienen los autos de choque: uno choca con amigos, no con desconocidos. Nicu y yo nos sentimos invadidos por las recién llegadas.

—Mira qué petardas —dice Nicu.

—¿Quieres que volvamos a montar?

Como no le siento motivado, me lo llevo a la caseta del tiro al blanco. Eso me hace pensar en un vídeo de Yung Bif y Cecilio Ce, dos traperos descerebrados que han adquirido popularidad entre los chavales, en el que se les ve en una feria haciendo el mono con las escopetas. Ahí afinó yo más que Nicu. Pero está claro que hoy no es mi día.

—Va a ser verdad lo que se dice de las escopetas de feria... Vamos a comer a esa hamburguesería. Y si quieres, después te llevo a ver una película. A ver si hay alguna de dibujos animados —digo.

Cuando entramos en el recibidor del hostel, el marido andaluz de la rumana pone una mueca.

—Oz ha ehtao buhcando Zimona. Zerá mejor que zubah a ver a tu madre, Nicu.

Y se vuelve hacia las escaleras. Por ahí aparece Simona, en lo alto, hecha una furia. Lleva el vaquero raído que traía pero cortado a la altura de los muslos y la camiseta se la ha debido de dejar su amiga porque no es de su talla. Está sexy entre otras cosas porque tiene los pies bonitos. Lo de llevar el pie desnudo es las más de las veces, en términos eróticos, devastador. Pero la rumana, en esto, es excepción. Cuando tuve ocasión debí follármela.

—¿Dónde te lo has llevado?

—A los autos de choque. Luego hemos tomado una hamburguesa. Nos hemos metido en un cine. Le he invitado yo.

—Me lo he pasado muy bien, mamá.

—¡Tú vete arriba a la habitación! ¡Espérame allí!

Nicu busca mi asentimiento y se lo doy. Me alegro de tener las gafas puestas. Simona se contiene el tiempo que tarda Nicu en desaparecer. Luego vuelve a la carga.

—¡Es mi hijo! ¡No puedes llevártelo sin decir nada, sin tener siquiera móvil para llamar! Yo he pasado mucho miedo. ¿Y si aparese Vasile? ¿Y si él o alguno de sus amigos os ve?

—Simona, solo nos hemos dado una vuelta aprovechando que es sábado.

—¡No lo puedes haser sin mi permiso!

Pedro aparece detrás de Simona. Él ya hace un par de días que vive medio despelotado como los guiris. Soy el único que todavía no me descubro las piernas. Yo sigo con mis camisetas de manga larga.

—Simona tiene razón. El niño no es tuyo. Lo mínimo, si te lo llevas, es que digas adónde vas.

—Mirad, parejita, ya hace tiempo que acabé la Egebé. A mí no me grita nadie.

Simona menea la cabeza. Está cada vez más molesta. Y Pedro se le junta.

—Entiéndelo, Carlos. ¿Qué es lo que pasaría si te encuentras con los rumanos?

—Les pego cuatro hostias, y fuera. Lo mismo que hiciste tú.

—Claro, no hay más que mirarte. Es que que tú siempre has sido Brus Li, perdona.

—Igual no soy Brus Li. Pero todavía puedo defenderme si hace falta.

—En tu estado, me temo que no.

Eso no tendría que afectarme pero me afecta. Nunca es agradable que te traten como si fueses una especie de inválido.

—Hemos estado a punto de llamar a la policía, Carlos.

—Ezo eh verdá —remacha el aborigen, que nos escucha sin perder detalle.

—Tú no te metas. Nadie te ha dado vela en este entierro.

El seudosevillano hace gesto como de lavarse las manos y nos da la espalda. Nos deja a lo nuestro.

—Veo que habéis arreglado vuestro desencuentro —digo, encarándome con la pareja de

tortolitos.

—Ahórrate el sarcasmo. Simona y yo hemos hablado y estamos de acuerdo. Te guste o no, estamos enamorados y creemos en esta relación. Pensamos que es más que un flechazo y estamos dispuestos a darnos una oportunidad. Queremos ver hasta dónde llega todo —dice Pedro. Y le coge la mano a su chica.

Qué lamentable.

—Hasta el altar. O mejor hasta Las Vegas. O incluso Jólíwud. Vais a vender vuestros derechos y os harán una película que triunfará en el mundo entero. *Pritihuoman dos*. Vislumbro ya los carteles entre las luces de neón de la Gran Vía. *La mujer que vino del Este*. Protagonistas: Pedro Velarde y Simona como quiera que te apellides. Será un exitazo absoluto. Va con los tiempos. Todos se sentirán identificados. Las mujeres del Este adquiriendo rango de ciudadanía gracias a quienes les cedéis, contra un número razonable de mamadas, vuestros derechos y genes...

—Carlos, nos estás ofendiendo a los dos.

—... mientras otros mueren en pateras. El mundo es un lugar hermoso.

—No me vengas ahora con esas, que nos conocemos.

—Pedro, no estás en tus cabales.

—No te estoy pidiendo consejo, Carlos.

—Pues igual deberías.

—Es que lo que dices nunca ayuda. No paras de despotricar contra todo. Eso sí, tampoco haces nada por cambiar las cosas. Hablas como si en el mundo no hubiese más que gente aprovechada, perversión, odio. Pero esas cosas están en ti, Carlos. El mundo es mucho más saludable.

—¿O sea que ahora, como estamos enamorados, hay que verlo todo de color rosa? ¡No me jodas! ¿Tú te has dado cuenta de cómo se distribuye la riqueza? Vivimos en un jodido campo de concentración. Lo que pasa es que estamos del lado bueno. Por eso no lo vemos. Los que están muriéndose de hambre son los del otro lado de la alambrada. Por eso ni nos damos cuenta. Eso sí que es *Matrix*, y no lo de Kianu Rifs.

—Pues a mí me parece que no eres el más indicado para quejarte de injusticias.

—Mira, yo he vivido como me ha dado la gana. Soy egoísta y desconsiderado. Pero por lo menos no engaño a nadie. Y ten por seguro que si otros no son como yo es porque no pueden. O sea que olvídate. Me voy a morir pronto. Y no estoy dispuesto a aguantar lecciones.

—¡Cállate ya, joder, Carlos! Eres como un puto tábano. Moscardeas entre la mierda y no paras hasta que le clavas el aguijón a quienes están alrededor. ¿Sabes por qué no nos hemos visto en veinticinco años? ¡Por eso, Carlos! Porque tu mera presencia es corrosiva. Porque todo lo que dices lleva veneno. No hay manera de que salga nada positivo por tu boca, ni de que aportes nada a nadie. Por eso no tienes amigos. Con tus casi cincuenta años, mírate bien, estás solo. ¿No dices nada?

—Estoy digiriendo tus cariñosas palabras.

—Y no hablo ya de lo que pasó con Fierro porque...

—Es tu última bala. Dispara.

—Yo he quedado bastante con Roberto en los últimos tiempos.

—Me entusiasma saber que mantenéis el contacto. No veas cómo me interesa.

—No seas sarcástico. He recuperado el contacto porque a mí no me gusta vivir por capítulos. Cuando tengo un amigo procuro guardarlo. Igual que cuando tengo una mujer la mantengo, y

cuando tengo un hijo lo cuido. No soy como tú.

—¿No ibas a divorciarte?

—¡Es diferente! ¡Estoy enamorado, Carlos!

—Ya hemos visto dónde nace el amor. En un polígono industrial. Con una puta hundiendo su cara en tu entrepierna. Vendiendo cara su saliva.

Simona hace amago de golpearme. Después se va corriendo, entre sollozos, escaleras arriba.

—¡Te has pasado, gilipollas! Simona tiene razón. ¿Ves cómo eres? Todo lo estropeas. Sigues siendo un nihilista. ¿Sabes a lo que te lleva tu cinismo? ¡A nada! Vas a morir solo. Abandonado como un perro.

—Tú también, no te hagas ilusiones. Todos nos morimos solos.

—El mundo está lleno de cosas bellas, Carlos.

—De basura, Pedro. ¿No has leído lo que se publica estos últimos días en la prensa? Eso será nuestro legado. Una inmensa pila de basura. Basura en el océano. Basura bajo tierra, uranio enterrado que algún día se escapará por las grietas. Basura en el espacio... Millones de toneladas de basura. Somos un virus para el planeta.

—Lo único que es basura aquí es tu vida.

El timbre en la recepción suena. El del chalequito vuelve a aparecer para atender a otra pareja de guiris acangrejados, con sombreros de paja, móviles en mano. Estos parecen alemanes. Lo digo por las sandalias con calcetines.

Pedro se va hacia las escaleras.

—Espero de verdad que no pienses así... —dice, volviendo la cabeza— porque en ese caso eres aún más desgraciado de lo que creía.

—Ahora vas a decir que te doy pena.

—No hace falta. Lo estás diciendo tú.

—¡Bah!

Pedro ha dejado las llaves del Audi sobre el mostrador de recepción. Las cojo y, antes de que se dé cuenta, me dirijo a la puerta de salida.

—¿Adónde vas?

—¡A dar una vuelta!

Me paso toda la noche dando tumbos de bar en bar y a última hora entro en este garito de putas. El sitio es triste. Las lumis no tienen aspecto demasiado apetecible. En comparación, Simona es una top model. La media de edad ronda los cuarenta. A estas horas hay, al fondo, un puñado de garrulos, y yo.

El camarero se acerca.

—Un Jotabé con coca-cola...

La coca-cola no me entusiasma pero ayuda a que el güisqui suba. Un par de cerdas me miran de reojo. Hay ciertos códigos en los clubes y ninguna se me acerca aún. No quieren que me sienta agobiado. Esperan a que tenga mi copa.

En cuanto tengo delante el vaso bien lleno de licor y le doy un trago largo, ya viene una morena de ojos negros. No es de lo peor de aquí aunque me da sensación de tristeza. El maquillaje camufla mal las mejillas picadas seguramente por un problema antiguo de acné.

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Carlos.

—¿Estás solo? ¿Necesitas compañía?

Me roza el brazo con una de sus tetas. Eso a un chico joven le activaría las hormonas. A mi edad y en mis circunstancias, sé que la picha no se me va a poner dura salvo que la puta merezca mucho la pena.

—Déjalo. No me apetece.

—¿Estás seguro, cariño? ¿A lo mejor te interesa alguna de las otras chicas? Te presento a la que quieras.

La que más mira es una con la que estaba hablando ella antes de acercarse. De la zona de Colombia o Centroamérica, diría. Todo países desahuciados. Más bien gordita. Hay dos rubiazas con aspecto de esclavas, seguramente del Este, pero mayores y fuera de forma. De un vistazo sé que ninguna me vale.

—Estoy muy pasado. Déjalo.

—Pues por lo menos invítame a una copa. Cuéntame algo, cariño.

—Ponle una copa aquí a la amiga. Y cóbrame —le digo al camarero.

Termino mi güisqui de un trago y salgo.

La luna llena ilumina la calle desierta. Son las cuatro de la mañana. La temperatura es ideal. Corre una brisa que invita a ponerse algo encima y aspiro el aire húmedo mientras deambulo por la acera.

Los clubes son fáciles de detectar y además pronto me topo con un hombre que me orienta. La solidaridad masculina, para ciertas cosas, funciona de maravilla.

El lugar que me indica queda un par de calles más allá.

El local es pequeñito. Parece un bar. No hay nadie en la barra salvo una chica con aspecto de gitana. A lo mejor merchera. En cualquier caso, lumpen. A lo sumo veinticinco años. No puede haber nada más alejado de una Ángela criada en el barrio de Salamanca. Me acomodo a la barra. Ella se me acerca.

—Ponme un güisqui. Un Jotabé.

Me trae la botella. Me sirve un chorro.

—¿No hay nadie más?

—A estas horas solo yo.

—¿El sitio es tuyo? ¿No hay ninguna chica para hacerme compañía?

—Solo yo —dice, encogiéndose de hombros.

Miro el lugar: vacío. Suena el pop pasado de moda. Las Vainica Doble. RUBIAS GENTES ME TIENEN COMPASIÓN PORQUE ME FALTA ALGÚN DIENTE, ENTRE DIENTES ME RÍO YO... CON UN DÁTIL POR ALIMENTACIÓN INVENTÉ LA DEMOCRACIA...YO TE GANO EL MARATÓN... Eso tampoco tiene nada que ver con la música neoyorquina que escucha Ángela. Doy un trago a mi copa y de pronto me decido. ¿Qué más da que se me ponga o no dura? Llegado un momento hay que intentarlo, aunque sea con una gitana no demasiado agraciada. El lumpen también tiene su atractivo.

—Dime dónde vamos.

—Hay una habitación. ¿Quieres terminar tu copa?

La mato de un trago.

Ella sale de la barra y cierra con llave el garito. Luego indica con el dedo que la siga hasta una puerta pintada de carmesí. Detrás, un lecho bajo que ocupa todo el cuarto. Está forrado de espejos. La luz en el techo es tenue. No veo ninguna ducha y, si la hay, no me la ofrece.

Me descamiso y con alguna dificultad por el moco que llevo, me quito los pantalones. Ella, a mi lado, se quita la blusa, el pantaloncito. Se queda en tanga sin el menor pudor. Se sujeta el cabello con una mano y se hace una coleta sencilla con una goma para que el pelo no la moleste.

Yo la miro con detenimiento...

Pase lo que pase, uno se lleva a casa una imagen que permanece unas horas grabada en la retina. Durante ese tiempo, recordar lo sucedido hace que te sientas sucio y a la vez satisfecho, las dos cosas. Uno querría mantener fresco el poder de evocación de las imágenes. Sin embargo, al cabo de unos días el efecto se agota.

La chica tiene poco pecho. No es ninguna top módel. No es como las amigas de Ángela. Pero desnuda tiene su encanto. Es gitana o merchera. Le acaricio la piel bronceada mientras ella, arrodillada a un lado de la cama, me la empieza a chupar. Se ayuda con una mano. En la otra tiene el condón.

—Va a ser difícil... —digo—. He bebido mucho.

Ella no contesta, pero confía en su oficio. La sorpresa es que lo hace realmente bien y entre el

ambiente tranquilo, saber que estamos solos, y que efectivamente sabe mamarla, me relajo.

Empiezo a disfrutar de las sensaciones...

El juego de espejos incita al voyerismo. Mis cuatro yos escuálidos acarician una espalda ancha, bien formada, de piel más suave de lo que esperaba. Sin apenas marcas.

Y entonces sucede el milagro: mi polla crece en su boca. Ella se da cuenta y no deja de acariciarme los testículos. Sus caricias se acompañan a mis movimientos. Su mano se mueve hacia abajo lentamente, y llega al ano...

Cuando mete el dedo, el efecto es inmediato: la verga se endurece.

—Sigue...

Ella hurga en mi recto y a la vez me lame el glande. Con la mano libre, me masturba con oficio. Por fin se para. Se acerca al mueble para limpiarse el dedo con una toallita de papel y quitarse el tanga.

Unos momentos después me cabalga, poniéndome una mano en el pecho y acariciándome los pezones. Con la otra mano, se sujeta la coleta. En esa posición, sus tetas parecen hasta bonitas. Me pregunto con cuántos clientes se lo ha hecho en esta misma cama. Sus gemidos se prolongan un rato. Pero no es suficiente.

Mi miembro pierde la erección.

—Date la vuelta...

Ella lo entiende a la primera. Se pone a cuatro patas. Se mira en el espejo. Se ha debido de mirar mucho en ese espejo. Conoce las posiciones que más la favorecen. Yo se la meto poco a poco primero por el coño y, viéndola en esta postura, recupero la erección.

—No sé si voy a poder —digo, respirando agitadamente.

La muchacha no me quita los ojos de encima.

Me echo encima. Pego mi cuerpo contra el suyo. Pero no hay manera.

—¿Quieres por detrás? Es más caro...

—No me importa. Tengo dinero.

Todavía a cuatro patas, ella saca con la mano mi miembro de su vagina. Lo guía hasta el otro orificio. Lo deja entrar un poquito, la puntita solamente. No aparta la mirada...

El orificio es estrecho y la sensación, necesaria, con condón. El miembro por fin se pone turgente. Cuando estoy dentro del todo, me suelta.

—Fóllame, mi amor. Fóllame duro. Dame toda esa leche. Folla mi culo...

Normalmente ese lenguaje puteril no me fascina. Pero ahora mismo, con la chica con el rostro pegado contra el lecho, su culo abierto, yo encima, los espejos, todo contribuye a que, con un esfuerzo, la excitación alcanza su punto álgido.

Jadeo con más fuerza y, finalmente, me corro.

Cuando me salgo, mi pene está otra vez flácido. La bolsita del condón está llena de líquido blanquecino. Hay un puntito color pardo que demuestra que no estaba del todo limpia. Es casi imposible con el anal.

Ella sabe que, una vez acabados, a muchos clientes les da asco. Antes de que el olor a coño me provoque náuseas, me quita el condón y lo junta con los trozos plateados de la funda. Todo desaparece en la papelera en el rincón.

La niña coge una toallita húmeda, se limpia rápidamente por detrás y por delante, y me ofrece otra.

Mientras me visto, ella mira la cartera que asoma por el bolsillo del pantalón. Yo la saco y la doy un par de billetes.

—Te lo has ganado —digo— Y te puedo asegurar que no era fácil.

El atractivo de una mujer no radica solo en el físico. Tampoco en esas actitudes más o menos aprendidas, burdas o refinadas. Ni en la ropa. Ni en la fantasía de los hombres. Sino a medio camino de todo.

Una mujer desnuda, sin artificio, es tan excitante como un cuadro de Antonio López.

En cambio vístela adecuadamente, añade ciertos movimientos, y el cuerpo se recubre con un artificio que nuestros códigos culturales vinculan a ciertas pulsiones.

No tenemos nada que envidiar a los perros de Pavloff. Chupamos erotismo hasta en los anuncios de yogures. Nos habituamos a asociar placer a ciertos trapos y actitudes.

Somos esclavos culturales que llevamos grabada una pauta de conducta determinada. Solo hace falta que cualquier mujer, ni siquiera tiene que ser especialmente guapa, sepa servirse de ello, para despertar el deseo.

Es un ábrete sésamo tan sencillo que rara o muy tonta tiene que ser una hembra para no echar mano de ello.

La ruta del bakalao fue un circuito totalmente desprejuiciado. Los primeros diyéis, a principios de los ochenta, pinchaban lo mismo grupos como Front Dos Cuatro Dos o música industrial o lo que entonces se llamaba electro, que Lu Rid. Reinaba el eclecticismo más absoluto.

Al principio, el propio Chimo ni pinchaba. En el ochentauno él iba con muletas a las discotecas —acababa de tener un accidente de moto— y se ponía junto al diyéi de turno. Se dedicaba a observar. Y poco a poco fue aprendiendo.

Era un ingenuo y a lo mejor ese fue su secreto. En alguna entrevista le he oído decir que si sigues las huellas de alguien no serás nunca capaz de superarlo. A él le pasaba que veía limitados a sus compañeros. Todos tenían una técnica espectacular. Pero a la mayoría les faltaba algo, y eso era el sentido del espectáculo.

Chimo Bayo enseguida lo entendió y construyó su personaje. Desempolvó la chupa de motocrós. Le puso a su gorra un par de lucecitas que soldó en su garaje. Y si había que saltar por encima de las platinas, lo hacía. Mirando al público exclamaba: ¡Jujá!, era su seña de identidad. O ¡exta-sí! O ¡uno, que no pare ninguno! Estas coletillas formaban parte de su repertorio. Aupado en su personaje, se impuso en unos años en los que Valencia reinaba con luz propia en el universo de la noche peninsular.

¿Que si aquello era mákina o bakalao o música electrónica?

¡A quién puede importarle! Las etiquetas se ponen desde fuera.

Al principio se hablaba de ruta destroy. Luego se empezó a hablar de bakalao. La expresión la empleaban los diyéis para referirse a un buen tema: este tema tiene bakalao. Eso quería decir que lo iba a petar. Y acabó quedando. Pero nadie de los que vivía aquello lo llamaba así. La Movida tampoco en su momento se llamaba así. Se hablaba de Nueva Ola, si acaso. Pero al final la gente bautiza las cosas como quiere. Y con todo el derecho.

No sé vosotros, pero yo siempre me he preguntado cómo sentirá reinar sobre millares de cabezas. Tiene que ser un ego trip acojonante, un subidón estratosférico. Debes sentirte como Dios. Uno se pone delante de un público y ahí sale lo que llevas dentro. El marciano o el rebaño. Claro que todo llega progresivamente.

Le he oído contar a Chimo que la primera vez que pinchó tenía a un único tío bailando delante. A la semana siguiente, treinta; a la otra, doscientas. Luego aquello no dejó de masificarse. No sé si Chimo ha tenido nunca conciencia de lo que ha llegado a representar para millares de personas.

Recuerdo que a finales de los ochenta empezó a haber cierta barrera entre el rock y la música electrónica y un claro esnobismo por parte del universo roquero. Los que éramos roqueros íbamos a Malasaña. Yo las primeras noticias que tuve de la escena electrónica fueron, allá por el año ochentainueve, los chillidos de ¡¡aciiiiid!! que daban ciertos tipos que hacían la cola delante de la discoteca Pachá, en Tribunal. Por aquel entonces se les miraba por encima del hombro. Pero pronto se vio que el rock tenía sus límites. Los garitos cerraban a las cinco. Si uno quería continuar la fiesta, tocaba reciclarse.

Había un after indi en Malasaña, el Yasta. Pero aquello enseguida se quedaba corto. Si querías más debías incorporarte a otro circuito, que era el de la música electrónica. Allí todo cambiaba. Uno podía tener una playlist de los garitos malasañeros en la cabeza: eran bandas clásicas. Pero en las discotecas te encontrabas como un pez fuera del agua. Todo sonaba diferente. Había que volver a empezar de cero y, poco a poco, construirse una mínima cultura.

De todas formas, en aquellos años los buenos diyéis no eran los que pinchaban temas que todos conocían sino todo lo contrario.

En cuestión de drogas Chimo siempre ha defendido que quien no ha desfasado nunca no se conoce y no es de fiar. Los alcohólicos recomiendan desconfiar de quien no bebe: es otra variante del mismo pensamiento.

Cuando le preguntan, Chimo se muestra sincero.

—Yo cuando empecé ni sabía lo que era. A mí me parecía aquello de la noche un universo de drogadictos. Yo venía del motocrós. Yo era una persona muy sana. Luego, por necesidad, lo he seguido siendo. Siempre he sido muy profesional. Y si puedo seguir siéndolo, es porque fui prudente. Por supuesto que he tenido mis fiestas, como todos. Pero he sabido controlarme.

Un día me lo encontré en un restaurante de Madrid y me hice la foto de rigor. Era ya un icono popular.

Al igual que el punk antes y el trap después, la música avanza por los vericuetos más extraños y ninguno es descartable. Todos son fuente de emoción y deleite. El público dictamina lo que le interesa y qué no. Y al cabo de veinticinco años, seguimos bailando al son de *Así me gusta a mí*, de Chimo Bayo.

Una vida totalmente normal es incompleta.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

QUIEN TIENE MIEDO DA MIEDO

«Si pudiera elegir, saldría de la bolsa del canguro, / si tuviera que elegir me quitaría la piel para estar desnudo. / Ya no sé contar lo que pasa en la realidad. / Si pudiera elegir sería el hombre más lento del mundo...».

EL NIÑO GUSANO,
Pon tu mente al sol

DOMINGO 31 DE JUNIO. 11.03 HORAS

—Caballero, haga el favor de despertar. Caballero, por favor.

Alguien agarra mi antebrazo. Me cuesta abrir los ojos.

—Por favor, caballero. No se puede estar desnudo en la playa...

—Caballero. ¿Se siente usted bien? —dice una segunda voz.

Me he quedado frito. A juzgar por la posición del sol, deben de ser las doce del mediodía. Y a juzgar por lo calientes que tengo el rostro y el torso, he estado a pleno sol unas cuantas horas. Estoy totalmente desnudo salvo un sujetador negro de lencería que me cubre el pecho.

De la noche solo recuerdo imágenes aisladas.

Me veo de madrugada: conduzco por el paseo de las Palmeras, fijándome en algún que otro travelo de espanto. Vagamente, recuerdo haber recogido a una negraza monstruosa en el Audi. Aunque no me pude correr, me veo encajado entre los dos asientos, con el sujetador puesto. Yo a ella no pude. Y mira que lo intenté. Esto no es tu primera vez, eres muy vicioso, amor, me dijo con su voz, viendo que no se me endurecía.

—Caballero...

—Estoy bien. Muchas gracias.

Lo de dormirme en pelotas en una playa nunca lo había hecho. Ayudado por dos policías, me incorporo.

Mi ropa está a un lado.

Sin prestar demasiada atención a la gente que para, aprovecho para quitarme el sujetador y vestirme. Varios grupitos me miran y todos guardan cierta distancia. Hay una mezcla de curiosidad e indignación. Volviendo la cabeza, veo un coche de la policía en el paseo marítimo. Concluyo que alguno de los presentes los ha debido de llamar. Es normal. Es la ley del rebaño.

—Haga usted el favor de vestirse, caballero. Está ofendiendo las buenas costumbres —insiste el agente, que no deja de mirarme con expresión neutra desde detrás de sus gafas de sol—. Límpiase la cara. Tiene pintalabios por todas partes.

Guardando malamente el equilibrio, me pongo, casi al mismo tiempo, los pantalones y el calzoncillo; la camiseta, y por último las chanclas. El sujetador lo uso para limpiarme el pintalabios de la cara. Luego me lo guardo en el bolsillo trasero. Eso gusta al público, que suelta una exclamación.

—Le vamos a tener que multar, caballero —concluye el mismo policía.

Su compañero, que no ha abierto la boca, escribe en una libreta y saca de alguna parte un aparato como los que utilizan en los comercios para expedir tiques.

—Me parece bien —digo.

Tengo una resaca de órdago. Pero al menos no tengo mono. Seguramente los agentes han reparado en las marcas de mis brazos. Aunque supongo que en estos momentos no es de su

incumbencia.

—Pagando ahora, la cuantía es la mitad —dice el agente, tendiéndome el papelito.

Yo busco en el bolsillo de mi vaquero. La cartera donde llevo mi tarjeta sigue, sorprendentemente, en su sitio. Igual que las llaves del coche. Le doy la Visa y el madero la mete en el aparato.

—Teclee su número... Muchas gracias, caballero.

Me quedo mirando las huellas que dejan sus botas en la arena al alejarse.

—¡Qué cojones miráis vosotros! —exclamo—. ¡Que esto no es un circo! ¡Aire! ¡Largo!

La gente, viéndome vivo y vestido, pierde interés y se dispersa.

En ese momento llega un niño corriendo por la arena.

—¡Carlos!

—Coño, Nicu, ¿qué haces aquí?

—¡Te estaba buscando! ¡Me han zurrado en casa!

Nicu, la cara llena de lágrimas, se me echa encima. A mí me incomoda tenerlo abrazado a mi cintura. No hay manera de apartarlo.

—Venga, que ya está bien. Suelta, coño...

—Es que me han pegado.

—¿Quién? ¿Pedro?

—¡Qué va! ¡Mamá! Mamá me ha pegado. Y me he escapado.

—Si tu vieja te ha cascado, será porque algo has hecho.

Nicu se sorbe los mocos.

—He cogido dinero del hotel. Quería ir a los autos de choque.

—Si es solo eso, no te preocupes. Eso está guay. Y te voy a decir una cosa, ahora que hablamos.

—¿El qué?

—Que la moral es el consuelo de los perdedores —digo, sintiéndome inspirado.

De vez en cuando sienta bien soltar una frasecita. Alguna se le quedará. Con un poco de suerte, le acompañará a lo largo de su vida. A lo mejor hasta consigo formar un discípulo. ¿Por qué no? Si un ciego enseñó al Lazarillo, yo también puedo explicar a este crío rumano un par de cosas.

—¿Dónde vas, Carlos?

—A buscar la sombra. Me quema todo el cuerpo. Y a tomar algo. He tenido mala noche.

El crío es como un perrito faldero. Siempre hay gente que por una u otra razón me sigue. A veces me siento como una especie de mesías cañí.

Enseguida llegamos hasta donde está aparcado el Audi, en la avenida del Océano.

—¿Tú crees que está mal lo que he hecho?

—Lo de mal o bien es relativo. Si te pones en la piel de las mariquitas que viven en un prado, para ellas el malo de la película es la oveja, que se las zampa, junto con la hierba. Y su héroe, el lobo que se merienda a las ovejas. Depende del punto de vista. ¿Tú necesitabas esa guita?

—Para los autos de choque.

—Pues entonces está bien. No le des más vueltas. Vamos a desayunar.

De repente me entran náuseas y vomito en el primer alcorque.

Las arcadas continúan. Escupo sangre.

—¿Estás enfermo? —pregunta Nicu con aprensión.

—Solo de vida, Nicu. Vivir es una cruz muy jodida, y eso que tengo buenas espaldas. Hay cobardes que no pueden con lo suyo y llaman a cada traspies un pecado. Yo nunca pido ayuda a nadie. Si acaso, ayudo a los demás. A veces hasta me echo sus pecados a las espaldas. Eso me hace sentirme sucio y al mismo tiempo casi un santo. Pero nunca me arrepiento. Eso también tenlo claro. No arrastres tu orgullo por el suelo. Piensa que al final es lo poco que te queda. Mantenerlo

intacto es un triunfo...

—No entiendo.

—Ya lo entenderás cuando crezcas. Ahora siéntate. Pide lo que quieras —digo, ya según nos instalamos en el primer bar—. Lo que tenga más gluten y azúcar. Lo que tu madre no te permita.

El niño saca el móvil que le ha robado a su madre. Mira la hora. Luego se lo guarda y pasa la vista por la bollería en el mostrador. Por fin pide unos churros con chocolate.

Yo cojo el periódico de la barra y me tomo un café con leche.

Cuando aparecen finalmente Simona y Pedro, estamos a punto de bañarnos. La parejita se precipita hacia nosotros. Yo no tengo bañador, pero me he quitado el pantalón y estoy en gayumbos. El macaco lleva el bañata que le compró ayer su madre. Ha dejado la camiseta encima de una tumbona.

—¡Carlos, te dije que no vuelvas a llevarte a Nicu sin desir nada! ¡Ven aquí, Nicu!

— Estoy cansado de tanto circo. Ha sido él el que ha venido a buscarme —digo—. Niño, diles que eres tú el que te has querido venir. Y no agarres al chaval, que no ha hecho nada.

Simona arde en ganas de darle un guantazo a su hijo. La tipa me mira con ojos furibundos. La putita de Marconi se ha transformado en una maruja celosa. Y el tontolaba de Pedro la secunda.

—Carlos, ya te he dicho que no te voy a tolerar que le hables así a Simona —dice. Se le hinchan los pectorales, a lo geipermán—. Además, me vas a dar las llaves del puto coche.

—Ya estamos con el puñetero don Quijote. O putañero, que es más adecuado.

—¡No te burles!

—Me alegro de que hayas encontrado a Dulcinea. Pero no olvides que quien se acuesta con niños se levanta meado. Y quien se acuesta con putas...

Pedro me da un puñetazo. Yo me tambaleo.

—¡Me cago en Dios, Pedro! ¡Eso me ha dolido!

Me ha dado en el ojo, que empieza a cerrarse. La vista se me nubla. Pedro me mira asustado. Él mismo está sorprendido. Si soy sincero, yo también. Ni siquiera se me ocurre devolverle el golpe. En el fondo esto prueba lo que siempre he pensado: que no existe amistad sin odio. El odio impregna todo. Es lo más poderoso.

—Perdóname, Carlos.

—¡Aparta! Y no me pidas perdón, coño. Asume lo que haces. ¡Hostia! ¡Esto duele! Aquí tienes tus putas llaves, joder...

Simona agarra por el brazo a Nicu. El crío forcejea y, como es escurridizo como una lagartija, echa a correr. Es escurridizo como una lagartija. ¡Nicu, vuelve aquí! Pedro también sale tras ella. Los dos corren detrás del niño.

Yo me quedo donde estoy, con las puñeteras llaves en la mano. Me toco el ojo. Me sube la hinchazón y me olvido durante unos instantes de los demás. Me estoy poniendo otra vez mis pantalones, que no están lejos, y busco mis chanclas, cuando me doy cuenta de que los tres hemos subestimado la picardía del chaval. Tras despistarlos en la avenida del Océano, Nicu regresa corriendo a la playa.

—¡Vámonos, Carlos! ¡No quiero volver con ellos! ¡Me van a dar una paliza! ¡Llévame contigo!

Detrás llegan Simona y Pedro. No es que me guste huir. Siempre digo que correr es de cobardes. Pero llegado un momento...

—¡Vamos al coche, Nicu!

Ellos han perdido fuelle: eso me permite sacarles unos metros. Y Nicu tiene diez años. A esa

edad se es incombustible.

Pronto llegamos al Audi y abro las puertas con el mando a distancia.

—¡Arranca! ¡Ja ja!

Eufórico, Nicu se mete en el asiento del acompañante. Yo enfilo la avenida del Océano. Para cuando llegan Pedro y Simona, puedo ver por el retrovisor del Audi sus caras de desesperación.

—¡Te arrepentirás de esto, Carlos! —grita Pedro—. ¡Ese coche es mío! ¡Llamaré a la Guardia Civil!

La rumana rompe a llorar. Yo, aunque tengo el ojo casi cerrado, me las apaño para seguir conduciendo. Nicu vuelve la cabeza. Dice que mamá se ha ido corriendo al bar.

—No te preocupes, que no se atreverá a llamar a la policía...

Paramos en una gasolinera muy cerquita de Sevilla. Mientras reposamos, vuelve a sonar el móvil de Simona. Nicu lo tiene en la mano.

—Otra vez el número del hostel, ¿lo cojo?

—Es tu madre. Tranquilízala. Yo me voy a tomar un café.

—¿Le puedo decir donde estamos?

—Dile que pasamos la tarde en Sevilla. Que no se preocupe. Volvemos esta noche. Solo daremos una vuelta.

Nicu habla con su madre.

Toca pagar lo que marca el surtidor.

—Tiene usted un buen porrazo en la cara —dice la empleada detrás de la caja.

Ella y su compañero llevan monos con el logo de Repsol en el bolsillo. Su nombre está escrito en una tarjetita sujeta al bolsillo con un imperdible.

—Me caí esta mañana en la ducha. ¿Dónde está el baño?

—Al fondo.

A mi vuelta del tigre, me sirvo un café de máquina y me quedo mirando a Nicu. Está testeando en su móvil, concentrado.

Mientras entran un par de clientes, husmeo entre las revistas, chocolates, juguetitos de la tienda. Cojo una guía de Sevilla, una bolsa de golosinas y una bolsa de hielo que de inmediato me aplico, envuelto en un trapo que había en el Audi, al ojo.

Ahora mismo no tengo prisa por volver a encontrarme con Pedro y con su loba. Estoy pensando lo que puedo hacer con un crío en Sevilla hasta mañana cuando, de pronto veo por el ojo bueno que Nicu, que sigue fuera, se acerca a la carretera y hace señas con la mano. Eso me mosquea.

Termino mi café y salgo.

A Nicu se le ha puesto una cara entre culpable y miedosa.

Enseguida veo que se acerca a la gasolinera un todoterrreno negro. Es el Toyota que nos persiguió en Medellín: lo reconozco perfectamente. Tiene el abollón en el lateral. De los bolardos que se llevó por delante. Dentro están el padre de Nicu y sus compinches. Vasile, a diferencia de un servidor, luce el ojo prácticamente sano. Baja del coche y coge a Nicu en volandas. Lo abraza, muy efusivo. Cuando lo vuelve a dejar en el suelo, mira hacia donde le indica Nicu, que apunta en mi dirección.

A mí se me cae el alma a los pies y me dirijo al Audi.

Eso me pasa por encariñarme con un mocoso.

Arranco justo a tiempo, porque Vasile ya corre hacia mí. Como no me alcanza, se vuelve. Empuja a Nicu y lo mete en el asiento trasero, junto a uno de sus compinches. Hay otro al volante.

En cuanto Vasile cierra la puerta, el Toyota sale disparado.

—¡Cogedme si podéis, cabrones!

El Audi se pone en nada a ciento ochenta. El coche pita: no me he puesto el cinturón de seguridad. La adrenalina se me sube a la cabeza y conduzco con un ojo casi cerrado.

Aunque mi cuerpo está deshecho, la situación me pone el corazón a mil. Estoy exultante. Otros vehículos claxonan mientras les adelanto de mala manera. Eso aumenta el subidón.

Los rumanos, pese a todo, no cejan.

Su Toyota no es tan potente como el Audi. Aun así no consigo dejarlos atrás. Al llegar a un cruce reduzco la velocidad y, en el último momento, acelero. Doy un volantazo.

Tomo la desviación a la derecha.

Mi maniobra los pillas de sorpresa y los obliga a frenar. Las ruedas del Audi chirrían. El Toyota se arrastra por el asfalto. Quedan huellas de la derrapada según se pasan de largo. Ahora se han detenido. Pese a que crece la distancia, veo que Vasile sale del Toyota y me apunta con una pipa desde el lateral del cruce: pum, pum.

—¡FALLASTE, HIJO DE PUTA! —grito, metiéndole zapatilla al Audi y mirando por el retrovisor con el ojo bueno.

Me río de nuevo a carcajadas, ja ja ja. Y cada vez más fuerte.

—JA JA JA.

La carcajada muere en mi garganta cuando según alcanzo esta vez los doscientos, al límite del Audi, el coche se descontrola...

La rueda ha reventado.

No consigo hacerme con el Audi. Lo veo salirse de la carretera, levantarse en el aire, caer por el terraplén.

El coche vuelca. Da una vuelta de campana, luego otra...

Pero yo ya he perdido la conciencia y de lo que pasa en adelante no recuerdo absolutamente nada.

Cuando yo era joven, Madrid era una ciudad muy sucia. Las fachadas del centro, a finales de los ochenta, estaban negras de contaminación. Todo el dinero se iba para adecentar Barcelona: se acercaban los Juegos Olímpicos del noventaids. Pero la sensación, de noche, era otra. Por la noche las luces revestían de fantasía toda esa suciedad y la cochambrosa fregona se convertía en una señora con mayúsculas. Todo parecía posible.

El barrio de Malasaña —que fue el de Maravillas para los madrileños de la generación de mi padre— estaba lleno de baretos cutres. Uno al que iba la gente con la que yo hacía COU lo llamábamos el Potoso. Por lo higiénico. Un tugurio de mala muerte. Lo gestionaba un camarero heroinómano al que alguna vez pillamos en el baño jeringuilla y gomita en mano: eso nos valió un broncazo espectacular. La música que ponía en casete era rock clásico. Los Rolin. Bob Dylan. Doors. Si acaso, algo de Leño. Y el Extremoduro de Robe Iniesta, que arrancaba.

Otro antro donde parábamos era el Kuai. Si el Potoso estaba en la calle de Manuela de Malasaña, acera de los impares, el Kuai quedaba en Fernando Sexto y era todavía más pequeño. En el Potoso aún había espacio para mesas. En el Kuai solo cabía tomar las copas de pie. El espacio para la clientela era exiguo. El cubata de Dyc con cocacola lo llenaban de güisqui prácticamente hasta arriba: dos tercios de la copa, el mismo refresco daba para tres cubatas.

Todos sabíamos que era garrafón, pero resultaba eficaz. Dos copas en el Kuai, que además no salían caras —poco más de cien pesetas de la época—, eran lo que un botellón de los que hacen los chavales hoy. Siniestro Total le dedicó un tema.

Chueca, como barrio, aún no se había gentrificado. No era ni guay, ni rosa, ni chic. Allí íbamos a escuchar música. Al Yam, al Klash. Punk rock. Mierda anglosajona de finales de los setenta. La triada mágica: Yam, Ramones, Sex Pistols. A mí me gustaban los Yam. Cuando uno pasaba por Chueca, las farolas estaban rotas. Aquello era un prado de jeringuillas y en cualquier esquina había yonquis susurrando, costo, costo, a todo el que cruzaba.

El garito más lucido de entonces estaba en la calle Barbieri. El famoso Yam. Un lugar austero, con barra y futbolín. Mucha oscuridad, música a toda pastilla. Quitando la luz blanca que caía sobre el futbolín —al que jugábamos siempre un rato— el resto estaba a oscuras. Impresionaba allí la gente. Muchas pintas y en la puerta siempre dos o tres Lambretas con decenas de espejos. De un puñado de mods que parecían sacados directamente de *Cuadrofenia*. Las camareras, como es natural, nos hacían fantasear. Yo me lie con alguna.

Por Lavapiés no salíamos. Tampoco por La Latina. Y lo de empalmar dos días no lo empecé a hacer hasta mediados de los noventa. Uno tenía que volver a casa. Para entonces, la música electrónica había irrumpido con fuerza e imponía una nueva cultura más dinámica que la roquera.

Los que iban a discotecas, los adalides de la música de baile, descubrían nuevas drogas como el eme y una cultura de la noche menos ligada al alcohol. Nosotros, cuando pasábamos por Tribunal, camino a la Vía Láctea, y veíamos la cola delante de Pachá o de But, nos reíamos.

Pero pronto hubo que reconvertirse porque en Malasaña, fuera del Yasta, a partir de una hora

se acababa todo y si uno quería continuar, había que engancharse a la música tecno, de baile o electrónica, según.

Durante bastante tiempo, el lugar en el que acabábamos recalando fue el Friends, en la Puerta de Toledo. Era otro ambiente, mucho mundo gay, otra estética. Uno se sentía fuera de onda. Otra opción eran los bajos de Orense o la discoteca en la estación de Chamartín. Los recuerdos que guardo de estos lugares no son especialmente buenos.

Cuando comparo la noche de entonces con la actual, mi sensación es que han cambiado la música y las caras —ahora apenas reconozco a nadie, entonces conocía a todo Cristo—, poco más. El mismo perro con collar diferente.

Madrid muda la piel para mantenerse fiel a sí misma.

Pero la manera de vivir la noche sigue siendo la misma absurda y hedonista, romántica y desesperada, que hemos construido durante los últimos treinta años varias generaciones de madrileños. Nuestra educación sentimental la hicimos en los bares.

Una taza de café es la noche disuelta en porcelana.

TERCERA PARTE
UN NUEVO FAN DE ÓSCAR PISTORIUS

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

HOLA, CHAVAL

«Prepárate para dejar de jugar. / Un dos tres, ¡ya! / Ahora la carrera es de verdad. / Habrá que limpiar / los colores que hay en tu cristal. / ¿Lo ves claro ya? / Bienvenido, hijo, a la realidad».

LOS ENEMIGOS,
La cuenta atrás

JUEVES 2 DE AGOSTO. 11.25 HORAS

Al abrir los ojos todavía ignoro que he estado cinco semanas luchando entre la vida y la muerte. Solo sé que me duele todo el cuerpo, la espalda, el cuello, los brazos.

Sin entender nada, me encuentro entubado en una cama de hospital. Tengo sed. Me duele la garganta.

A mi alrededor hay movimiento. Dos caras me dicen algo que no entiendo. Dos jóvenes enfermeras. Parecen preocupadas. Todo son bisbiseos.

Al cabo de un tiempo que me parece infinito, irrumpen nuevos rostros en mi campo de visión. Me llegan murmullos satisfechos.

—Buenos días, ¿nos puede usted oír? Si es así, asienta con la cabeza o parpadee, lo que le resulte más cómodo. Está usted consciente... Bien, es momento de ponerle al tanto. Soy el doctor Juárez, el intensivista a su cargo. Voy a explicarle su situación... Acaba de volver a la vida después de más de un mes en coma... Tuvo un accidente de coche. Lo trajeron aquí y aquí se le ha intervenido. La cabina acabó destrozada y sus piernas quedaron... aprisionadas por el motor... Hemos tenido que amputar. ¿Me está usted entendiendo?

El hombre habla muy despacio. Quiere que cada palabra llegue lo mejor posible. Es un tipo barbudo de mediana edad que me mira con seriedad detrás de unas gafas de pasta gruesas. Se da cuenta de que mis ojos se mueven hacia la parte inferior de mi cuerpo.

No logro ver nada de lo que queda bajo las sábanas...

—Le costará asimilarlo. Pero le garantizo que la amputación ha salido bien. Ha quedado limpiísima. Hoy en día fabricamos unas prótesis fantásticas... Piense usted en Óscar Pistorius, el atleta surafricano... Poco a poco se irá despertando, aunque le mantendremos sedado la mayor parte del tiempo. Para controlar los dolores. Cuando lo trajeron, estaba usted en coma natural debido al traumatismo craneoencefálico... Su coche dio varias vueltas de campana. La ambulancia tardó en llegar. El retraso pudo costarle la vida. Estaba usted desangrándose... Pero tuvo suerte, los del Cero sesentaiuno llegaron a tiempo para detener la hemorragia... Los bomberos lo sacaron de su berlina. La ambulancia lo trajo a este hospital donde le hemos intervenido varias veces y hemos podido salvarle la vida... Está usted en el hospital universitario Virgen del Rocío de Sevilla...

Mi respiración agitada inquieta a quienes me rodean. Una auxiliar comprueba el gotero.

—Sabemos que ha sido usted consumidor habitual de drogas. Por eso nos hemos visto obligados a incrementar notablemente la dosis de morfina. Para controlar el umbral del dolor. Pero ahora lo importante es que se ha salvado usted... Cuando lo trajeron, ninguno de los presentes daba un céntimo por su vida. Además de la amputación y las quemaduras, había zonas del cerebro afectadas y el edema cerebral aumentó la tensión intracraneal...

Me sigue costando trabajo respirar. Las caras se vuelven borrosas.

—Para evitarlo, lo mantuvimos en coma inducido hasta que su cuerpo estuvo en condiciones de responder... Todo se hizo con el visto bueno de su hermana, que ha estado viniendo desde Madrid en el AVE cada semana... La hemos avisado de que se ha despertado. La esperamos esta misma tarde. Tiene usted una hermana muy dedicada...

Mi puta hermana. No hay manera de librarse.

Es lo que tiene la familia. Te quieren incondicionalmente.

—Una vez que conseguimos restablecer la presión craneal y cuando se vio que tenía usted las constantes vitales correctas, y que se recuperaba de la amputación, hemos ido reduciendo progresivamente los barbitúricos que le mantenían en coma. No sabíamos si iba usted a poder despertar, o si se quedaría en estado vegetativo... Para alegría de todo el equipo, ha despertado... ¡Enhorabuena! ¡Ha regresado de entre los muertos!

Hago un esfuerzo para alzar la mano y levanto el pulgar...

Eso entusiasma a los médicos.

Me despierto otra vez angustiado, desorientado. No sé cuánto tiempo ha pasado.

—Hola, Carlos. Los médicos dijeron que podía pasar a verte. ¿No me reconoces?

Sí. Pero en estos momentos lo que querría es no ver a nadie. Que me dejéis todos en paz. Odio que me tengan pena y en tu voz hay demasiada pena.

—Carlos, joder, soy Pedro.

¡No me cojas la mano!

—En cuanto lo supe... No quiero ni contarte el mal trago... Yo fui quien primero vino cuando me llamaron. Por los papeles del Audi, que por cierto ha quedado destrozado y no me lo paga el seguro. Pero en fin, pelillos a la mar... En el hospital les di el nombre de tu hermana. Desde entonces, cada vez que puedo...

Yo cierro los ojos para abstraerme. No consigo hablar.

—Te quería poner al tanto de cómo terminó todo. Simona me ha dejado. Al saber que Nicu estaba de vuelta con su padre, dijo que no podía abandonarle... Hice lo posible por retenerla. Ella dijo que sin Nicu no podía vivir. Siendo Vasile el padre legítimo y con todos los papeles en regla, si se quedaba le sería imposible recuperarlo...

—...

—Se fue jurando que me llamaría. Me dio su número de móvil, pero no respondía nadie. Salía un contestador diciendo que no había ningún abonado con ese número... Se dio de baja... No sé si es cosa suya o del rumano. Y llegado un momento, casi me da igual... En un principio estuve tentado de acercarme al club donde trabajaba. Pero no me atreví... Mientras tanto, he hablado con Silvia. Los dos hemos discutido la situación. Me ha hecho entender que no era justo para los niños... Iban a crecer en unas circunstancias dolorosísimas... Me he dado cuenta de que el amor no tiene nada de poético y sí mucho de angustioso. Vamos, que al final nos hemos dado una nueva oportunidad y he regresado a casa...

—...

—Imagino que pensarás que estoy un poco desnortado. Siempre fui un tanto inseguro, no como tú que cuando marcas un rumbo lo mantienes. Pero al final es mejor así. Es más sencillo... ¿Qué iba a hacer con dos familias? ¿Cómo iba a presentar a Simona a mis amigos, a la gente de la empresa, a mi entorno social? Menudo follón. Y las complicaciones no son buenas. Por lo menos para mí...

Un putito calzonazos, un planchabragas, Pedro, eso es lo que has sido siempre, pienso.

—Pero no quiero hablar de mí. Aquí eres tú el que importa. ¡No sabes cuánto me alegré cuando me dijeron que salías del coma! Cuando me lo contó tu hermana, me fui directo a Atocha... He cogido el AVE, ¡qué maravilla! En tres horas en el centro de Sevilla... La gente de este hospital es tan amable. Dice tu hermana que se ocupan maravillosamente de ti... Lo que quiero decirte es que a lo largo de los años he aprendido a valorar ciertas cosas... La amistad, Carlos. La vida no es nada sin amistad... Está el amor, pero con el tiempo se desgasta. A mí el sexo cada vez me interesa menos. Todavía funciona, ¿eh? Pero ya no es el centro de mi vida... Y tú eres un amigo, Carlos. Aunque hayamos estado veinticinco años sin vernos, los amigos de juventud siguen siéndolo...

—...

—Ahora nos acercamos a los cincuenta. Entramos en otra etapa. Hay otros intereses. Te haces más sensible a los paisajes, la cultura, la gente, la familia... ¡Si supieras lo guapos que son mis niños, Carlos! Ya los viste en Madrid. Míralos. Tengo más fotos en la cartera... El mayor a punto de empezar el bachillerato, la pequeña hizo la comunión en primavera... Después de lo sucedido, a Silvia casi le gustaría tener otro... Es lo bueno de la reconciliación... Si lo conseguimos, podrías hasta ser el padrino. Vamos, si tú... He estado pensando. Tantos años sin vernos es una pena... Lo que hace falta, cuando te recuperes, es que retomemos el contacto pero en serio. Que nos llamemos por lo menos un par de veces cada semana y nos tengamos al tanto de todo, ¿no te parece?

Estoy tan agotado que no entiendo la mitad de lo que me dice. Las palabras son solo sonidos. Me entran por un oído y me salen por el otro. Lo que necesito es silencio.

—Los médicos dicen que te viene bien oír voces. Yo he sido el primero pero vendrá más gente... En Madrid se han quedado impresionados. En los próximos días recibirás muchas visitas... Es que tienes un montón de amigos, macho. Pese a lo cabronazo que eres, consigues que la gente te quiera. La verdad es que no lo entiendo, porque a mí me pasa lo contrario. Soy leal, no puteo a nadie, me preocupo por la gente. Y sin embargo... Pero ese es otro tema... —añade, con un bostezo.

—Perdona, es que ayer nos tuvimos que quedar en la empresa hasta tarde preparando una oferta que teníamos que presentar hoy. Hemos trabajado duro. Todos queremos irnos de vacaciones... En fin...

Otra vez me mira. Está claro que le resulta difícil hablar solo.

—A lo mejor te interesa saber que a España la eliminaron. Nos sacaron del mundial los rusos en un partido infame... Mil pases para nada... Puto tiquitaca... Piqué hizo un penalti y nos empataron... El gol nuestro lo marcó Sergio Ramos. En realidad la pelota dio en la pierna del ruso que le estaba haciendo un placaje. Ramos lo arrastró con él. Gritó aquí mandan mis huevos con muchos besos a cámara... Nuestro portero no paró ni uno de los penaltis. Le han sacado estadísticas. De once disparos le han metido diez... Se han hecho muchos memes y chistes con que si los rusos habían secuestrado a su familia... Lo peor no es que no parase los goles, es que ni siquiera parecía intentarlo. Uno de los mejores guardametas del mundo y estaba como linfático. No seré yo quien eche la responsabilidad sobre un único jugador. La responsabilidad última en todo fracaso, como en el éxito, debe ser colectiva. Y visto lo mal que venían dadas las circunstancias, difícilmente un portero iba a remediar un embrollo que empezaba a ser monumental, dentro y fuera del campo. No obstante, joder, esa estadística de diez goles en once disparos es apabullante. Los penaltis, por Dios, me dio la sensación de que yo mismo podía haber parado alguno. Estaba el hombre como sin sangre, sin nervio, como si en vez de sangre tuviera horchata... A lo mejor te estoy aburriendo.

¿Tú qué crees, Pedro? ¿Tú qué cojones crees?

—Otra cosa que ha pasado mientras estabas en coma es la Gay Praid. Roberto y su marido corrieron la carrera de tacones. Yo sé que a ti te trae al fresco, porque siempre has sido un poco machirulo, y perdona la expresión pero es que está de moda... Después de años de macho alfa por aquí y macho alfa por allá, que era el calificativo ultrapositivo que se aplicaba a personas como tú... Fíjate que a mí eso de los machos alfa me daba como envidieja. Me hacía sentir mal porque... Pues ahora, machirulo. O cipotudo. Lo que es el lenguaje. Y lo que hace la presión de las mujeres y de los gais. Son malos tiempos, Carlos, para ser heterosexual...

Me gustaba más cuando eran malos tiempos para la lírica. Eso cantaba Golpes Bajos.

—Estoy haciendo mi terapia contigo, pero es que da gusto recuperar a un amigo... Cuando creí que te había perdido, me di cuenta de lo importante que eras para mí. Se lo dije a Silvia el otro día. Sabes que ella te tiene tirria... Al principio, no te voy a decir lo contrario, me ha hecho pagar lo sucedido con Simona. Pero con el paso de los días se le ha ido olvidando. Hoy la tengo más suave... A lo mejor todo lo que ha pasado acaba siendo positivo para nuestro matrimonio. Ella daba por sentado el tenerme y ver que otras mujeres pueden desearme la ha hecho valorarme más... Y a mí me hace falta que me valoren. Siempre lo he necesitado...

Esto es insoportable. ¡Que alguien lo saque de aquí!

—¿Qué pasa? ¿No estás bien? A lo mejor te duelen las piernas. Espera, que busco a los

médicos...

Pedro ha salido de la habitación. Yo vuelvo la cabeza hacia la ventana: está cubierta por un visillo. Tiene la persiana bajada para que no entre la luminosidad. Estamos en verano y fuera, siendo Sevilla, deben de pasar de los cuarenta grados. La luz de la tarde, todavía muy potente, se filtra por las rendijas de la persiana.

En la semioscuridad se está bien. El aire acondicionado en los hospitales funciona. No es como las tiendas y los centros comerciales, donde te lo ponen tan a tope que te destrozan la garganta y te provocan veinticuatro faringitis, una tras otra.

Mientras recupero el ritmo de mi respiración, pienso en mis piernas.

Es curioso porque las siento como si estuvieran. De repente tengo necesidad de comprobarlo.

Haciendo un esfuerzo, me incorporo y estiro los brazos todo lo posible hasta llegar con las manos por debajo de la rodilla...

La sensación es rara.

La rodilla está. Pero más abajo...

Más abajo arranca la tibia y me encuentro con un vendaje...

Más abajo, efectivamente, no hay nada.

—¡No te toques las heridas! —exclama la enfermera, apareciendo en la puerta con Pedro.

—¡Joder, Carlos, cómo eres! —dice Pedro.

—No pasa nada. Es normal que quiera palparse. Necesita familiarizarse con su nuevo cuerpo. Pero todavía no es el momento...

La auxiliar me mira sonriendo.

—¿No ves que tiras del gotero y se te puede salir la vía? ¿Y qué vas a hacer tú sin morfina? No quieras ni saber lo que puede doler esto a pelo. La morfina, para casos como el tuyo, es una bendición.

Pedro se interesa por la enfermera. Le pregunta si trabaja únicamente en la UCI, en Cuidados Intensivos.

—Aquí y en Cuidados Paliativos.

—Debe ser duro.

—Lo es. Pero también es una satisfacción ayudar a los pacientes a pasar estos tragos tan malos ¿Eh, don Carlos? ¿Que no estás tú tranquilito con estos chutecitos de morfina que te vamos metiendo, verdad, cielo?

Necesito descansar.

Unos instantes después estoy de nuevo medio dormido y no sé si Pedro me sigue hablando o no porque ha dejado de importarme.

Lo peor es esa sensación de estar encerrado en un cuerpo con el que uno ya no se identifica. Porque por dentro todos nos sentimos como si aún tuviésemos dieciocho años.

Por eso casi sorprende cuando los viejos que antes te despreciaban o envidiaban o recelaban, te admiten como uno de los suyos. O la sensación, si haces deporte, de que los demás corren más rápido. Los sofocos al subir las escaleras. Los dolores en zonas del cuerpo cuya existencia ignorábamos. La vista cansada, la merma del apetito, el insomnio y un jugoso etcétera.

Claro que eso no es nada comparado con el progresivo desfase con la realidad. El ir creciendo hacia dentro. El irse encerrando cada vez más en esta cárcel sin escapatoria que es el cuerpo...

El dandi es un ácrata civilizado.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

HERMANOS

«Y me vas a disculpar / si nunca te llevo rosas. / Me vas a permitir / contar
algunas cosas / sobre lo poco que sé / de tus días de vino y rosas. / Con
todas las bromas. / Como aquella en que al pasar delante de una funeraria /
nos decías...».

Nacho VEGAS,
El ángel Simón

VIERNES 3 DE AGOSTO. 10.08 HORAS

Me doy cuenta de que hay alguien más en la habitación. Yo respiro con dificultad. Evito mirarles. De repente, siento vergüenza de mí mismo.

—Hola, Carlos. Ya sabemos que estás mejor... Mamá y yo hemos estado viniendo cada día desde que estás ingresado. Teníamos previsto un viaje. Pero lo anulamos para instalarnos en Sevilla. Al menos mientras estés así...

—¡Qué cosa tan triste!

—Tranquilízate, mujer. Tu hijo lo último que necesita ahora mismo es que se ponga nadie a llorar. Aquí se viene llorado de casa...

Mis viejos siempre fueron púdicos a la hora de expresar sus sentimientos. Así salí yo. Siempre me ha repateado la sensiblería, el exhibicionismo emocional.

—Jamás pensé que llegaría a ver a un hijo mío así. Pero hay que saber aceptar las cosas como vienen. Es lo único que se puede en esta vida...

Ya lo que faltaba: me va a dar la murga. Ahora se pondrá a hablar de sí mismo.

—Nosotros tenemos más de setenta años. El crédito se nos agota. Eso nos hace adoptar una visión diferente... Lo que quiero decir, Carlos, es que aunque estés... mutilado, mira que me cuesta pronunciar la palabra. Aunque te veas así, lo importante es que estás mejor de lo que crees. Dice el médico que saldrás de esta. No todo se acaba aquí. Es duro, pero tienes que seguir adelante. Vivir puede ser terrible, pero hay que continuar. Es la grandeza del ser humano. Saber que no somos nada y seguir luchando pese a la inevitabilidad de la derrota. Tú y yo somos vikingos, ¿te acuerdas?

—¿Pero qué cosas le dices, por favor?

—Calla, mujer. Déjame, sé lo que tengo que decirle a mi hijo. ¿Te acuerdas, Carlos, de cuando te contaba de niño todas esas historias sobre los vikingos? ¿Que cuando mueren en batalla y han luchado bien van al Valjala con los dioses y luchan a su lado la gran batalla final contra las fuerzas del mal donde serán derrotados sin remedio? Pues tú eres un vikingo. Los valientes saben que siempre hay que seguir luchando...

—Déjale, que no está para nada. Que ya no es ningún niño.

—¡Cállate, mujer! ¡Es mi hijo! ¡Es un guerrero y tiene que luchar!

El viejo alza la voz sin darse cuenta. Alguien nos chista desde la puerta. Debe de ser la enfermera.

Yo vuelvo a cerrar los ojos. Prefiero no verlos. Intento no pensar nada. Pero sigo oyendo voces.

Mi vieja me acaricia el antebrazo.

—Presta atención a lo que te dice tu padre. Tienes que ponerte bueno... Mira quién viene.

Los dos se apartan y aparece una tercera persona.

—Hola, Carlos.

Al oírla, abro los ojos.

A Ángela se la ve estupenda.

Hoy toca otro de sus modelitos. Torerita de color naranja, pantalones tobilleros negros y zapatos con tacones de aguja altísimos también naranjas, a juego con la torera. Supongo que Angelines.

Está guapísima y me impresiona verla.

—Bueno, nosotros nos vamos a la cafetería a tomar algo —dice el viejo—. ¡Ánimo, hijo! Os dejamos que habléis tranquilos.

Ángela coge una silla y no se atreve a tocarme.

—**H**ola. Ya no sé si somos algo... Cuando me han preguntado abajo, no he sabido qué contestar. He dicho: una amiga. En eso supongo que ha quedado lo nuestro... Perdona, Carlos, me había propuesto no emocionarme. Pero no puedo evitarlo... Verte así... Es horroroso...

Se limpia unas lagrimitas. Me coge la mano aunque rápidamente la suelta. Es como si tuviera la peste.

—Acabo de estar con Cristian, que está ya preparando el desfile de septiembre. Va a utilizar mis zapatos... Él también te envía recuerdos. En realidad todos te envían recuerdos —continúa—. Desde que hemos cortado, yo hago mi vida. Tengo que decirte que estoy, desde el fin de semana pasado, saliendo con Esnáider. Hemos coincidido en un acto y... Tú siempre dijiste que lo nuestro era una relación sin compromisos... Él está recién divorciado. Espero que lo entiendas... Lamento el bofetón. Y lo de cambiar la cerradura. Pero... yo ya no podía con tu manera de ser. Esa vida no es para mí. Necesito alguien que me dé confianza, estabilidad...

Ya, porque Esnáider te la va a dar, pienso. Es el tío más inconstante que conozco. Cada proyecto que produce vuelve loco hasta al último mono del equipo de producción.

—Lo nuestro estaba roto de todas formas, Carlos. Tú necesitabas otro tipo de chica. No sé muy bien qué tipo, pero otro... Sé que tenerme a mí te daba una cierta confianza. Te halaga tener una novia quince años más joven. Te gustaba lucirme en las fiestas... Pero yo necesito otra cosa... y Esnáider es un caballero...

¿Esnáider un caballero? Pero si todo el mundo sabe que la única manera de firmar un contrato con él es llevándole a su club preferido de Madrid. Por Dios, las cosas que hay que oír.

Ni en mi estado se libra uno de gilipollices.

—Solo quería decirte que posiblemente nos pongamos en algún momento a vivir juntos. Él lleva unos meses separado de su mujer. Se está quedando a dormir algunos días en casa... Si no te parece mal, las últimas cosas tuyas se las enviaré a tus padres... Creo que no volveré aquí porque tengo la sensación de que me miran mal... Es normal pero yo solo era tu novia. Y tú siempre quisiste mantener la relación a nivel de ligoteo... No tengo fuerzas para más. No soy tu mujer, nunca hemos pensado en casarnos... Yo... tengo que vivir mi vida, espero que lo comprendas, Carlos.

¿Cómo no lo voy a comprender? Ahora que soy una piltrafa, ¿cómo va una chica que sale en las revistas y es la musa de los diseñadores más talentosos a ocuparse de mí? Nos veo a los dos saliendo en *Vogue*. Yo con piernas artificiales, ella luciendo un vestido de novia de su modisto favorito.

—Espero que lo entiendas. Sé que todo ha sido muy brusco. Pero yo me voy acercando a los cuarenta. No tengo tiempo que perder... Tengo que resolver mi vida...

Ángela está claro que quiere salir de aquí cuanto antes. Me aprieta la mano. Me da un beso fugaz en la mejilla.

—Mucho ánimo, Carlos.

Oigo sus pasos sobre el suelo de linóleo y abro los ojos justo cuando se cruza en la puerta con mis viejos, que la despiden con prevención. Es lógico. A fin de cuentas, solo la llevé tres o cuatro veces a comer con ellos. Han sido muchas las novias que he llevado a casa. Algunas duraban el tiempo de llevarlas a una comida familiar...

La que más duró, casi seis meses, fue la mulata dominicana que le robé a Esnáider en Málaga. Con un culazo espectacular. Me gustaba llevarla a las comidas familiares. Me daba cuenta de que a mis viejos les escandalizaba. Pensaban que era una escort.

Pero Ángela, por alguna razón, ha sido diferente.

—Bueno, pues no se ha quedado mucho. Parece buena chica... y muy guapa. Siempre has tenido buen ojo para las mujeres, Carlos. Ahora que estamos, te puedo decir que en eso te he envidiado...

—No digas tonterías al chico.

—¡Cállate, mujer! Es mi hijo. Le digo lo que quiero... Yo siempre he presumido con los amigos de tus conquistas, Carlos. Mira que yo nunca tuve ninguna otra mujer que tu madre...

—No es momento de sacar ciertos temas.

—¡Sí es el momento! Si no hablamos ahora, ¿cuándo va a ser? En fin, Carlos, sé que hemos tenido desencuentros. Siempre me habéis reprochado que de pequeños os dedicase poco tiempo, que casi no me veáis. Pero quiero que sepas que tú y tus hermanos habéis sido lo más importante para mí. Incluso en la época en que viajaba y estaba tanto fuera de casa. Siempre os tuve en mente... Las cosas a partir de una edad caen por su propio peso. Llega un día en el que todo eso por lo que luchamos, el dinero, el reconocimiento, la posición social, pierde importancia...

—Por favor.

—Déjame seguir. Estoy hablando con mi hijo mayor. Hay cosas que quiero que sepa... Yo durante esos viajes, cuando acababa el trabajo y me quedaba solo en una ciudad en la que no conocía a nadie, me dedicaba a recorrer las librerías de viejo de Buenos Aires, de Chile, de Uruguay, de tantos sitios... Buscar libros raros, buenas ediciones, llegó a ser una gran afición, casi una pasión. Ahora incluso eso ha dejado de ilusionarme.

Me entran dolores. Miro hacia el gotero.

—¿Qué quieres? Parece que el líquido cae muy despacio. Hay que llamar a la enfermera.

Mi madre se levanta y sale de la habitación. Al poco vuelve con una auxiliar. La chica le da unos golpecitos al gotero con su dedo índice y desenreda el tubo.

—Estaba acodado. No caía bien el analgésico. ¿Ve cómo se ha tranquilizado? Ya está mejor. Volveré a pasar más tarde para cambiarle la medicación.

Mis viejos se quedan mirándome en la penumbra.

De repente, la puerta se abre.

—Es tu hermano, Carlos. Todo el mundo viene a verte. ¿Quieres que te dejemos solo con él?

—No hace falta, mamá —dice el Enano.

—Creo que es mejor que nos vayamos. Os dejamos un momento solos.

—No les mires así, bróder. Ellos no tienen la culpa de nada.

El Enano mira hacia donde deberían estar mis piernas. Él tiene unos años menos que yo, pero está más gordo. El pelo le empieza a clarear. Es alguien que nunca ha sabido encajar que yo sea un hombre exitoso, con novias guapas y cada vez más jóvenes, y que a él en su trabajo, en una multinacional farmacéutica no le valoren como merece. En su fuero interno él ahora mismo debería estar dirigiendo la empresa y no peleando día a día, como cualquier mindundi, en el tramo medio del escalafón.

—He cogido el día libre en el trabajo para verte. Ha sido complicado porque tengo mucho curro. Ya sabes que se reestructuró mi sector hace poco. Ahora estoy en el departamento de desarrollo de nuevos productos y viajo mucho. A mí me viene bien, pero a mi mujer y a las niñas no les entusiasma. Laura quería venir, pero le he dicho que no había que cansarte... Mis compañeros te envían un saludo...

Los dos nos miramos y yo callo. No hay mucho que decir.

—Sé que vas a recuperarte, bróder. Siempre fuiste el centro de atención de esta familia. Y volverás a serlo. Encima, te tendré que mirar con admiración cuando salgas. Porque hasta sin piernas seguro que vuelves a tener las novias las más guapas de Madrid, que parece que las escoges por catálogo... —bromea, procurando contener las lágrimas—. No sé qué decirte. Tienes que recuperarte. Ya bastante has hecho sufrir a esta familia como para que ahora pasemos por esto...

—...

—Has sido siempre tan puñeteramente desconsiderado que a veces he deseado lo peor. Nunca has entendido lo que se siente cuando te ningunean. Tu sombra fue complicada de gestionar... En el colegio ibas por delante, abriendo camino. Más tarde el éxito te acompañaba sin que tuvieras casi que esforzarte. Eras el que ganabas pasta. El que estaba en todas las fiestas compadreando con actores y productores. No sé si sabes hasta qué punto has sido una referencia para mí... Pero no vengo a llorar. Solo quiero decirte que a pesar de todo te quiero y que lamento que estés en esta situación...

—...

—La verdad es que a veces te he odiado, Carlos. A lo mejor no te acuerdas. Hubo una vez que durante una de nuestras broncas te dije: entonces ¿a partir de ahora tendremos que tratarnos de usted? Contestaste que debía tratarte igual que a un desconocido. Me ofendió muchísimo. Para mí ser hermanos significaba que se podía gritar y escupir, pelear, hasta golpear, y bastaba con un abrazo para que todo volviese a su cauce. Pero para ti, no... Tú me has ignorado. Siempre te preciabas de que no necesitabas a la familia y nos hacías el honor de pasarte un par de horas en Navidad y Año Nuevo antes de irte a esas fiestas privadas a las que nunca nos invitaste a Laura y a mí, aun sabiendo que nos hubiera encantado... En fin, ahora ya todo ha quedado detrás. Está superado. Ahora lo único que quiero es que te mejores.

Y yo, ¿qué crees que espero?

El Enano se asoma a la puerta. Hace una seña a los viejos de que se acerquen.

—¿Habéis hablado, chicos? Pues ahora que os tengo juntos lo voy a decir... Tenéis que quererlos, porque tú vas a salir de esta, Carlos... Todo lo demás, amigos, compañeros de trabajo, al final, cuando hay problemas, desaparece. La familia es lo único que está allí al principio y al final. Es lo que hay que cuidar. Si me apuráis, lo único que hay que cuidar, ¿no estás de acuerdo, Quique?

—Claro, papá.

—¿Y tú Carlos?

Yo asiento, qué remedio. Esto es una lotería genética. Con los demás puedes escoger con quien te llevas. Con la familia hay que apañarse. Pero eso no quiere decir que te gusten y tengas que aguantarlos.

—¡Cuánto me alegro de veros así! No sabéis cuánto me alegro —dice mi viejo.

Le da un abrazo al Enano. Luego coge su mano, la pone sobre la mía. Los dos me la aprietan y yo, horrorizado, cierro los ojos.

Prefiero la oscuridad.

—Tu hermano habla muy bien...

Eso me lo repetía mi abuelo, que era abogado y le daba una enorme importancia a la expresión oral. Como rara vez daba puntada sin hilo, yo procuraba descifrar aquello. Era una exigencia muy suya. Cuando cenaba con él, a menudo con el televisor encendido, miraba con dureza a la presentadora y murmuraba: qué mal hablan los periodistas. Él se esmeraba en el manejo del castellano. Se jactaba de releer el *Quijote* cada verano para bañarse en las aguas lingüísticas que consideraba más puras.

—Siempre, desde muy niño, tu hermano ha hablado como un libro abierto.

Y yo asentía sin tener muy claro qué tipo de mensaje llevaba una observación que no podía sino mortificarme dado que se suponía que era su nieto más brillante. No en vano cuando llegaba a su casa, mientras que los demás tenían derecho a jugar con mi abuela, a mí me estaba concedido el privilegio de encerrarme con él en su despacho, de escuchar sus casetes de música clásica, de oírlo disertar sobre los temas más dispares.

Era su manera de transmitir algo que entonces no aprecié y que seguramente tenía más valor que las partidas de tute con mi abuela que yo anhelaba. Yo me sentía infeliz cada vez que me llegaban risas de hermanos o primos desde el otro extremo de aquel piso del barrio de Chamberí.

Esas risas resonaban, en mis oídos, como campanillas celestiales. Pero yo, que no estaba hecho para hablar, debía de estarlo para escuchar porque allí me tenía ese anciano con él, sentado al otro lado del escritorio, atendiendo a lo que decía mientras fumaba algún que otro cigarrillo, trajeado y siempre elegante.

De esas charlas recuerdo poco. Dado su carácter debían de ser amargas diatribas contra un mundo falto de orden y ajeno a la moralidad de la que se preciaba. ¿Ves a esos tres jueces?, me dijo una vez que lo acompañé a los juzgados. No hay a ninguno al que no le puedas meter ahora mismo un millón de pesetas en el bolsillo.

¿Arrogancia?, ¿prepotencia?, ¿frustración? Un poco de todo habría en esos monólogos en que se embarcaba ante mi silenciosa presencia, con la idea de moldear mi visión del mundo.

No sé si lo consiguió. Pero lo cierto es que al cabo de los años no me queda en la memoria nada más que una sensación: la de ese fluido, melodioso y preciso castellano de que tanto se preciaba.

Dicen que quien tiene éxito joven cree en el destino y, quien lo tiene tarde, en la fuerza de voluntad. Yo ya no creo ni en lo uno ni en lo otro.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

HUMOR NEGRO

«Lo único peor a que se te muera un hijo es que quiera morirse».

Javier BARDEM en
Mar adentro

SÁBADO 4 DE AGOSTO. 12.34 HORAS

—Nuria...

Su nombre sale con dificultad. Me duelen los pulmones. Me duele todo el cuerpo. Pero sobre todo me duele el alma.

—¡Qué bien que ya hablas! Llevabas ya unos días que mis compañeros decían que podías. Has tardado mucho. Qué alegría, Carlos. No sabes lo contentos que se van a poner mamá y papá cuando lo sepan.

—Nuria...

—Dime.

Yo aprovecho uno de los pocos momentos en que estamos solos en la habitación.

Mi cabeza sigue brumosa, con tanto analgésico.

Pero hay algo que veo claro.

Murmuro que no puedo seguir.

—¿Qué quieres decir?

Cada día me cuesta más. Me duele respirar. Me duele vivir.

—Es normal, Carlos. De todas formas, en cuanto estés mejor te trasladaremos a Madrid...

Hago un gesto con las manos hacia las piernas que no están. Ella empieza a decir que las prótesis de hoy son increíbles. La cantinela de costumbre.

—De verdad, Carlos. Podrás hacer lo que quieras. Tienes que pensar que has tenido suerte, en el estado en que te encontraron. Los médicos están muy satisfechos... Lo otro, a pesar del estado avanzado, hoy en día hay tratamientos individualizados para cada caso, está también la inmunoterapia y muchos ensayos clínicos. Es una pena que no hayamos podido tratarte antes... Pero lo importante es que por el momento estás bien. Ahora tienes que pensar en el día a día. Cuando te recuperes, retomamos el asunto con los oncólogos...

Yo niego con la cabeza. Casi por reflejo, toso.

—Carlos, acabas de salir de un coma y lo ves todo negro. Es normal. Pero para eso están los psicólogos, que te van a ayudar a salir adelante... De verdad que he hablado con el oncólogo y me asegura que la medicina ha avanzado mucho. Con los medios que tenemos hoy todavía puede haber periodos de tiempo en los que te sientas razonablemente bien.

—Tú tienes... hijos.

—Ya, ¡menudos me han tocado! Dos hiperactivos. No me dejan un momento de tranquilidad. Un regalo de la naturaleza.

—Un... marido.

—Que me quiere, sí. ¡Pero tú tienes tantos amigos! Es increíble cuánta gente se acerca a verte. No sé qué les das, hijo. Se te pegan como las moscas. Es un don, Carlos. Mírame a mí. Siempre me costó hacer amistades. He tenido que pelear por todo, mientras que para ti todo era fácil. Cuando papá y mamá se mudaron la primera vez de casa, ¿te acuerdas?, enseguida saliste a la urba el primer día. Había unos chicos jugando al pañuelo. Te pusiste con ellos. Al día siguiente ya tenías pandilla, y pronto eras el jefe. Yo en cambio... No sé por qué me acuerdo ahora de esto.

Yo tampoco. Ha pasado por aquí demasiada gente. Algo debo de tener que animo a los demás a hablar. Es como un confesionario. Todos vierten sobre mí su frustración. Como si yo fuera un espejo. Pero yo no soy espejo de nadie.

—Es curioso. De pequeño piensas que esa llama que llevamos dentro nunca se apagará. Pero llegado un momento, y sobre todo siendo médico, te das cuenta de que hoy estás y mañana... En fin, Carlos, no sigas por ahí. Soy médico. Eso no lo puedo gestionar. Es mejor que descanses...

—Lo he estado pensando... Quería tenerlo claro antes de... comentarlo contigo...

—Carlos, vas a salir de aquí. Y por el momento te vamos a llevar a casa de papá y mamá. Vamos a instalar allí todo lo que necesitas. Ahora hay cuidados paliativos a domicilio. Vas a acabar tus días tranquilamente. Yo iré a verte al salir del hospital...

Un nuevo tosido desgarró mis pulmones y tuerzo el gesto.

—Ya... Sin piernas... En casa de papá y mamá... Con cáncer...

La enfermera se acerca. Nuria queda un momento callada.

—Bueno, ¿qué tal va la estrellita?

—Hay que cambiarle.

—Vaya que sí. Eso es buena señal. Carlitos, tú no te preocupes, déjame hacer. Para eso estamos.

La auxiliar se pone los guantes y levanta la sábana que me cubre. Me retira el pañal. Me ayuda a ponerme de lado. Me limpia el culo con una toallita húmeda.

—¡Esto no es nada! ¡Hala!, ya está hecho. Ahora las sábanas.

Ella y una compañera me mueven expertamente. Yo me dejo hacer, como si no fuera conmigo. La verdad es que las enfermeras ni me ven. Me dicen cosas cariñosas. Pero para ellas soy un enfermo más. Un muñeco. Cuando se van todavía queda suspendido en el aire cierto olor. Mi hermana abre la ventana.

—Esto... no va a ser... vida. Nuria...

—Carlos, yo soy médico. Además, católica. Estoy en contra de lo que me estás pidiendo. Radicalmente en contra. Te entiendo. Pero no puede ser.

—Nuria...

—No insistas. Lo que vamos a hacer es dejar pasar un par de días. Si entonces lo sigues pensando, a lo mejor hablo con algún compañero. Hay maneras de quemar etapas. Si hay muchos dolores te pueden aumentar la dosis de morfina. A partir de cierto punto eso acorta la vida. Es lo más que puedo hacer.

Nuria me mira de nuevo.

—Tan inteligente y tan guapo como eras. Lo fácil que lo tuviste todo y ¿qué has hecho con tu vida? A veces lo pienso... Yo no tuve las cosas tan fáciles. En el colegio, mientras tú quedabas siempre entre los primeros sin esfuerzo, a mí me costaba. ¿Te acuerdas del año que estuve a punto de repetir antes de empezar el bachillerato? Eso me cambió. Me di cuenta de que la vida iba en serio. De que si no me espabilaba quedaría rezagada. A partir de ahí todo fue echar codos. Elegí una carrera difícil... y mira dónde estoy. Es la fábula de la liebre y la tortuga. Tú ibas por delante, tenías facilidad para todo, eras brillante, pero no te centrabas en nada. Yo venía detrás. Seguía por el camino trillado, sin perder la senda que tú abrías. Pero con una diferencia: tú te cansabas. Al final la constancia tiene premio... Bueno, veo que estás fatigado. Además parece que viene alguien a verte. Luego seguimos hablando.

La puerta se abre y entra Jacobo, mi segundo en la agencia.

—Carlos. Te veo muy bien. ¿Cómo andas? Perdona, era un chiste. Quiero decir, ¿cómo te encuentras?

—Está cansado. Le cuesta mucho hablar —dice mi hermana—. Pero te oye, no te preocupes. Voy a aprovechar que estás aquí para bajar a la cafetería y hacer unas llamadas... —Se vuelve hacia mí—. Voy a llamar a Santi, a ver qué tontería han hecho los niños mientras no estoy, Carlos. Vuelvo dentro de un ratito.

Jacobo no deja de sonreír.

—Como tenía que bajar a Sevilla a firmar un contrato con un agente, he aprovechado para pasar a verte, jefe. Solo quería comentarte que no tienes que preocuparte por nada: la agencia va bien. Después de que te fueras, contraté a Julia, la becaria que te ligaste. Le he hecho un contrato definitivo. Me está ayudando mucho.

—...

—Digamos que lo que antes hacías tú, ahora, provisionalmente, hasta que salgas, lo hago yo. Todo va viento en popa, de modo que por eso no te preocupes... Mira, me está llamando por el móvil Carmen Posadas. Un momentito, Carmen. Estoy en el hospital con él... ¿Ves? Te manda recuerdos. Estos días han estado llamando sin parar nuestros autores, todos preocupadísimos. Todos esperan que te recuperes pronto. En fin, oye, que no puedo quedarme mucho. Pero que por la agencia no te preocupes: tú concéntrate en lo tuyo.

Como sigo sin abrir los ojos, se levanta para irse. En la puerta se cruza con mi hermana, que vuelve un tanto agitada.

—Carlos, lo he estado pensando y va a ser que nones —dice Nuria, cuando nos quedamos otra vez a solas—. No puede ser. Así no se hacen las cosas. No vas a volver a salirte con la tuya. Ahora que la vida se pone difícil, vas y tiras la toalla, ¿verdad? Y el marrón para mí. Pues eso no va a ser así. En la vida hay que pelear. Te va a tocar pelear. Vete haciéndote a la idea...

—Nuria...

—¡Que no! Te quede lo que te quede, tendrás que bregar hasta el último minuto. No puede uno andarse con, ah, es que ahora no me gusta, ah, es que me ha tocado tal papeleta... Por primera vez en tu vida te ha tocado un billete malo. Y vas a luchar como luchamos todos. ¿Tú sabes que estoy con antidepresivos por el estrés que tengo, entre el trabajo y los problemas de mis hijos? ¿Sabes que los dos, tan pequeños, están medicados por su hiperactividad, y que al peque le acabo de cambiar a un colegio de necesidades especiales? ¿Sabes que a mi suegro le han diagnosticado alzhéimer y que se va a mudar a casa? ¿Sabes que a Santi tampoco le van bien las cosas en el trabajo y que su empresa está a punto de declarar un Ere? ¿No, verdad? Claro, de estas cosas el señor Carlos no se entera. Entre fiesta y fiesta, cuando venías a vernos, de Pascuas a Ramos, nunca te has interesado por lo que nos pasa. Pero uno tiene que lidiar con lo que le toca, y hacerlo con dignidad.

—Nuria... Me han tenido que lavar el culo... Y pronto ¿qué será?...

—He dicho que no.

Viendo que tiene una llamada, Nuria sale de la habitación, mirando la pantalla de su móvil. Yo vuelvo la cabeza. Miro hacia la ventana.

Fuera hace sol. La luz se cuele por entre las lamas de plástico de las persianas y cae sobre el linóleo azul del suelo. Respiro cada vez con mayor dificultad y pienso que la vida es una mierda.

El glamur nace de la necesidad de creer que la vida es más que vida y un cuerpo más que un cuerpo. Esa es la filosofía del trapo: embellecer al ser humano y convertirlo, aunque sea por un momento, en obra de arte.

EPÍLOGO

SOMOS TODOS UNA GRAN CAMADA DE CACHORROS FELICES...

«No tengo ni idea de lo que es la moda, y cada día lo sé menos».

Lorenzo CAPRILE,
en una entrevista con Andréu Buena fuente

SÁBADO 8 DE SEPTIEMBRE. 12.34 HORAS

Son las once de la mañana de un sábado en el pabellón catorce de Ifema. Los treinta grados del exterior hacen parecer maravilloso el aire acondicionado. Nada más recoger la acreditación de invitados, Ángela y Esnáider se sumergen en el ambiente colorido del evento.

Hay la dosis previsible de prensa, influencers, blogueros, peluqueros, estilistas, azafatas y azafatos y modelos. Un público estiloso, con bastante mezcolanza racial. Aquí, desde luego, nadie lleva un pantalón tan anodino como el chino de Esnáider.

Pero esto no es el desfile de la Gay Praid. Aquí reina la naturalidad, la tolerancia estética.

Esnáider se siente bien mientras ambos empiezan a saludar a conocidos del mundo de la moda. Pero se sobresalta cuando Ángela se topa con una rubia impresionante que se abalanza sobre ella y le endosa dos besos desde lo alto de sus zapatos de plataforma.

Esnáider no sabe qué le sorprende más, si el vestido de lunares encarnados, la cabellera exuberante o las uñas de los dedos de las manos y los pies pintadas con motivos geométricos diferentes.

—¿Y la loca esa? —pregunta, según se alejan.

—¿Esa? Trabaja para Zara. La conozco de los zapatos. Ella y todas las demás marcas vienen a ver las novedades de la pasarela. Parte de sus colecciones se inspira en lo que presentan a lo largo del año los diseñadores punteros.

—Ajá... —murmura Esnáider, distraído.

—Te empiezas a parecer a mi ex. No olvide que detrás de la mayoría de las colecciones hay tantos esbozos y horas de trabajo como en la producción de tus series. Lo importante aquí es ilusionar a la gente, hacer que le apetezca ponerse tus prendas...

—Claro —dice Esnáider, que todavía no se saca la mano del bolsillo.

—Yo he visto algún vestido en los desfiles que me ha emocionado más que un cuadro. A veces cuando tengo delante una buena colección siento la misma excitación que si voy a una exposición de Kandisky... Ahora, vamos, que nos perdemos lo de Cristian. ¡Mira qué cola!

A la misma hora en que en Ifema empiezan los desfiles, la sala número tres del tanatorio de la Paz, un cementerio privado junto a Tres Cantos, empieza a llenarse. Este cementerio es muy distinto de la Almudena y los cementerios antiguos de Madrid. Un camposanto de estilo americano, sin apenas mármol. Con lápidas sencillas diseminadas por una pradera bien cuidada y rodeada de árboles.

Queda cerca de la casa de tus padres. Por eso, entre otras cosas, te han traído aquí. Tu cuerpo llegó ayer a última hora en un coche fúnebre al que seguían tus viejos y tus hermanos. En otro coche que conducía el Enano.

La familia te ha velado durante buena parte de la noche.

A primera hora de la mañana, tus hermanos se han marchado. Pero quedan tus padres, que siguen recibiendo el pésame de quienes se les acercan. Y es que durante todo el rato han seguido pasando por el tanatorio escritores y gente del mundo del cine y la televisión que quieren dar un último adiós a quien fuera uno de los agentes de derechos cinematográficos más conocidos de la capital.

—Una pena —está diciendo Jacobo— porque le quedaba tanto por hacer. Era muy joven todavía.

Jacobo, con las gafas de sol sobre la cabeza y chaqueta azul marino, se ha venido desde vuestra oficina de Fuencarral.

Se ha cruzado todo Madrid para estar presente. Después de saludar a tus padres, se queda un rato a su vera. La gente va llenando el pasillo adyacente a la sala.

Jacobo mira el ataúd abierto al otro lado de la luna de cristal. Viendo tu rostro con expresión apacible, como dormido, aunque demacrado, con el pelo tan anormalmente negro y engominado, le cuesta creer que estés muerto.

—Todo es tan surrealista, ¿verdad? Pero no quiero emocionarme. A él no le gustaría. ¿Sufrió mucho?

—Su hermana dice que, como no quiso empezar la quimioterapia, no. Se fue por la noche. Sereno. Con una sonrisa en el rostro. Hoy en día hacen maravillas con los sedantes paliativos.

—De veras que lo lamento. Lo voy a echar mucho de menos. Ahora habrá que pensar en qué hacer con la agencia.

—Sigue con ella. A él le habría gustado...

Jacobo parece más tranquilo. Pero le preocupan los aspectos legales. La agencia está a tu nombre. Hay bastantes cosas que discutir con la familia, aunque este, por supuesto, no es el momento.

Hasta ahora no se le ha ido casi ningún cliente importante. Pero está costando Dios y ayuda. En la agencia Jacobo era quien preparaba los dossieres y se ocupaba de las cuestiones administrativas. Eras tú quien daba la cara y llevaba las relaciones con las productoras importantes, el que negociaba los contratos.

Durante tu ausencia, Jacobo ha tenido que lidiar con un montón de problemas: no ha sido fácil y ha perdido algún que otro contrato. Pero la mayoría de los escritores de la agencia y los productores, por el momento, le dan un voto de confianza...

Ahora toca mantenerlos, piensa mientras se vuelve hacia un par de autores de la agencia que llegan por el pasillo: Ignacio del Valle, Jordi Ledesma, Juan Aparicio Belmonte, Manuel Jabois, Antonio Domínguez Leiva. Detrás llegan también los hermanos Casariego, Nico y Martín.

La verdad es que hemos conseguido reunir una buena cuadra, piensa, saludándolos uno a uno.

Ángela y Esnáider se han sentado en el front rou de la pasarela. Esnáider hace un amago de cogerle la mano, pero ella la aparta. Aunque llevan un mes juntos, a Ángela le siguen sin gustar los gestos en público. Y se concentra en el desfile.

Ángela luce un vestido de colores claros muy parecido a la colección que va a presentar Cristian.

A la espera de que comience el espectáculo, la pasarela sigue a medio iluminar. Un par de focos en el techo barre las gradas. Siendo este un espacio dedicado a los jóvenes talentos, reclamo de la creatividad en ciernes, no hay entre los espectadores demasiados famosos que hagan sombra a Ángela.

Esnáider ha podido reconocer a alguna que otra actriz joven, poco más.

Antes de sentarse han pasado por el backsteish donde Ángela ha saludado a sus amigos diseñadores mientras se ajetreaban ocupándose de los últimos detalles. Con la ropa en perchas preparada para el desfile. Dominicó —vaqueros cortados, calcetines blancos altos— estaba con una mulata con cejas muy perfiladas que le daban gran dureza de expresión y la suficiente personalidad como para llevar encima la carga de dinamita rosa que el diseñador le pone siempre encima.

A Esnáider le ha gustado más de lo que esperaba. La mulata, no la dinamita rosa.

—Entiendo que todo esto te puede parecer intrascendente. Pero no te olvides de que es el mundo en el que tengo que hacerme un hueco —dice Ángela.

Ella sabe que tiene que pasar por el tanatorio a darle el pésame a tu familia y lo está retrasando lo más posible.

—¿Cuándo empieza esto? —pregunta Esnáider.

El primer desfile arranca al ritmo de un temazo de electropunk londinense. La combinación de colores intensos cien por cien urbanos y guiños a villanos de películas —uno desfila maquillado como el Yóquer, otra bate en mano como Jarli Quinn— resulta potentísima y pone las cosas difíciles a su amigo Cristian, que desfila después.

Cuando le toca el turno a Cristian, Ángela observa con la máxima concentración. La colección está muy centrada en colores crema y tejidos ligeros. Los modelos, chicos y chicas delgadísimos, van y vuelven con la cabeza alta y la vista al frente, sin mirar a nadie en concreto.

El propio Cristian sale a la pasarela en un momento y, con un ramillete en la mano, mientras desfilan sus últimos modelos, se descalza y se lanza a cantar, sobre un fondo de música de baile.

La chaqueta fucsia le resbala hasta los codos. Cristian la mantiene así, como si fuera un chal, para que se le vean los hombros: debajo lleva una camiseta sin mangas. Ese añade un broche de emoción al desfile.

La gente aplaude entusiasmada.

—Eso le ha quedado muy bien, muy rompedor —comenta Esnáider.

—¡Qué pena!, ¿no te fijaste en que a la primera modelo se le dobló la espadrilla? —dice

Ángela—. Vamos a ver los siguientes...

Esnáider no tiene la impresión de que nadie aquí está realmente interesado por los zapatos. Él tiene la sensación de que la gente está por el japeo, por el espectáculo. Pero no dice ni mu.

El siguiente en desfilarse es Dominicó, que ha vestido a Lady Gaga y tiene una sensibilidad gay acusada. Todo colores chillones y fosforitos. Su desfile arranca con un tema tipo Beyoncé y sigue con el *Malamente* de Rosalía, una música muy reconocible para todos.

La estética es futurista. Los modelos llevan calados gorros como de plástico, verdes, azules, amarillos. La expresión hierática de sus rostros y sus andares mecánicos hacen que Esnáider los vea bien como figurantes en cualquier serie de ciencia ficción.

Ángela no deja de mirar las botas, preocupada.

—Esto ya ha ido mucho mejor...

Esnáider suspira aliviado y se prepara para irse pero Ángela le dice que todavía queda por ver a otro diseñador con el que está trabajando, un último compromiso.

El inclasificable Eufemio Fernández arranca su desfile con una burbuja de plástico en cuyo interior dos modelos de apariencia andrógina se acarician mientras una voz en off recita una poesía sobre el paso del tiempo y la nostalgia que inevitablemente trae a la memoria de Ángela tu recuerdo. Sin poderse contener, se echa a llorar.

—Tranquila —la consuela Esnáider.

—Mejor vamos ya. Que termine cuanto antes —dice Ángela, poniéndose en pie.

La sala del tanatorio se sigue llenando a lo largo de la mañana. Acaban de llegar tus primas, Martina y Paloma, acompañadas por sus maridos. El círculo familiar se amplía. Están todos junto a la cristalera que los separa del féretro elevado por la parte de la cabeza y colocado en posición vertical para que se te vea bien el rostro.

La gente se saluda en el pasillo. Entra y sale y pasea por el aparcamiento. Y junto a la entrada del cementerio, que es apacible: las tumbas se alinean a lo largo de una pradera bajo las encinas. A fin de cuentas un funeral no deja de ser un evento social donde no todo son lágrimas.

Tus colegas y conocidos compadorean y recuerdan algunas de las muchas anécdotas que dejas atrás.

La mayoría procura controlar el volumen de las conversaciones y evitar las expresiones excesivamente desenfadadas. Para no ofender a la familia, aunque la tuya parece bastante entera. Llevan todo el verano haciéndose a la idea.

Todos comentan la expresión tan pacífica y serena que tienes, metido en tu caja.

—¡Qué natural está! Parece que en cualquier momento se levanta y nos habla —dice tu prima Martina—. Y qué guapo, con gomina. Parece mentira. El traje le queda estupendo. ¿No se le tenía que caer el pelo con la quimio, Martina?

—Es que es una peluca, tía. No se llegó a hacer la quimio. Pero tenía el cuero cabelludo medio arrancado por las heridas del accidente. Por eso la prima Nuria le ha puesto peluca.

—Pues le queda fenomenal. ¡Ay, qué impresión, Martina! Jamás pensé que llegaría a ver al primo metido en un cajón. ¡Con lo joven que era! ¿Qué vais a hacer, Nuria, le vais a enterrar?

—Lo vamos a incinerar. Es lo que pidió él. Será esta misma tarde, a última hora. Habrá un responso en la capilla, al final de este pasillo.

—¿Y las cenizas?

—Nosotros las queríamos depositar en la tumba familiar. En la Almudena. Pero Carlos ha preferido otra cosa... El mes pasado dejó una carta pidiendo que se las diésemos a su amigo Pedro, que por cierto no está aún aquí. Me ha llamado esta mañana temprano. Me dijo que llegaría al mediodía.

Basta que lo mencionen para que aparezcan Pedro y su mujer en la puerta de la sala. Los dos se acercan a abrazar a tus padres.

—Tarde o temprano tenía que suceder...

Pedro se queda mirando tu féretro, al otro lado del cristal, sin decir nada. Cuando se da la vuelta para hablar con Nuria, que se le acerca, tiene los ojos enrojecidos.

—Ahí está al final...

—Me alegro de que hayas venido. Ya sé que refunfuñaba cada vez que aparecías, pero en el fondo te quería mucho.

A renglón seguido aparecen Ángela y Esnáider, cogidos de la mano. Es otro de los momentos esperados. Hay quien se queda callado y el murmullo general se mitiga según avanzan por el

pasillo.

Después de saludar a dos escritores, Ángela se suelta de la mano de Esnáider les dice a tus padres:

—No podéis saber cuánto lo siento.

—Gracias, muchas gracias.

Nuria le da dos besos. Le presenta a Pedro.

—No sé si os conocéis. Un amigo de juventud de Carlos. Es con quien estuvo en Huelva.

—Yo a ti te conozco de oídas. Y de verte en las series —dice Pedro, algo impresionado.

Al rato llega tu hermano, que ha pasado parte de la mañana descansando en casa. Él también hace corro con tus padres. Ángela a su vez se acerca a hablar con Jacobo. Los dos se echan a un lado y forman otro grupito con Esnáider y el guionista de la agencia, Rubén. Juntos hablan de sus cosas y poco a poco se van alejando de la cristalera pasito a pasito como impulsados por la misma corriente.

—¿Quién es esa chica que parece una modelo? —dice el Enano—. Me suena su cara. Creo que la he visto en televisión. En alguna serie.

—Fue la última novia de Carlos —dice tu madre—. Solo ha venido una única vez, durante el verano, a verle. Lo estaban dejando cuando tuvo el accidente. No le ha costado sustituirle.

—Yo te digo en qué serie la has visto —dice tu cuñada. Está con sus dos niñas—. En la de la cárcel de mujeres.

—¡Ah, eso!

No muy lejos, Rubén recuerda las últimas rayas que os metisteis antes de que te fueras de viaje y se limpia una lagrimilla. Tenía un gran díler. La coca era muy buena, le dice a Catxo y su chica, que llega con un niño de pocos meses en brazos.

—Es que no teníamos con quién dejarlo...

Ángela, viendo al crío, siente que algo se le remueve en las entrañas.

Esnáider a su vez no dice nada pero está recordando la vez que te follaste a su novia del momento en un festival de Málaga. Has sido un auténtico hijo de puta, piensa mientras observa por el rabillo del ojo tu féretro.

A la hora de comer, en el bar de La Latina donde suele quedar los sábados con sus colegas de toda la vida para tomar unas copas de sobremesa, Esnáider no habla ni una palabra de ti —una promesa que se ha hecho— y en cambio les cuenta su visita a la pasarela.

A alguno se le ocurre preguntar a qué olía el desfile y Esnáider queda pensativo.

Es verdad que Madrid es una ciudad de olores. En verano huele a asfalto recalentado, al aire que sale por los respiraderos del metro y, según las zonas, a zoco africano, el olor de Lavapiés, que a ratos se entremezcla con el olor de las especias indias.

Pero la pasarela olía cien por cien a ese Occidente aseptizado donde los perfumes de marca han colonizado el aire hasta prácticamente expulsar el olor a humanidad.

—La verdad es que no huele a nada —dice por fin.

Y da un trago a su güisqui pensando en que Ángela le está esperando y que hoy posiblemente eche un quiqui: mejor no beber demasiado.

El día ha pasado. Es casi de noche. De vuelta del crematorio, con la urna que contiene tus cenizas en el suelo de la trasera de su nuevo Audi, Pedro aparca en una calle justo detrás de María de Molina.

—¿Crees que esto es necesario, tronco? —pregunta Manolo, que ya se baja, y abre la puerta de atrás para recoger la urna.

—Es lo que Carlos dejó dicho en su testamento. Yo pienso cumplirlo.

Más coches que les siguen van aparcado. Es un día con bastante tráfico. Los termómetros marcan treintaitrés grados. Los veranos se hacen cada vez más largos. Durante el trayecto, el calor no se notaba por el aire acondicionado. Pero al salir a la calle se siente la bocanada de calor en la cara.

Pedro se remanga la camisa. Se ha quitado la chaqueta que deja en el Audi y se le marcan las aureolas de sudor bajo los brazos y en el centro de la espalda. Del maletero saca una bandejita de plata.

—No hay que olvidarlo. Es importante.

De los otros coches, todos buenos modelos, van saliendo los demás. La mayoría bien trajeados, aunque algunos como Pedro dejan la chaqueta en el buga.

—¿Estamos todos?

—Falta Yoni. No ha encontrado hueco en esta calle. Habrá aparcado más adelante. Pero sabe adonde vamos, no te preocupes por él.

Alguien saca el móvil.

—Me ha puesto un guasap —dice—. Ahora llega.

En la esquina con María de Molina hay un restaurante japonés. Pedro alza la vista hacia el rótulo del local.

—¿Os acordáis de la cantidad de horas que hemos pasado ahí dentro? Ahí delante de la puerta estaba el anuncio de Kronenbourg —dice Miguel empujando la puerta—. Tiene gracia que se haya convertido en un restaurante japonés. Eso a Carlos le habría gustado.

El local por dentro no es la cervecería que conocieron pero mantiene la misma distribución. Pegadas a la barra hay cuatro o cinco mesas y, al otro lado de una mampara, un reservado. Allí es donde, tras hablar con el camarero, se sientan alrededor de una mesa alargada.

Cuando el camarero sirve la primera ronda de güisquis, Pedro coloca tu urna en el centro del tablero.

Alrededor están Miguel, Yoni, Raúl, David, Guille, el Raro, Manolo. Los amigos de juventud que veinticinco años atrás se juntaban para tomar cañas y copas en el Kronen antes de salir por Madrid.

—Se ha convertido en un local mítico —dice Raúl—. Hay quien piensa que nunca existió.

Pedro, ejerciendo de maestro de ceremonias, se da cuenta de que falta alguien. Va a hacer un comentario, cuando suena su móvil.

—Ya estamos todos en el Kronen. Te esperamos... Es Roberto. Está a punto de llegar.
Unos minutos después oyen que se abre la puerta de la calle.
—Ahí está.

Roberto ha envejecido bien. Se nota que se cuida. Ha perdido pelo, pero lo disimula rapándose el cráneo al cero. Lo compensa con una barbita cuidada. Tiene un porte elegante. Ejerce como abogado y además acaba de publicar a principios de septiembre un libro de poesía con un éxito razonable: se lo ha prologado José Manuel Lucía. Eso ha impresionado a Pedro, que tiene, mal que le pese, algo de pelusa.

—Me alegro de verte. No sabía si ibas a venir.

—¡Cómo no iba a hacerlo!

Roberto toma asiento. Mira la urna con las cenizas en el centro de la mesa.

—Me hubiese gustado acercarme al tanatorio, pero no me he sentido capaz.

Roberto se coloca junto a Pedro en la cabecera. El reservado, fuera de ellos, está vacío.

—Pues acabemos cuanto antes. Vigila que no venga el dueño, Yoni.

—No hay cuidado. Está ocupado atendiendo una de las mesas —dice Yoni, que acaba de acercarse a la puerta—. Ha empezado a llegar gente.

Pedro abre la urna y vierte una parte de tus cenizas sobre la bandeja de plata. Luego saca su billetera y vierte el contenido de una papela.

—¿No os parece esto un poco grimoso? —dice David.

—Nadie está obligado a hacerlo. Pero es lo que Carlos dejó dicho en su testamento. Es lo que nos ha pedido.

Tras contar a los presentes, Pedro coge su deneí. Con el canto va mezclando con cuidado cocaína y cenizas. Lo hacemos mitad y mitad, dice, mientras organiza gusanitos encima de la bandeja de plata. Los demás observan en silencio. En el restaurante suena el hilo musical. Todo resulta bastante deprimente.

—No me puedo creer que no haya querido que lo entierren en la tumba familiar —dice Raúl.

—Pues no ha querido, y no te puedes imaginar las caras que tenían sus padres cuando les conté lo que íbamos a hacer —dice Pedro—. Ese era Carlos.

—Ha sido un perro hasta el final —dice Yoni.

—Ha sido fiel a sí mismo —dice Miguel—. ¿Qué vas a hacer con el resto, Pedro?

—Esparcirlas por la Emetreinta. Es lo que pidió. Bueno. ¿Quién empieza?

Sobre la superficie brillante de la bandeja hay nueve gruesas rayas preparadas.

—A mí no me importa empezar —dice Guille—. ¿Qué hago, un turulo de cartón?

—No, hombre. Toma esto —dice el Raro, que lleva colgada al cuello una cadenita con un tubito de metal.

—Qué nivel. ¿Tú te sigues metiendo?

—Poco... Pero me queda de recuerdo de otros tiempos.

Armado con el tubito de metal, Yoni se tapa uno de los orificios de la nariz y aspira de principio a fin su raya.

—Espero que por lo menos sea buena.

—Es una bomba, de eso no te preocupes.

Uno por uno todos se meten rayas hasta que le toca a Roberto, que se ha quedado el último. Cuando terminan, se miran unos a otros.

—¡Por el Kronen! —exclaman.

Y Pedro llama al camarero para pedir otra ronda de copas.

Esa misma noche Ángela y Esnáider se acuestan juntos en el piso de ella, en La Castellana.

Cuando terminan de hacer el amor, Ángela se queda mirando el techo. Sin poderlo mirar, se pregunta si es el momento de contárselo. A su lado, Esnáider se ha quedado sopa. Tiene la respiración pesada y huele a alcohol.

No, todavía no está preparado, piensa.

Y se acaricia el vientre, confiada en que la gente que la conoce entenderá su decisión...

La moda pasa, el estilo permanece.

[...]

The beaten generation
The beaten generation
Open your eyes, open your imagination

We're being sedated by the gasoline fumes
And hypnotised by the satellites
Into believing what is good and what is right
You may be worshipping the temples of mammon
Or lost in the prisons of religion
But can you still walk back to happiness
When you've nowhere left to run?

THE THE,
The beaten generation

Edición en formato digital: 2019

© José Ángel Mañas, 2019
© Algaida Editores, 2019
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-140-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es